

# Cacaos

Universidad Nacional Autónoma de México  
Seminario sobre Medicina y Salud



Marcia Villanueva Lozano

# Cacaos

Premio al Servicio Social  
“Dr. Gustavo Baz Prada, 2008”

R751

.A6

V55

Villanueva Lozano, Marcia

Cacaos / Marcia Villanueva Lozano. -- México : UNAM, Seminario sobre Medicina y Salud, 2011.

177 p. : il.

“Premio al Servicio Social Dr. Gustavo Baz Prada, 2008”

ISBN 978-607-02-2678-6

1. Estudiantes de Medicina—Tabasco—Francisco J. Santamaría—Anécdotas.
2. Medicina — México -- Anécdotas.
3. Villanueva Lozano, Marcia. I. t.

Primera edición: 2011

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, 04510. México, D.F.  
Facultad de Medicina

ISBN: 978-607 02-2678-6

Prohibida la reproducción total o parcial  
por cualquier medio sin la autorización escrita  
del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México  
*Printed and Made in Mexico*

Para los que representan el origen  
de esta historia, de mi:  
al Abuelo, que no alcanzó a leerlo;  
a los Xitus y el tío Salvador,  
que no alcanzaron a verlo publicado;  
y a la tía Montse y mi adorada Laia,  
que siguen aquí...



Durante doce meses viví en el poblado Francisco J. Santamaría, Tabasco, mejor conocido como “Cacaos” para hacer el Servicio Social de la licenciatura de Médico Cirujano. Fui la doctora de este pueblo desde febrero de 2007 hasta enero de 2008, estando bajo el mando de la Jurisdicción Sanitaria 09 de la Secretaría de Salud. Desde ahí, prácticamente cada semana mandé a mis familiares y amigos una reseña sobre los acontecimientos más sobresalientes de mi Servicio Social. Éstos son los fragmentos más significativos de la mayoría de ellas.



*De acuerdo con lo que historió Melquiades, Macondo desapareció con un ciclón que poco a poco fue arrancando las casas, las tumbas, las personas. Mientras esto sucedía, una horda de hormigas secuestraba y devoraba al último descendiente de los Buendía, y con eso terminó un siglo de soledad.*

*De acuerdo con lo que yo historié, Cacaos desapareció con una creciente que poco a poco fue arrastrando las casas, los muebles, las ropas. Mientras tanto, una horda de coincidencias trajo un “nené” de la descendencia Ortiz Méndez y cien años de recuerdos para acompañar mi soledad.*



## PRESENTACIÓN

Leer el relato de Marcia Villanueva, del año que como pasante de la carrera de medicina de esta Facultad vivió en el poblado Francisco J. Santamaría, comunidad rural del estado de Tabasco mejor conocida como “Cacaos”, me hizo recordar el espléndido libro *Los otros días* del médico Rubén Marín, quien relata sus vivencias como tal, en áreas rurales del estado de Puebla.

La actuación de esta joven confirma el concepto de que cuando se ejerce la medicina con verdadera vocación, se encuentran los elementos necesarios para ejercerla haciendo el bien, que es la principal condición ética de su ejercicio.

La atención de las enfermedades en los pequeños poblados, aun sin contar con todos los apoyos de tecnología médica actual, es posible que pueda resolver la mayoría de los padecimientos comunes, como lo demuestra este relato.

Las coloquiales y apasionantes reseñas de Marcia, contándonos sus peripecias y vicisitudes, me llevaron a reflexionar sobre temas que se han tratado con frecuencia en el Seminario sobre Medicina y Salud: la extensión de cobertura en la atención de la salud y la medicina general, pero sobre todo, cuestionarme si las condiciones

actuales del Servicio Social, exigido por las instituciones de enseñanza superior, deberían de seguir igual, al menos en el área de salud, o deben cambiarse radicalmente.

¿Es razonable que el sistema de salud del país descanse en “pasantes” de medicina?, porque es evidente que sin estos miles de elementos, la cacareada e irresponsable difusión de que hay cobertura universal sería aún más lejana a la realidad. La labor de los pasantes debería servir de modelo para lograr que los médicos se arraigaran en esas poblaciones y así hacer efectiva la cobertura universal en salud.

¿Aún es válido el nivel de pasante?; el concepto habla de un año más de preparación escolar, cuando la realidad es que actúan como médicos y tienen quizá más responsabilidad que quienes con ese nivel de conocimientos se acogen al ejercicio con apoyo tutorial en un hospital. Si como parece, estos miles de jóvenes están resolviendo, en gran medida, el problema de atención a la salud en esas comunidades, deberían dejar de llamarse pasantes, llegar ya recibidos de médicos, con la obligación de ir después de su examen profesional y establecer la validez de éste en la Dirección de Profesiones, sólo después de haber cumplido esta labor de médicos en esas comunidades rurales, por uno o varios años.

¡Claro!, no con el ridículo sueldo, que con el pretexto que es beca, les dan ahora. Es una responsabilidad tan grande y tan meritoria y su labor es tan necesaria que merecerían un sueldo mayor que el de un médico de hospital.

Quizá así se lograría realmente una extensión de cobertura y no faltarían médicos que decidieran quedarse a ejercer en esos sitios, si como sería razonable para arraigarlos, además de sueldo se les permitiera recibir el pago de sus servicios, que las comunidades aceptan sin reparos.

## *Cacaos*

Las ventajas actuales de sistemas de comunicación, como lo muestra *Cacaos*, hacen pensar que dotando a estos médicos con recursos modernos de comunicación; como computadora y conexión a internet, teléfono celular con conexión satelital, etcétera, las dudas en su trabajo las podrían resolver y no se sentirían aislados.

El relato de esta joven médico me reconcilia con la medicina actual y me demuestra que aún es posible mantener sus valores ancestrales, al margen de la medicina como industria, que desafortunadamente ha surgido.

Dr. Octavio Rivero Serrano

Director de Seminario sobre Medicina y Salud de la UNAM.



## RESEÑA 1

4 de febrero de 2007

Hola, familia y amigos:

A pesar de que me habían asegurado lo contrario, no tengo internet en la clínica. Voy a intentar arreglar esta situación a la brevedad posible, pero por lo pronto tendrán que conformarse con *mails* comunitarios. Tampoco tengo señal de celular, así que la comunicación por esa vía resultará igualmente imposible... les platico cómo me ha ido en la primera semana de mi servicio social.

Salí del Distrito Federal el martes 29 de enero a las 5:00 am con mi papá y mi hermano, quienes me hicieron el favor de acompañarme a Tabasco para instalarme. Hicimos ocho horas en carretera hasta Villahermosa, de tal forma que me dio tiempo de ir en la tarde a las oficinas de la Secretaría de Salud de Tabasco, donde entregué papeles e hice trámites burocráticos. Me citaron para que regresara ahí mismo al día siguiente, de donde me mandaron a la Jurisdicción Sanitaria 09, ubicada en la cabecera municipal de Jalapa. La carretera que conduce hacia allá está circundada por paisajes increíbles: en un inicio, a ambos lados de la carretera hay lagunas cubiertas por lirios, garzas, palmeras y flamboyanes; más adelante hay un tramo de 800 metros cubierto por un túnel de árboles llamado El Tinal, por donde el sol radiante



*Clínica de Francisco J. Santamaría, Cacaos*

se cuela entre las ramas. Finalmente, después de cuarenta minutos, llegamos a Jalapa. Ésta es la cabecera municipal: un pueblo ciclero típico de México, homogéneamente feo. Fuimos directamente al Hospital Regional; de ahí nos llevaron a Francisco J. Santamaría, mi pueblito, que aquí le llaman Cacao, nombre que me gusta mucho más.

Cacao está constituido por aproximadamente cinco manzanas y un anexo de terracería al fondo. Tiene tres tienditas chicas y dos *cyber* cafés, uno desde donde ahora les escribo. La clínica donde viviré y laboraré por un año, está en la entrada del pueblo, casi al pie de la carretera. Es una casita pintada de blanco y azul, con techo dos aguas color rojo. Tiene un consultorio para la enfermera con el refrigerador de vacunas, una cama de hospitalización, una sala de expulsión, mi consultorio con farmacia, una salita de espera, el baño de pacientes y el cuarto del médico. Mi recámara es de buen tamaño; tiene una cama matrimonial, un closet sin puertas, una mesita cua-

drada, un refrigerador, una cocineta pequeña con una parrilla eléctrica y un baño completo. Dentro del mismo terreno, pero afuera de la clínica, hay dos construcciones más: un consultorio pequeño de odontología y una cocina muy chica con una estufa de gas y estantes que se utilizan de bodega.

Mi papá y mi hermano se regresaron ayer al DF. Hoy fui al súper (en Villahermosa) y compré muchas cosas que me hacían falta, como utensilios de cocina, unas repisas para mis libros y un ropero de plástico azul. La verdad es que mi cuarto quedó muy acogedor. Estoy contenta, aunque a veces me da ansiedad estar tan lejos de casa, a la mitad de la selva tabasqueña... será cuestión de tiempo acostumbrarme a esta independencia emocional completa y a esta soledad completamente solitaria. También tendré que acostumbrarme al detergente y al jabón de la ropa porque ya tengo una dermatitis por contacto en las manos espantosa...



*Consultorio*

## RESEÑA 2

11 de febrero de 2007

El martes empecé a trabajar en la clínica. La primera actividad que tuve fue una junta con las señoras del programa Oportunidades. Tras un estudio socioeconómico, el gobierno eligió varias familias a las que les otorga ayuda económica y de salud. Ellas, a cambio, se encargan de la limpieza de la clínica, de *chapear el monte*—como dicen por acá—, de ir a las pláticas y de asistir puntualmente a sus citas médicas. Yo estoy encargada de revisar a cada familia dos veces al año y de organizar las pláticas que tratan de las enfermedades más frecuentes, sus signos de alarma y las medidas que se deben tomar en caso de que se presenten. Durante esta reunión fue mi presentación con los habitantes de Cacao. En la tarde de ese mismo día empecé a dar consulta; mis horarios de atención son de 8 a 14 hrs. y de 16 a 18 hrs.

Los miércoles y jueves son días de *Acción intensiva*, lo que implica ir a otros poblados cercanos a dar consulta por la mañana. Los miércoles voy a Puerto Rico, donde la gente vive en condiciones paupérrimas. Las casas son de hojas de palmera o troncos de bambú con techo de lámina. En la consulta se ven principalmente niños desnutridos, parasitosis de todo tipo, embarazos no planeados y no deseados, etcétera. Di consulta a gente delgada como un palo, con todos los huesos marcados bajo la piel, con la panza como una bolita por los parásitos y con el pantalón sujetado por un mecate a su cintura emaciada. Llegaban descalzos, oliendo a la tierra acumulada por no sé cuánto tiempo y con una tristeza profunda en los ojos.

El jueves fui a El Dorado, donde la gente vive en condiciones mucho mejores. Todas las casas son de cemento, pintadas de colores floridos y espantosos. Los vecinos del Centro

*Cacaos*



*Casa de salud de Puerto Rico*



*Vivienda de Puerto Rico*

Marcia Villanueva Lozano

de Salud se dedican a la fayuca: traen de Estados Unidos todo tipo de aparatos electrónicos como *teles*, DVD's, aires acondicionados, y aparentemente no tienen dificultades económicas. Aún así gozan del beneficio que ofrece el programa Oportunidades. Son pacientes demandantes, algunos incluso groseros y malagradecidos. No me gustó la consulta ahí.



*Casa de salud de El Dorado*

Ese día, al volver a Cacao, me estaba esperando Ángela, la señora que se encarga de la limpieza de la clínica y que, por un pago extra, también hace la limpieza en mi cuarto y me lava la ropa. Me esperaba con carne molida de res y arroz para que cocináramos juntas y no comiera solita. Ángela viene a ratos a hacerme compañía, me trae comida y me cuida. Tiene 44 años y cuatro hijos; sólo conozco a Lupita, que estudia el primer año de preparatoria en Jalapa, y a Vicky, que tiene cinco años y es encantadora con esa colección infinita de preguntas en su acento infantil de tabasqueña.



*Vivienda de El Dorado*

Mientras tanto, durante toda la semana, los encargados de mantenimiento de la clínica me la arreglaron al cien por ciento. El martes fui a hablar con la directora del Hospital de Jalapa, encargada de coordinar a los MPSS (Médicos Pasantes de Servicio Social), con mi lista de quejas y sugerencias. Me compraron una cama, arreglaron la bomba de agua, cambiaron los focos que no prendían, pusieron llaves y regadera nuevas en mi baño y le dieron mantenimiento al aire acondicionado, al refrigerador y a la estufa. Sinceramente, me sorprendió que me dieran todas esas atenciones.

Ayer, sábado, fue el *Primer Día Nacional de Vacunación* del año. Estuvimos desde las 7:00 am hasta las 2:30 pm dándole *Sabín* a todos los niños menores de cinco años de Cacao; en total vacunamos a setenta niños entre Lucy y yo. Lucy es mi enfermera, tiene treinta y tantos años y dos hijos. Es seria y silenciosa, pero amable y muy eficiente. Ya he logrado arrancarle un par de sonrisas y estamos congeñando bien.

A las 10:30 am llegaron a la clínica la Jefa de la Jurisdicción Sanitaria 09 y la Directora del Hospital de Jalapa para supervisarnos. Venían acompañadas del presidente municipal y su esposa. Me presentaron como “la doctora estrella” por tener el segundo mejor promedio de la UNAM. Les aclaré inmediatamente que eso no era cierto, que soy el segundo mejor promedio de los MPSS de Tabasco. Aun así la admiración entre los presentes prevaleció mientras yo infería que seguramente todos los arreglos que le hicieron a la clínica estaban relacionados con este malentendido.

Cerca del final de la supervisión, Cindy, la esposa del presidente Toño, me preguntó mi estatura, pues es apenas un poco más alta que yo. Bromeamos al respecto y después me invitó al evento de ese mismo día en la noche: la elección de la reina del carnaval de Jalapa. A las nueve de la noche en punto llegó por mí el licenciado Javier López:

—Buenas noches, doctora. Vengo en nombre del señor Presidente para que nos acompañe al evento de esta noche.

La cara de Javier López me pareció conocida, ya lo había visto antes, pero quién sabe dónde y quién sabe cuándo. Javier tiene 33 años, es el director de Seguridad Pública de Jalapa y dice que ser político es comer mierda sin hacer gestos. Su papá fue jefe del Tribunal de Justicia, a Roberto Madrazo le dice tío y para él cada día es un nuevo reto donde pone a prueba, para sí mismo, su lealtad. Mientras me contaba esto, me llevó directamente a la casa del presidente. Ahí estuvimos ellos dos y yo aproximadamente una hora, esperando a que Cindy estuviera lista. La plática se concentró en temas irrelevantes como sitios populares en el DF, Villa, Monterrey y Acapulco, y la farándula con sus chismes. Así me enteré que Javier formó parte de la última generación de Timbiriche, cuando cantaban *Muriendo lento*. Después de muchas anécdotas y una explicación detallada de cómo funcionan las cosas en Televisa, por fin, Cindy bajó.

Cindy tiene 38 años, pero parece más joven. Mide aproximadamente 1.80 metros y es regia, de tez morena, con cuerpo muy bien conservado y el pelo güero artificial. Es mal hablada como una adolescente de 18 años, eternamente sonriente, muy cercana a la gente del pueblo y bastante mensa.

—A mí me *valen madre* los protocolos, uno también tiene derecho a tomarse unos tragos, bailar un rato y divertirse —me dijo de camino al evento. Un par de horas después, la señora del presidente estaba bailando con un grupo de preparatorianos borrachos, para arriba, para abajo, media vuelta y demás desmanes.

El evento fue en el salón de fiestas principal de Jalapa. Estaba llenísimo; Cindy comentó que se habían vendido 1 300 boletos. Ahí nos esperaba la mesa de honor: una fila de seis mesas de plástico de Corona cubiertas por un mantel verde bandera y que, además, daba hacia la pista, como un podium. Nos presentaron uno a uno y después inició la fiesta. Hubo brandy con Coca y botana en platos desechables. La gente iba vestida como para salir de *antro*. A cada lado de la pista rectangular había dos tamboras o batucadas: una que apoyaba a Yesy (con Y, claro) y la otra a Jareth. Desfilieron las cuatro finalistas: no había ni a quién irle, ni siquiera para dar un premio al vestido más feo. En seguida apareció el equipo de sonido más reconocido de todo el municipio y se oyó *punchis-punchis* hasta las dos de la mañana, cuando se dio a conocer que Yesy era la ganadora y que sería coronada en una semana. La niña de más o menos 17 años lloraba de la emoción y lanzaba besos al público. La tambora celebraba intensamente. Después siguió la música con Kapaz de La Sierra, Intocable, El Recodo y demás bandas para volver después de treinta minutos al *punchis-punchis* inicial.

Cindy bailó toda la noche, a ratos con su esposo, a ratos conmigo y a ratos con quien fuera. A las cuatro de la mañana el señor Presidente le rogaba que nos fuéramos y ella accedió

satisfecha con la fiesta. Javier me trajo de regreso a la clínica mientras intentaba explicarme cómo funciona el narcotráfico en México, la conspiración de los Zetas y la estrategia actual de Calderón para aparentar que ha logrado controlarlos en pocos meses. Yo aún no entiendo nada: demasiada mierda para comérmela sin hacer gestos.

Hoy, domingo, fui a Villa con la idea de comprar un celular fijo que sí tenga señal en Cacao y a hacer las compras de la semana. Mañana inicia otra semana. Estas vacaciones ya comienzan a parecerme un poco largas para estar tan sola y creo que empiezo a darme cuenta de que no son vacaciones, sino un año entero con una rutina que dista mucho de la que tenía por allá en la capital junto a todos ustedes. Así también es como inicia la añoranza...

### RESEÑA 3

18 de febrero de 2007

Esta semana aprendí que Cacao lleva una “s” al final, una “s” muda, como las que utilizan los lugareños de este poblado y que adiviné sólo después de que Lucy la hiciera evidente. Conocí, también, los anexos de Cacaos en busca de niños que tenían vacunas pendientes. Fui primero a El Fraccionamiento, un espacio de terracería que está atrás de las cinco cuadras pavimentadas. Descubrí que sí hay pobreza en Cacaos, incluso una pobreza extrema. Las casas son parecidas a las de Puerto Rico: paredes irregulares de madera que le dan a la vivienda una forma poligonal, techos de lámina, múltiples habitantes por metro cuadrado y supongo que carencia de agua potable o escusado. Dicen que cuando llueve durante días, El Fraccionamiento de Cacaos se inunda y deshabita

*Cacaos*



*El Fraccionamiento*

esas viviendas, hasta que escampa y pueden reconstruirse las ruinas iniciales.

Después conocí otro anexo de Cacaos que no sabía que existía: *El Puente*, que está a orillas del río de La Sierra. Ahí hay aproximadamente siete casas enfiladas que comparten un jardín muy grande donde tienen una red de voleibol y el ganado disperso. Las condiciones de las viviendas también son deplorables: la gente va sucia, descalza, cabizbaja y cansada. En la primera casa, la que se encuentra justo al pie del río, vive doña Hilda. La reconocí al verla porque ya había ido a consulta para el control de “la azúcar”. Nos invitó a pasar mientras su hija se alistaba para irse con nosotras de regreso a Cacaos para vacunar a su niño de ocho meses. Ahí conocimos a José Luís, el nieto de doña Hilda, y a Vicente.

Vicente es un niño de edad escolar, oriundo de Tila, Chiapas. En uno de los recurrentes viajes religiosos que hacen doña Hilda y su esposo a ese poblado chiapaneco, los



A la izquierda, doña Hilda y José Luis; a la derecha, Vicente

padres de Vicente les pidieron que lo llevaran consigo para criarlo y alimentarlo puesto que ellos no tienen suficiente dinero para hacerlo. El matrimonio de ancianos aceptó al niño sin papeles, ni siquiera un acta de nacimiento que serviría para inscribirlo a la escuela.

—Pero este niño me produce dolores de cerebro —me dijo doña Hilda—, nunca me hace caso, ni obedece las órdenes que le doy. No hay *naiden* que pueda controlar sus impulsos. Siempre se me entumen las *canillas* por irlo a buscar al río, donde lo encuentro todo *enmugrentado*. Yo ya ni sé qué hacer con él... Si un día se lo llevan las aguas, ¿qué le voy a decir a sus papás? Y él no quiere regresarse para Chiapas porque allá sí que pasan hambre y frío. Aquí, como sea, matamos guajolotes pa' alimentarnos.

Lucy aconsejó que le dieran *cinturonazos* para hacerlo “entrar en cintura”. Yo me abstuve de contradecirla y me callé mi argumento de hacerlo entender con palabras. Día con día voy descubriendo costumbres que tienen bien marcadas sus fronteras y sé que, de intentar sobrepasarlas, me estaría alejando de la posibilidad de conocerlas. Mientras tanto, Vicente permanecía sentado, con la cara sucia, pero libre de culpa por su comportamiento.

Ese mismo día, por la tarde, fui a casa de Denacielo de la Trinidad Puche Baeza, una paciente senil e hipertensa. Doña Trini es famosa en Cacaos por el nacimiento que adorna su casa desde mediados de diciembre hasta finales de febrero. Desde mi llegada había escuchado hablar a varias personas sobre ella. Trini es baja de estatura, con un cuerpo que revela sus ocho décadas de vida, gordita, amable, con mil achaques científicamente inexplicables y el ojo izquierdo desviado hacia afuera. A principios de la semana vino a consulta por “la presión alta”, la interrogué en busca de los datos más frecuentes de descontrol. Sólo aceptó tener mareos ocasionales,

pero lo que sí la preocupaba era que en ocasiones veía “letras en inglés”.

—Cuando miro al cielo, o al suelo, aparecen letras. Pero fíjese *usté*, doctorcita, que lo curioso es que son letras en inglés. No, no me chillan los oídos y tampoco me duele la cabeza. Eso sí, a veces siento como punzadas en el cerebro. No, doctorcita, no siento palpitaciones en mi corazón. Le digo que lo que sí me preocupa es que veo esas letras, y están en inglés, doctorcita.

Su casa es muy oscura, cubierta por telarañas y con olor a madera. Justo en la entrada descansa el famoso nacimiento. Aproximadamente tres metros de suelo y un segundo nivel están llenos de adornos. Tiene el típico pesebre con el Niño Dios, pero además ilustra con cientos de muñequitos diversas escenas.

—Todo el año, doctorcita, me la paso pensando cómo voy a decorar mi nacimiento. Mire allá —apuntaba con su mano artrítica hacia la izquierda—. Ahí tengo a los luchadores de la Arena México. Y aquí está el mercado con su puesto de pollos. Éstos del rincón son los novios con su baile y los mariachis. Y junto al árbol está la hechicera con sus brujerías: le cambió a su vecina la cabeza por una de pato.

Había una *Barbie* degollada con una cabeza de pato de juguete sobrepuesta y, junto a ella, el incienso y las cartas españolas de la hechicera.

—En esta mesa estoy yo, jugando con mis amigas al dominó. Mire, doctorcita, pásese por acá para que pueda ver bien todas las cosas que puse en mi nacimiento.

Me condujo a través de su casa para llevarme por la parte trasera del nacimiento. Atravesamos primero un cuarto oscuro lleno de santos y demás imágenes religiosas; después, un pasillo donde tiene todo guardado en armarios de madera para que las ratas no se lo coman.

*Cacaos*



*Arriba, doña Trini; abajo, su nacimiento*

Marcia Villanueva Lozano



*Nacimiento de doña Trini*

—¿Con quién vive usted, doña Trini? —le pregunté admirada por la escasa luz que penetraba en el pasillo y sus lúgubres telarañas.

—Yo vivo aquí, doctorcita, primero con Dios, la Virgen Santísima y los Santos, y después, con mi marido.

En el patio trasero de la casa de doña Trini abunda la vegetación, incluso la barda de ladrillos es verde por el moho acumulado. Tiene al centro una tina de cemento con una docena de *hicoteas* y *moginas*, especies de tortugas de quince centímetros de diámetro que sirven de alimento. Las engorda con plátano y, cuando tiene suficiente dinero, con carne. Me despedí dándole las gracias por ser tan cálida anfitriona. Ella devolvió mi gesto con cinco huevos de sus gallinas para la cena. Regresé a la clínica bajo el cielo nublado que empezaba a *pringar* —chispear, decimos los defeños— para dar la consulta vespertina.

El 14 de febrero, día de San Valentín, del amor y la amistad, tuve poca consulta. Me asombra que en este rincón del mundo, donde no llega la señal de celular, haya llegado immaculado el manejo comercial de tal festividad. Las tradiciones ciudadanas disfrazadas de flores, chocolates y peluches ocuparon todas las calles de Cacaos. Así llegó a mí la invitación de Sarai para cenar con su familia esa noche. Sarai es la hija mayor de Leonel y Luz, los dueños del *cyber*; todos los días viaja a Villahermosa, a la Universidad Autónoma Juárez de Tabasco, donde estudia la licenciatura en derecho. Leonel es electricista y trabaja en la potabilizadora de agua dando mantenimiento eléctrico a la maquinaria. Luz tiene un salón de belleza en Cacaos y se encarga, al mismo tiempo, del *cyber*. Tienen dos hijos más: Pepe de 18 años y Derli de 17, los dos van a la preparatoria vespertina de Jalapa. Esta familia ha sido completamente amable, me hacen un descuento especial en el uso de internet y desde el día de San Valentín me invitan a cenar todas las noches con ellos.

La noche del festejo, Luz marinó cinco pollos con adobo y naranjas agrias y los asaron al carbón, de guarnición había ensalada de *repollo*<sup>1</sup> y tortillas. La cena ocurrió debajo de la luz de la luna, en una mesa al aire libre y con el asador calentando aún más el ambiente. “Una lunada” fue el nombre que utilizaron. Me contaron chismes e historias de los médicos que han pasado por aquí: la doctora Fanny dejó inválido a un paciente al pincharle un nervio mientras lo inyectaba; el doctor Erick y la colección de mujeres que durmieron con él en la clínica, mientras su esposa embarazada hacía el Servicio Social en Hidalgo; la doctora Matilde con sus curaciones heroicas, etcétera. Más tarde preguntaron sobre la Ciudad de México, tratando de descubrir cuántas de sus leyendas eran ficción o realidad. Todos quedaron admirados por las distancias que se recorren a diario en la capital, por el peligro que yace en sus calles y por lo imposible que resulta conocer toda la metrópoli. Se asombraron al oírme decir que la gente allá se transporta en un tren subterráneo, oscuro y con hedor a orines. Interrogaban sobre Tepito, La Villa y demás colonias que no conozco. Incrédulos de mis descripciones durmieron con una serie de imágenes construidas a través de mi voz.

El viernes por la tarde fui a Jalapa a tomar el Curso de Inducción al Puesto. Lo que resulta más importante es cumplir con toda la papelería y no la salud de los tabasqueños: programas de cómputo, ciento cincuenta y dos formatos para llenar a mano, y metas fijas en el número de muestras que debo tomar en un lapso de doce meses para recibir mi Carta de Liberación del Servicio Social. Al terminar, ya de noche, nos llevaron a todos los MPSS de Jalapa a la clínica de Astapa, la más cercana. Ahí dormimos mis cuatro compañeros y yo. Toto, apodado así por su apellido Totomoch, que significa tortilla de maíz, fue el anfitrión. Tuvimos oportunidad de conocernos

<sup>1</sup> Col.

un poco, intercambiar experiencias de las últimas dos semanas y hacer interconsultas para descifrar los males de algunos de nuestros pacientes.

Ayer, sábado, después de la segunda sesión del curso, regresé a Cacaos con la urgencia de un baño. Al entrar a la clínica tuve por primera vez el sentimiento reconfortante de “llegar a casa”. Me di un baño largo y frío, y después cogí un taxi rumbo a Puerto Rico para tomar fotos de sus viviendas. El taxista, Francisco Vidal, me llevó a conocer los demás poblados cercanos para ubicarme. Me explicó cada tipo de árbol y sus usos: el tinto y el cedro como madera, el hule para el plástico y otros, cuyos nombres y funciones no recuerdo por tratarse de sustantivos locales de pronunciación curiosa. Al pasar junto a enormes ranchos, Francisco se detuvo a explicarme que son propiedad de políticos tabasqueños. Algunos de ellos tienen hasta siete ranchos por municipio (Tabasco tiene 17 municipios).

—Este rancho es de un abogado muy famoso de Villa. Aquí pasa sus vacaciones con Roberto Madrazo. Sus hijos andan en vehículos último modelo, BMW, Mercedes y de ese tipo de carros finos. Tienen cientos de caballos importados de Canadá. Esas ovejas, por ejemplo, son africanas y desde aquí las llevan a Guatemala. El señor López está muy adinerado y sus hijos ahora tienen puestos importantes en el gobierno, robándose todo el billete que necesitan pa’ mantener a sus animalitos elegantes.

Al empatar mentalmente las historias, reconocí que el señor López es el papá de Javier, el director de Seguridad Pública de Jalapa que conocí el fin de semana anterior. Imaginé que ese podría ser el rancho al que me había invitado a montar los caballos de 250 mil pesos. Respiré profundo y solté un suspiro de alivio al recordar que ni Javier ni el presidente Toño me han buscado en toda la semana.

Regresé caminando desde Puerto Rico hasta Cacaos, disfrutando del paisaje y descubriendo que los largos trayectos

verdes en realidad son lagos cubiertos de lirios. Hoy, como empieza a ser costumbre los domingos, fui a Villa para abastecerme para la próxima semana.

## RESEÑA 4

25 de febrero de 2007

La hora de la comida es el momento en el que más resiento la soledad. El tiempo que tenía estimado para comer era de una hora y media. Ahora sé que la tarea de llevar la comida a la boca con el tenedor sólo ocupa de diez a quince minutos; el resto del tiempo lo utilizaba en compartir ideas y sentimientos, un poco de política, asuntos laborales o escolares con mi mamá y mi hermano. En soledad, comer deja de ser un placer y se vuelve únicamente una necesidad; en ocasiones es sólo una tarea que debo cumplir rigurosamente para no adelgazar aún más.

Cocinar y lavar los platos son las actividades que compensan el periodo de plática de aquellos días citadinos. Lo mismo ha pasado con el entretenimiento nocturno de la televisión por cable: es ahora el espacio de lavar ropa o planchar la otra. La carencia de electrodomésticos no me pesa, sino que con ella descubro una vida más sencilla y los recovecos que habitan detrás de las puertas que día a día voy abriendo. La soledad, en fin, es un arma de dos filos que corta, por un lado, el abandono de mí misma que me tuvo tan resentida durante el Internado y, por el otro, costumbres antiguas para reemplazarlas por tareas nuevas que me dan un sentimiento de independencia y autosuficiencia. Por eso ha sido fácil acostumbrarme a la vida rural. Aunque, para ser completamente sincera, también debo reconocer que este ánimo positivo

coexiste con la certeza de que eventualmente regresaré a las sobremesas acogedoras y a las comodidades tecnológicas de mi hogar...

Diario me llegan consultas que voy historiando mentalmente. Consultas quizás “difíciles” porque se trata de un anciano de 94 años de edad con una sordera grave que impide tener cualquier tipo de comunicación verbal, o de una paciente analfabeta que trata de memorizar la dosis y el horario del medicamento con la simple imagen de la caja que contiene las grageas, o de una señora que insiste en no tomar la metformina porque el yerbero le recetó un licuado de *noni*<sup>2</sup> y uva para la diabetes. Sin embargo, no es dificultad lo que predomina en mi trabajo. Es la ignorancia, en cambio, la que abre un abismo entre mis pacientes y yo. Ese lo voy llenado con paciencia, con estrategias novedosas, con educación.

El martes, el jefe de Enseñanza de la Secretaría de Salud de Tabasco me dijo que para acercarse a los pacientes hay que respaldar con magia nuestras explicaciones:

—Aquí la gente no entiende de argumentos científicos, siempre hay que darles razones místicas para que puedan respaldar sus creencias.

Terminé preguntándome si la magia que ronda por Cacaos podría perderse al educar al pueblo con respaldos científicos. Tuve miedo y sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. ¿No era mi objetivo educar a la paciente diabética para que dejara a un lado su licuado y tomara puntualmente la metformina? ¿No era ese acto igual de inhumano que catequizar a la indiada construyendo iglesias barrocas sobre sus templos prehispánicos? Una gran interrogante me rondó durante un par de horas: ¿cómo podré educar a la gente

<sup>2</sup> Fruta del tamaño de una papa, de color amarillo que se transforma a blanco al madurar, de sabor amargo y olor muy intenso; se consume en diferentes preparaciones por los usos medicinales que se le achacan.



*Estatua del Capitán Chirica a los pies del puente La Esmeralda del Sureste*

sin robarle un *chis*<sup>3</sup> de sus creencias mágicas? La respuesta yacía en lo que había dicho el Jefe de Enseñanza: darles una explicación mística con la que puedan respaldar sus creencias.

Pienso que esta tarea podría no ser tan complicada puesto que, hoy en día, los tabasqueños conservan la capacidad de creer indudablemente cualquier historia que se les cuente. Esa ingenuidad y hasta cierto punto independencia cultural es una de las características que distinguen a los habitantes de Tabasco desde la remota historia. El más claro ejemplo de ello es la leyenda del Capitán Chirica, cuya estatua se encuentra al pie de las escaleras que conducen al principal puente peatonal que cruza el río Grijalva, La Esmeralda del Sureste, al centro de Villahermosa.

El Capitán Chirica vestía a diario de blanco y azul marino y recorría las calles de Villa embelesando a quien quisiera oírle contar las historias de los mil mares que había cruzado. Los hombres envidiaban su valentía, sus historias y a las muje-

<sup>3</sup> En lengüje *choco* o tabasqueño, *chis* significa "trocito".

res que derretía con sus relatos. La verdad es que el Capitán Chirica nunca conoció el mar y saciaba esta carencia de suerte con una imaginación alevosa, pero tierna y buena. Eso mismo es lo que necesito ahora: una imaginación alevosa para inventar una mística que respalde la crudeza científica.

Además de dar consulta, esta semana trabajé mucho en la parte administrativa de la clínica: acomodé los medicamentos que me entregaron para abastecer mi farmacia, después hice un inventario de la misma y llené toda la papelería de la Secretaría de Salud para contribuir a la información epidemiológica de la República Mexicana. Siento que mi trabajo ya es uno real, como el de cualquier persona adulta que ejerce su profesión. Esto me da una noción de madurez, de responsabilidad y —¿por qué no decirlo?— de adultez.

Para hoy acepté una invitación de la hermana menor de Ángela. Carmita, como le dicen de cariño, se casó con el doctor Francisco; él hizo el Servicio Social en Cacaos y se quedó enamorado de Carmen, según dicen las malas lenguas, por acción de brujerías y pociones *engatusadoras*. Ahora tienen una bebé de un año que es bizca y me ve con ojos chuecos de desconfianza. Aparte de ellos tres, el plan de hoy también incluía a Lupita, hija de Ángela, y a la abuela Charo. Me llevaron al municipio de Teapa, la zona de Tabasco donde se pierde la planicie que lo caracteriza y se elevan montañas con pendientes casi verticales, con monos aulladores y tucanes, y donde surgen de la tierra aguas de azufre que tienen un tono azul muy oscuro. Nadé, por primera vez en mi vida, con shorts y playera. Comimos pollos asados y budín, un pastel hecho de bolillo duro remojado en leche con canela y vainilla, riquísimo! Regresé a casa con el hedor del azufre impregnado en el pelo que no acabó de ceder con el baño y vine al *cyber* para cumplir con la reseña semanal. Me espera en la clínica más trabajo y la recámara que ya es parte de mi tranquilidad.

## RESEÑA 5

4 de marzo de 2007

Quién sabe de qué preocupaciones encubiertas en su totalidad proviene el insomnio inicial que caracteriza mis noches. No me estorba, el insomnio, pues es el momento en que nacen los primeros renglones de lo que escribo. Después aparece en mi cabeza esa mujer que tiene una voz lenta y pausada con la que va guiando mi mano derecha sobre el cuaderno que tiene impreso en la portada un cuadro de Joan Miró. A veces la mujer, poseída por un arranque pasional, acelera la velocidad de la voz e imprime una fuga de ideas desordenadas a las que mi pluma fuente otorga los signos de puntuación correspondientes. Mientras cumplo este rito se escucha, de fondo, el canto natural de allá afuera: sapos, grillos, cigarras y aves nocturnas cuya sinfonía no sé relacionar con un nombre.

En el patio trasero que colinda con el mío, vive un gallo que tiene el ciclo circadiano igual de distorsionado que yo. A cualquier hora nocturna aluzada por la luna, quiquiriquéa como si anunciara un amanecer evidente. No es extraño que me despierte después de que, por fin, haya conciliado el sueño. Pero tampoco me molesta pues lo prefiero al *frenón* que se escucha a lo lejos, a las voces de la calle, al claxon irrespetuoso o a la *pesera* que lleva la radio a todo volumen. Eso es Cacaos: una tranquilidad absoluta a la que ya había aspirado en otros momentos de mi vida.

Probablemente esa paz esté relacionada con lo que noté durante la captura estadística de la papelería correspondiente a febrero, que realicé la semana pasada: mi población tiene muchos pacientes de la tercera edad. Aquí los ancianos alcanzan los 90 años sin dificultad, hecho que me sorprende de sobremanera pues no me explico cómo, viviendo en tales condiciones de pobreza, cumplen tantos años. Quizás la longevidad de



*Jardín trasero de la clínica de Cacaos*

los tabasqueños también tiene que ver con la frescura de los alimentos que consumen, como el huevo que acaba de poner la gallina o la carne de cerdo recién matado, pero me inclino a pensar que está más relacionada a las implicaciones del *llevar* vs. *tener* los años: aquí no *tienes* equis años, sino que *llevas* los años; por ejemplo, yo no *tengo* 23 años, sino que *llevo* 23 años.

*Llevar* los años implica estar cargado de ellos; ser impulsado o arrastrado por ellos; transportarlos consigo; conducirse, dirigirse y manifestarse por ellos; vestirlos como “se *lleva* un vestido”; moverlos con uno hacia donde se va; estar caracterizado por los años; manifestarlos, presentarlos y representarlos. *Llevar* los años es ir constantemente acompañado de ellos. En cambio, *tener* años es poseerlos, mantenerlos asidos a uno, pero no conlleva obligatoriamente una función. *Tener* los años peligra en convertirse en una colección que únicamente se considera de manera circunstancial, o que, en el peor de los casos, se desempolva con recuerdos esporádicos. En Cacaos se *lleva* la vida y se simplifica con un número: la edad.

Aquí también se rescatan conceptos antiguos de la medicina, como las visitas domiciliarias. A principios del siglo pasado, cuando mi bisabuelo ejercía dicha profesión, era costumbre que el oficio médico se empatare con la idea de un hombre –¿por qué será que siempre es hombre el que toma en la imaginación la figura de un médico?– entregado al bienestar ajeno, quien, después de dar sus consultas, visitaba a sus enfermos graves en su domicilio. Una imagen de un señor canoso, con barba y bata, caminando sobre calles adoquinadas y cargando su botiquín... ¡Qué bella e imprecisa escena! Hoy el médico es visto de manera diferente: un hombre sin barbas, en un coche elegante, camino a su casa. Las reminiscencias del médico noble y bienintencionado ya no tenían cabida en mí tras la desilusión que me llevé durante los años de enseñanza clínica de la carrera.

Hoy en día el IMSS y el ISSSTE tienen médicos familiares cuyo trabajo consiste en ir a las casas de los pacientes discapacitados para atender su malestar. Ese es el puesto que ningún médico familiar desea por ser tedioso y cansado. Más vale tener un consultorio fijo adonde lleguen los pacientes, en vez de ir tras ellos malgastando la energía y el ánimo. Siempre pensé que a mí sí me gustaría hacer visitas domiciliarias, y estaba en lo cierto. En el mes que ha transcurrido rápidamente he hecho dos de esas visitas.

La primera fue a una hermana de Ángela que había tomado, como intento suicida, diez pastillas para la alergia. Yacía en la cama de un cuarto oscuro al que llegué después de atravesar un largo pasillo con un calor sofocante atrapado debajo del techo de lámina. Tenía un sueño profundo, como un abismo, que requirió de movimientos bruscos y gritos que repetían su nombre –¡Rosa! ¡Rosa! ¡Despierta!– para traerla de vuelta. Claro que su intento fue fallido: la exploración física reveló signos vitales estables y lo demás dentro de la normalidad. Despertaría varias horas más tarde descansada por todas

las noches que antes no había podido dormir. Despertaría así para sentir inmediatamente después cómo el cansancio recaía sobre ella al sentirse culpable por su acción. Tendría enclavada en la mirada una vergüenza que no se desvanecería en unos cuantos días. Tuve que tranquilizar a la familia, explicarles cuál sería el desenlace de Rosa, dar todas las indicaciones pertinentes y partir de regreso a la clínica. Al virar sobre la esquina noté que no tengo barbas ni soy hombre, pero iba caminando sobre una calle de terracería con bata y cargando con mi mano izquierda un botiquín. Pensé en mi bisabuelo y sus colegas contemporáneos. ¡Cómo me hubiera gustado hacer esa consulta consciente de la relación que tenía con esas viejas historias!

Una semana después me vino a buscar uno de mis pacientes longevos para solicitarme que fuera a su casa a ver a su esposa que se encontraba muy grave. Encontré una señora senil, con obesidad discreta, tendida sobre una hamaca naranja; sus párpados le cubrían casi todos los ojos abiertos y asustados; tenía una tos que le desgarraba el pecho. La abuela Charo, mamá de Ángela, estaba sentada a su lado, remojando con un trapo húmedo la frente de su amiga enferma. Las gallinas revoloteaban a todo lo largo del jagal de paredes cubiertas por papel periódico. La anciana tenía fiebre. Había flemas verdes escupidas alrededor de su descanso. Con la voz quejumbrosa y débil, me explicó detalladamente cada uno de sus malestares. La escuché con calma, la revisé cuidadosamente y le inyecté la dosis de antibiótico pertinente para erradicar los principios de neumonía que la aquejaban. Mi recompensa fue una taza de café humeante y dos cuernitos recién horneados.

Al día siguiente, a primera hora, tomé el botiquín y mi bata para ir a visitar a mi paciente. La encontré de pie en el jardín, apoyada sobre el palo de escoba que utiliza como bastón, recortando unas rosas.

—Doctora, me ganó. Justo iba a ir a la clínica para entregarle estas flores. *Usté* es un ángel que espantó a la muerte que me quería llevar ayer.

¿Cómo le hice para espantarla? Aún no lo sé. La paciente sigue con tos, pero la fiebre y el dolor de las *coyunturas* han desaparecido. Su esposo dice que es una “vieja mañosa” que conoce a la perfección el camino para impacientarlo y angustiarlo. La anciana dice que es como un gato negro que ya había burlado a la muerte en siete ocasiones, y que ésta hubiera sido la definitiva sin mi ayuda.

Así hay muchos pacientes, agradecidos y bondadosos, pero no son todos. También están los otros que solicitan mis atenciones en horas imprudentes, que tocan la puerta desde las seis de la mañana para que les extienda una receta que justifique su falta laboral o para que les dé una consulta “urgente” por una sencilla carraspera. Desde el principio la gente que me ha querido bien me ha aconsejado que no malacostumbre a los pacientes y que únicamente dé consultas en el horario establecido y con el cobro correspondiente. De no hacerlo así, mi tiempo libre, tanto el obligado para la comida como el moldeable para mi propio descanso, sería arrebatado sin culpas ni pretextos. Acogí este consejo firmemente y no atiendo a quienes sin padecimientos urgentes lo exigen fuera de tiempo con ánimos groseros e irrespetuosos, por lo que han surgido inconformidades y amenazas.

El jueves, esta situación desencadenó mi primer enfado del año. Una paciente de cuarenta y tantos años de edad llegó a consulta cincuenta minutos después de que había terminado mi horario de trabajo. Yo ya estaba cansada, a punto de salir al *cyber*. Intenté rechazar la consulta pero su sobresalto peleonero me hizo preferir atenderla que discutir. Ya adentro del consultorio confesó que no requería atención médica sino un justificante/certificado que avalara la discapacidad dudosa de su hija para, así, poder recibir ayuda

económica de una institución imprecisa. Fui completamente condescendiente y le otorgué el papel, la nota, la manifestación de una malformación congénita de las orejas de su hija aunque su sordera fuera dudosa. Después me dijo “aquí entre nos” que había un grupo de gente inconforme conmigo porque yo no les otorgo la atención que requieren. Esa gente es la que me busca a las seis de la mañana, la de consultas fuera de horario, la de los favores, la que sólo quiere la medicina sin pasar a consulta y sin autorizar mi revisión, la que se aprovecha de uno y reclama consideraciones sin ceder ninguna.

La escuché sin cambiar la expresión de mi rostro. Le expliqué brevemente el motivo por el cual tengo un horario de consulta restringido y partió poco convencida de mis argumentos. Me quedé con mi enojo hasta que recordé que “un médico es un ser universal con la capacidad de comprender, más no de tolerar, a los seres humanos”. Seguiré con mi dinámica de trabajo, mi buena intención con los pacientes,



*Familia Alipi, dueños del cyber. De izquierda a derecha: el abuelo Leonel, yo, la abuela Tula, Luz y Leonel hijo*

mi consulta pausada y explícita, pues no he encontrado un solo paciente que no salga satisfecho de mi consultorio cuando lo acecha una enfermedad real. Siempre habrá malagradecidos y malintencionados, siempre habrá egoísmos desconsiderados y mala leche.

## RESEÑA 6

11 de marzo de 2007

El clima ha sido cambiante: del sol más hiriente se pasa a un cielo nublado y oscuro, incluso a un fresco que semeja el frío y requiere un suéter ligero. De la magia se pasa a la cotidianidad, y de la presentación a una relación más profunda que se aproxima a la familiaridad. Luz y Leonel, los dueños del *cyber*, me han adoptado sin condiciones: ya es costumbre cenar con ellos y los papás de Leonel. Los tamales en diferentes presentaciones son típicos en Tabasco. Las *maneas* son de carne mezclada con la masa; los *chanchamitos* tienen relleno de carne molida con aceitunas y pasas. Me siento consentida y querida, apoyada y reconocida.

Lucy llega en la mañana y me saluda: “Hola, *doc*. ¿Cómo pasó la noche?”. Después me cuenta divertida la última travesura de Giovanni, su hijo de cinco años, o la respuesta aventurada que le lanzó Jessy, su hija puberta, tras una llamada de atención banal. Nos interrumpe Lulú, la dentista, con su andar acelerado y sus relatos poco ordenados para actualizarnos en el último chisme de su vecindario. Reímos juntas, encubrimos nuestros descuidos y trabajamos unidas y leales.

El tiempo pasa rápido y si no fuera por la tarea de escribirles semanalmente, muchos detalles y más historias pasarían inadvertidos. El problema con aquellos pacientes

indeseables encontró, esta semana, una solución. Germán, el delegado del pueblo, convocó a una junta para hacer mi presentación oficial. Expuse, en un discurso breve y sencillo, mi plan de trabajo. Después se firmó un acuerdo que establece un horario fijo de consulta, la determinación de urgencias por mi criterio médico, el cobro específico de mis servicios y la cláusula que indica que no se le dará atención a ningún hombre en horario nocturno si no viene acompañado de su esposa o de una hija mayor de quince años. La familia de Ángela acudió completa y puntual para apoyarme y defenderme. El apoyo fue bien recibido y la defensa innecesaria. Los asistentes a la junta firmaron el acuerdo sin oposición alguna.

Ese mismo día por la mañana se llevó a cabo la *campaña de esterilización canina*. Afuera de la clínica se montó un quirófano portátil donde operaron a los perros y gatos que fueron llevados por sus dueños. Atrás de El Fraccionamiento de Cacaos cavaron una fosa donde se enterraron a los perros callejeros que fueron sacrificados por electroshock. Cuenta la leyenda que, años atrás, se encontraba un zoológico en donde ahora está el Hospital de Jalapa, en la cabecera municipal. Los perros, entonces, no eran sacrificados, sino que los secuestraban y los llevaban hasta el zoológico. Por las noches los soltaban, uno por uno, dentro de las jaulas de los leones: un rugido leonino seguido de un aullido canino, el hambre felina saciada sin esmeros económicos y el problema de higiene callejera resuelto. Ahora es diferente: no contamos con leones hambrientos y la Secretaría de Salud exige muestras para registrar el número de perros callejeros exterminados. Por eso, después de sacrificarlos con una descarga eléctrica directamente sobre la columna cervical, decapitan los cadáveres caninos y llevan sus cabezas a Jalapa. Una tarea cumplida con pruebas que evidencian el éxito obtenido. Yo, por supuesto, sólo apoyé la tarea de esterilización y me abstuve de formar parte de las otras actividades sanguinarias.

Marcia Villanueva Lozano



*Un pochí, en el centro de Villahermosa*



*Plaza central de Cacaos*

Mi trabajo, en general, me gusta. Mi vida, en particular, me encanta. No dejo de sorprenderme con los paisajes y así voy descubriendo imágenes nuevas. El jueves, que fui a El Dorado, una paciente nos trajo el almuerzo: tres mojarra fritas recién pescadas por su esposo. De regreso, al cruzar el arroyo, noté que había cinco patos flotando en él. Lamenté no haber llevado conmigo la cámara de fotos: quisiera guardar por siempre esos paisajes fugaces y probablemente irrepetibles. Para hacerlo los archivo en algún escalón jerárquico de mi memoria, por encima de los paisajes permanentes. Villahermosa es uno de estos últimos, aunque tiene destellos que la hacen original, como los *pochis*, unas carrozas jaladas por motocicletas que recuerdan las calandrias de Acapulco, o la lancha que cobra cincuenta centavos por atravesar el Grijalva, en cuyas aguas no es extraño descubrir al famoso pejelagarto...

Ya, por fin, compré un celular fijo para casa que sí tiene señal en Cacaos...

## RESEÑA 7

18 de marzo de 2007

La gente ya me conoce. Cuando camino por la calle siempre escucho a lo lejos más de un saludo a gritos –“¡Buenos días, doctora!”–, e incluso hay quienes recitan sus males a la mitad de la plaza central del pueblo –“Fíjese, doctora, que desde ayer siento una punzada aquí en la pierna”–, y se alzan las faldas hasta medio muslo. El clima ha empezado a avivarse y a medio día caen los rayos del sol como si fueran fragmentos de llamas que arden sobre la piel. El cuerpo se va desquitando con sudor y agradece la brisa artificial del ventilador. Por las noches el

cielo está mucho más despejado que hace un mes y he descubierto constelaciones que creo nunca antes haber visto.

El miércoles fui a Puerto Rico y sólo tuve cuatro consultas. Lucy descubrió un *cojoncillo*<sup>4</sup> de avispas y armó con ramas una antorcha para quemarlo. Por querer evitar el riesgo de una picadura, decidí caminar por el ejido en busca de muestras de agua potable para corroborar, una vez más, la ausencia de cloro. Recorrí a pie la única calle pavimentada de la comunidad, mientras tanto descubrí un pájaro negro y amarillo con un cantar melódico que voló hacia lo lejos cuando me aproximé a él. En vuelo se hizo evidente la media estrella amarilla de su dorso que hacía contraste con las otras plumas negro brillante. Al terminar la calle, continué por el camino de terracería y me introduje al jardín delantero de una de las casas de techo de paja y paredes permeables de bambú. Los habitantes me recibieron cordialmente. Después de tomar la muestra de agua turbia y nulamente clorada, Ulises, un señor de cuarentaicinco años, me explicó que su vivienda está en peligro.

—A buena hora vino usted, señorita, perdón, doctora. Fíjese señorita, doctora, que aquí tenemos otro problema. Nos están invadiendo los comejenes y están tirando nuestras humildes casitas.

—Perdón, pero no se qué son los comejenes.

—Ah, mire.

Me tomó de la mano y me llevó al jardín trasero donde había un tronco cenizo recién apagado saturado de insectos café oscuro de dos milímetros de diámetro.

—Éstos son los comejenes. Se comen toda la madera, incluso la más buena. Justo le acabo de prender fuego a este tronco de tinto y no se mueren. Como vienen del infierno, sobreviven a las llamas. —El tronco estaba todo roído, con trazos lineales y aún en las partes que permanecían encen-

<sup>4</sup> Nido

didas desfilaban los insectos—. Allá acaban de tirar la casita de Mercedes. Como dejan huecos los troncos, después no aguantan el techo de lámina y todo se derrumba. Mis paredes ya suenan huecas y tengo miedo de quedarme sin nada. —Tomó el extremo inferior de su playera, se limpió el sudor de la cara y con la barriga al aire golpeó la madera de uno de los pilares de su jacal—. *Oi* cómo está hueco; no es invento, *oi* nomás. —Empujó con el dedo pulgar el tronco y se abrió sin resistencia un hoyo. Con el crujir de la madera se le llenaron los ojos de lágrimas y los limpió de la misma forma como había secado el sudor de su cara—. *Ójala*, señorita, doctora, que pueda usted decirles allá en Jalapa que nos manden unos científicos para hacerle análisis a los comejenes y ver de hallar un veneno que sí los mate.

No tenía ni idea de a quién acudir para darle seguimiento a la observación de Ulises. Está de más decir que cuando busqué ayuda en Jalapa me vieron con una mirada enternecida y no me dieron más respuesta...

De regreso, Lucy tomó la carretera en dirección contraria a Cacaos y me llevó a la quesería de los Pérez. Era una casa limpia y blanquísima, como una versión tropical de la del abuelo de Heidi. En las estufas enormes había cinco ollas gigantes y tres mujeres que removían la leche que empezaba a cuajarse. Al lado de los refrigeradores se encontraban los botes de la leche ordeñada en la madrugada. Por cincuenta pesos llevamos queso panela y queso *de hebra*<sup>5</sup>...

Hoy, domingo, decidí ir a “turistear” a Tapijulapa, un pueblo que se encuentra en el extremo sur del estado. Me levanté temprano para volver a buena hora a Cacaos y emprendí el viaje, guiada por un folleto turístico que recopilé en Villahermosa cuando llegué a Tabasco. Después de atravesar una carretera con múltiples curvas, uno se topa de repente

<sup>5</sup> También llamado queso oaxaca o quesillo.



*Tapijulapa*

con el pueblo, literalmente emergido a la mitad de la sierra selvática de la frontera con Chiapas. En derredor todo eran verdes vivos y sol quemante. Las calles son adoquinadas, las casas blancas con techo de tejas, balcones y ventanas floridas, faros de fierro forjado, todo acomodado en el sube-y-baja natural del suelo.

El taxi me dejó al fondo de Tapijulapa, sobre la última calle que lleva al muelle en donde se unen dos ríos, Oxolotán y Amatán, uno de aguas azules y otro de aguas cafés, para formar el río de La Sierra. Ahí tomé una lancha para ir a Villa Luz, la península que separa ambos ríos antes de que se unan. Después de diez minutos bajé en otro muelle y comencé, sola, la caminata hasta que Dulce María, una niña de 12 años, se ofreció a guiarme. Siguiendo el paso rápido de la niña recorrí caminos vegetados sin tregua y reforzados por un sinfín de ruidos unidos: zumbidos de insectos, el andar de las aguas, el viento sobre las ramas. Mi mirada se fijaba en cada detalle mientras mis pies procuraban las huellas que iba dejando mi guía.

Fuimos primero a la Casa-Museo Tomás Garrido, nombre del gobernador de Tabasco que mandó quemar todas las iglesias del estado en la década de los 20, antes de la Guerra de los Cristeros. La casa, en lo alto de una loma, era pequeña pero probablemente lujosa para su época. El museo dispuesto en ella sólo recibe este nombre por unas cuantas vasijas viejas y fotos del gobernador. Una de ellas llamó especialmente mi atención: retrataba una iglesia sin cruz en la entrada y un letrero en la fachada que decía “Escuela Primaria de Tapijulapa”.

Después mi guía volvió a encaminarse entre la selva, donde la sorpresa me esperaba dos kilómetros adelante: arroyos de azufre y agua blanca, sin transparencia, que no desprendían un aroma fétido y parecían de horchata. Dulce María me explicó que en esos arroyos hay sardinas ciegas y que el primero de abril se celebra un baile en su honor. Me condujo hasta la cueva enmohecida desde donde las pescan y después me llevó hasta unas cascadas entrecortadas por descansos donde había gente chapoteando.

Después de tres horas regresamos al punto central, frente a la casa del ex-gobernador, y le compré a la mamá de mi guía dos paletas de coco, una para la niña y otra para mí. Le pagué “lo que guste dar” y volví al muelle para tomar la lancha de vuelta al pueblo. Caminé otro rato, entrando a casi todas las tiendas de artesanías de mimbre típicas del poblado y subí hasta la iglesia que se encuentra en el extremo más alto del pueblo. La vista panorámica me dio un excelente pretexto para descansar un rato bajo la sombra de un árbol. Minutos después fui a comer a la plaza central del pueblo, donde había un tianguis de alimentos típicos alrededor del kiosco. Tomé un litro de agua de jamaica y comí tamales de chipilín, tamales de pejelagarto y plátano frito. Volví a Cacaos agotada, pero maravillada por el viaje.



*Cascadas de Villa Luz, Tapijulapa*

## RESEÑA 8

25 de marzo de 2007

Han pasado dos meses y mi nueva vida tiene ya la simetría de lo cotidiano. Pienso que mi capacidad de adaptación se ha curtido y mi intolerancia a la frustración ha decrecido. Pienso que yo, en mí misma, he madurado. El trabajo es tupido y reclama seguridad en uno mismo. El tiempo libre es amplio y requiere de novedades para evadir el ocio. La internet es un buen medio de comunicación, pero carece de voz y tacto...

El jueves en la noche fui a la Feria de Astapa, un pueblo muy cercano a Cacaos pero más grande que éste. Un poco de distracción y la posibilidad de convivir con los otros MPSS de Jalapa me motivaron a ir con ellos. La feria estaba invadida de gente que rodeaba como hormigas los juegos mecánicos modestos, los puestos de elotes, esquites, algodones de azúcar,

raspados, frituras y tacos. El griterío, la música de banda, el claxon de los carritos chocones, la alarma del simulador en forma de ambulancia y el llanto del niño emberrinchado impedían mantener una plática. Anduvimos todos juntos mirando, un poco horrorizados, a la gente que caminaba apretada en todas direcciones: las mujeres vestían sus mejores galas, los hombres las manoseaban marcando el territorio que creían suyo y no de ellas, los niños corrían desatentos de la vida adulta, los ancianos se abrían paso soltando golpes al aire con su bastón y los borrachos peleaban unos con otros a la menor provocación. En cinco minutos habíamos visto todo lo que ofrecía el espectáculo. Desilusionados fuimos al puesto de tacos más apartado.

La sobremesa fue una tortura. De mis compañeros, uno se quejaba de sus pacientes y con una vanidad irritante alardeaba sus malos tratos; otro se lamentaba, con una voz que rayaba en lo ridículo, por el hambre que pasa puesto que es incapaz de cocinar para sí mismo; un tercero le festejaba al primero sus groserías y compadecía la pobre alma inútil del segundo, para concluir asegurando que su vida era todavía más patética.

—Y tú, Marcia, ¿cómo estás sobreviviendo el infierno del Servicio Social? —me preguntó este último.

No tenía nada que contestar a su pregunta sin un toque hipócrita o reprochable. Quería decirle “¿Cuál infierno, imbécil? ¿El de un chilletas con una prepotencia mal fundamentada? ¿O el del inepto que se muere de hambre porque no sabe hacer ni unas quesadillas? ¿O el tuyo, que utilizas como pretexto para no hacer bien tu trabajo que el pasante anterior te dejó la clínica de cabeza?”. Reprimí mi instinto asesino y dije:

—¿Cuál infierno, si Tabasco es un edén? ♪ Ven, ven, ven. ♪ Ven, ven, ven. ♪ Vamos a Tabasco, que Tabasco es un edén. ♪

Sus miradas de rechazo antecedieron a un discurso elaborado por los tres donde decían que seguramente yo soy



*Médicos Pasantes del Servicio Social de Jalapa, Tabasco.  
De izquierda a derecha: Gerardo, Caludia, yo, Jorge, Omar y Toto*

feliz porque mis pacientes no son problemáticos, porque me encanta cocinar y porque la clínica tenía todo ordenado a la perfección para facilitar mi trabajo. Interrumpí todas esas mentiras enfiladas con envidia contra mí diciendo:

–Eso no es cierto. Su problema es la actitud.

Insatisfechos con mi respuesta, continuaron engrandeciendo sus penas como si concursaran por tener la suerte más miserable...

## RESEÑA 9

1 de abril de 2007

Hay tres cosas que me irritan de sobremanera del pueblo tabasqueño: 1) que tiren la basura en la calle, 2) la impuntualidad y la informalidad con la que ejecutan sus compromisos

y 3) el descuido de sus hijos. Todas podrían justificarse con la ignorancia, por la falta de educación, pero si no lo hiciéramos así podríamos descubrir que hay una irresponsabilidad de fondo, ausencia de sentido común, carencia de un instinto de supervivencia.

Las zonas suburbanas como Astapa, Jalapa y los adentros de Villahermosa están muy contaminadas; carecen absolutamente de botes de basura y cuando preguntas por ellos la gente te mira sorprendida y extrañada, aconsejando que, sin culpas, deposites tus desechos en la vía pública. La abuela Tula, mamá de Leonel, el dueño del *cyber*, dice que “la pobreza no justifica la puerqueza” y estoy completamente de acuerdo. He sorprendido a varios pacientes tirando envases de refresco o bolsas de frituras en el jardín de la clínica, donde hay un bote de basura grande en la entrada. Se enojan cuando les llamo la atención y corrijo su descuido, solicitando que recojan la basura y la coloquen en su lugar. Mis hábitos higiénicos les parecen raros y exagerados; no comprenden mi enojo y lo toman como ofensa.

Quedan de llegar a una hora y lo hacen mucho tiempo después, incluso días. Cuando reaparecen y ya nadie esperaba su llegada, no traen consigo ninguna explicación, ni siquiera una disculpa. Puede ser la tercera o cuarta vez que se repone la cartilla de vacunación o que se extiende la solicitud de laboratorio y no sienten ni la más mínima vergüenza. Nunca recuerdan el tratamiento que se les dio en la última consulta, y está de más decir que acuden porque las molestias persisten puesto que no completaron el esquema de antibióticos. No existe una cultura de auto-cuidado, de salud personal. Es verdad que ven al médico como un hechicero que posee dones sobrenaturales y pociones para aliviar su malestar; sin embargo, cada vez que encuentran cura de su enfermedad fue gracias a la voluntad de Dios. Aparentemente, Dios ha estado conmigo porque, muy a pesar de sus irresponsabilidades, he tenido

éxito en la consulta, tanto que el número de pacientes se me ha triplicado porque vienen a buscarme desde otros poblados.

Esta semana le coloqué tres veces una férula de yeso a Manolo, un niño de nueve años que podría ser mi consentido del pueblo. Intercaladas a sus consultas, un día suturé la frente de su hermano menor y le regalé un condón al mayor de once años. Estos tres niños son tremendos, siempre están en la calle, montados en la bicicleta –con todo y yeso–, haciendo maldades por doquier. Su madre es la esposa de un señor que le dobla la edad y quien, antes de enredarse en un amorío escandaloso con ella, estuvo casado con la hermana mayor de su esposa actual. Dicen por aquí que sus niños son tan traviesos porque ella comió culebra durante sus embarazos. Venga de donde viniere –de las culebras o de la enorme problemática familiar que tienen– el descuido de sus adorables chamacos me enferma.

De la misma manera, encuentro muchas otras mamás que acuden a consulta sin llamar nunca la atención de sus hijos que se acercan a la farmacia y tiran los medicamentos, o dejan caer deliberadamente la sábana de la cama de exploración, o toman la pluma de mi escritorio y comienzan a dibujar sobre la pared. Pero eso no es todo, algunos niños de edad escolar –e incluso unos menores– van vestidos con playeras que tienen groserías impresas. De éstas recuerdo especialmente dos: una decía “Soy un *desmadre*. Y usted, ¿qué opina?” y la otra “Si te caigo bien, qué padre; si no, *chinga tu madre*”. Pienso que no es lo mismo la falta de educación que la mala educación. Tal vez ésta última ha venido a reemplazar la primera, o tal vez sean independientes, pero lo que sí es seguro es que para ambas urge una solución...

El viernes por la mañana, como ejemplo de otra informalidad y como introducción a otro tema, nos citaron en Villahermosa para unas jornadas médicas relacionadas con la tuberculosis. Por un malentendido, que nunca comprendí,

resultó que no hubo tal actividad y nos dieron el día libre, así que les propuse a los otros MPSS de Jalapa que fuéramos a los pantanos de Centla porque es época de sequía, la mejor del año para conocerlos. Un poco dubitativos, aceptaron mi propuesta y nos fuimos hasta el extremo norte del estado, a orillas del Golfo de México.

La Reserva de la Biósfera Pantanos de Centla es un área natural protegida con más de 300 000 hectáreas, la más importante de América Septentrional. Primero dimos un paseo en lancha. Después de cruzar los ochocientos metros de ancho del Usumacinta, la lancha se adentró en uno de sus arroyos, uno pequeño, cuyas aguas se iban haciendo más oscuras conforme iban pasando los minutos. Había todo tipo de aves –patos, garzas, gavilanes caracoleros, pijijes–, árboles bordeando las orillas, troncos casi paralelos al río y lirios de hojas grandes y de un verde negruzco floreados en color lila. La lancha se introdujo hasta los manglares, donde las ramas de los árboles formaban un techo que hacía el ambiente semioscuro, con un millar de zumbidos fundidos en un solo sonido amenazante, troncos que desde lo alto echaban raíces al agua negra y densa como chapote; era un ambiente tan natural como temido...

## RESEÑA 10

8 de abril de 2007

[Semana Santa: narración de un viaje a Chiapas]

## RESEÑA 11

15 de abril de 2007

Sofocada por un calor que rebasaba los 40°C y perdida en delirios por una fiebre brutal, esta semana pasó casi inadvertida. El número de consultas fue bajo por las vacaciones de Pascua y la lucidez esporádica la dediqué a ver las fotos del viaje a Chiapas que hice la semana pasada. Por las mañanas, llegaba la abuela Tula con un atole recién hecho para que acabara de sudar mis males. Por la tarde, aburrida de estar encerrada en la clínica convaleciendo mi enfermedad, me iba al *cyber* donde Luz me ofrecía un plato de pollo *sancochao*<sup>6</sup>. Por las noches, refrescaba un poco y me consumía en insomnios porque ya había dormitado todo el día. La verdad es que estando enferma y con fiebre, extrañé mucho a mi mamá...

## RESEÑA 12

22 de abril de 2007

Ésta fue una semana difícil. Fue la primera semana difícil en lo que va de mi Servicio Social. El cielo estuvo nublado y atrapaba, bajo de sí, un ambiente húmedo y caluroso, despejado ocasionalmente por vendavales que azotaban el techo de lámina mal clavado a las vigas de la cocina, removían en un estruendo todas las persianas de mis ventanas y soplaban murmurando sollozos indescifrables. Lucy compartió mi desánimo, llegaba a trabajar cinco minutos tarde cuando normalmente

<sup>6</sup> Pollo sancochado (pronunciar *sancochao*): caldo de pollo, comúnmente incluye arroz, yuca, alcapparras, pasas y otras verduras; platillo muy común en Tabasco.

impresiona con su puntualidad y cargaba una cara de tristeza que no le había visto en estos tres meses. El miércoles, en Puerto Rico –donde reinaba una serenidad nada parecida a la de miércoles pasados, pues esta semana no era tranquilizante sino tenebrosa, no era despoblada sino abandonada, no era pacífica sino defensiva–, me dijo:

–Esta semana, *doc*, como que me he sentido triste.

–Yo también Lucy... Ha de ser que el cielo está nublado...

–Quién sabe qué será...

Partí un *zapote*<sup>7</sup> de los que me regaló una paciente el lunes, después de la consulta. Me comí una mitad y ella la otra. Casi no hablábamos, a diferencia de otros días cuando más parecemos cotorras que personal de salud. Ya tenemos una relación cercana, en la que además de compartir los asuntos laborales, Lucy me confía sus inquietudes familiares y yo le sirvo de escucha, raramente de consejera, pues ella busca más mis oídos que mis respuestas. He empezado a conocerla. Lucy no es tan seria como aparenta, y puede ser, incluso, sonriente y alegre; no siempre habla en un tono pausado y disfruta de sobremanera cada vez que una grosería escapa con alevosía de su boca; noto que está contenta trabajando conmigo porque, aunque nunca ha hecho alusión a este tema, me apoya incondicionalmente en todas las tareas ajenas a ella.

El jueves amaneció igual. Parecería que aquí, en Tabasco, la naturaleza está acomodada de cierta manera para crear escenas extraordinarias: el cielo es gris pero siento calor, la jacaranda florea en amarillo, mato un alacrán sin descarga adrenérgica y siento fresco en la noche regresando del *cyber* cuando la temperatura es de 29°C. Los días del calendario conviven sincronizados y rutinarios. La consulta es casi siempre la misma: padecimientos sencillos y comunes que no requieren ciencia sino memoria.

<sup>7</sup> En Tabasco llaman “zapote” a la fruta que en el DF conocemos como “mamey”.

Estoy en El Dorado y entra un paciente más al consultorio. Probablemente sea la segunda de la tercera decena de consultas que daré hoy. Voy a adivinar: tiene gripa o diarrea: amoxicilina o vida suero oral.

–Buenos días. ¿Quién viene a consulta? ¿La niña?

–Buenos días. Sí, doctora, la niña. Es que fíjese que empezó como hace quince días con diarrea –“Claro, y la trae hasta ahora”, pienso yo–, y la llevé con el Doctor Simi –“¿¡Por qué no me la trajo a mí!? *Pinche* Doctor Simi, seguro le dio algo pa’l mal-di-ojo”, sonrío de mis ideas sin ser cínica–. Y me dijo que no necesitaba pastillas pa’l parásito y que me iba a dar, mejor, medicina pa’ las lombrices. –“Estuve muy cerca: entre el mal de ojo y las lombrices: *the same shit*. ¡Chin...! ¡Otro pochismo! Había quedado que ya no iba a decir más pochismos...”

–¿Y cómo se ha sentido? ¿Sigue con diarrea? –“Vámonos directo al grano que ya olí la mojarra frita que está allá afuera y la tripa me está rugiendo”.

–No, ya no tiene diarrea. Lo que pasa es que –“¡Ahora tiene gripa!, le atiné a las dos”–, después de que le di las pastillas pa’ la lombriz, vomitó. Eso fue ayer. Y vomitó una lombriz. –“¡*Guácala!* Híjole, no sé nada sobre lombrices. Eso no pasa en el DF. Lo leí para la clase de parasitología, en segundo año de la carrera...”

–¿Y cómo era la lombriz? –pregunto para hacer tiempo porque dudo que la descripción me ayude a recordar.

–Era blanca, como de veinte centímetros de largo, como así de ancha. La guardé en un frasco con alcohol. ¿Se la traigo?, vivo muy cerca de aquí.

–No, no. No se preocupe. –“Áscaris, se llamaban áscaris. La foto estaba en el cuadrante superior derecho del libro azul que tenía esas hojas tan bonitas. Pero no era una lombriz blanca, eran muchas lombrices saliendo por la colita del pobre niño africano. Ay, esta niña sí se ve igual de jodida. ¡Qué tristeza!

Mira que hacer que una niña de un año vomite lombrices...”–. ¿Y no ha arrojado lombrices por la colita, con la diarrea?

–No. Es más, estuve revisando su popó, pero no encontré nada. –“Bueno, no son áscaris. ¿Qué es, pues?”

–¿Cuál medicamento me dijo que le dio el Dr. Simi? –“¡Ay, no! Qué vergüenza, ahora hasta pido referencias del Dr. Mal-di-ojo.”

–Aquí tengo la receta. Mire, me dio estos dos.

–Paracetamol, para la fiebre. Mebendazol, para la lombriz. A ver, vamos a ver en el libro porque para ser sincera con usted, yo nunca había visto nada de esto en México. Vamos a checar qué hay que hacer con la nena.

Hojeo el libro, el capítulo de *Parasitosis más frecuentes II* del Palacios de Pediatría. “No encuentro nada. Aquí están las áscaris, pero ya quedamos que no eran esas. Mmm... mmm... una lombriz blanca de veinte centímetros... mmm... Ya sé: ¡es una *tenia solium!* Recuerdo que así era en las transparencias que me prestó la doctora... ¿cómo se llamaba?... bueno, la que parecía repostera alemana... Y eso se diagnosticaba por un *copro* para ver los huevecillos que tenían cuatro núcleos. A ver, por último, el tratamiento, para irle dando algún desparasitante a la nena antes de que me vomite aquí una lombriz y yo me muera de la impresión. ¿Mebendazol? Pero es el mismo que ya le dio el *doctorsucho* ése. Bueno, entonces...”

–Mire, aparentemente el medicamento que le dio el otro doctor ya le hizo efecto y mató a la lombriz. Igual tenemos que estar seguros de que no tiene más lombrices en la panza, así que le voy a pedir unos estudios de laboratorio y me la lleva a consulta a Cacaos en cuanto tenga los resultados. ¿Está bien?

–Sí, doctora, como usted diga. Yo la verdad es que confío mucho en usted porque ya le quitó la *rajquiña*<sup>8</sup> a mi sobrina

<sup>8</sup> Rasquiña (pronunciar *rajquina*): comezón, picazón o prurito; escabiasis.

Aly, la hija de Julieta. Ella me dijo que mejor la trajera con usted porque se ve que sí sabe.

—Gracias. Salude a Julieta y a Aly de mi parte. ¿Tiene Seguro Popular? ¿Me lo presta?

Al terminar la consulta, Julieta las esperaba afuera del Centro de Salud:

—¿Qué te dijo la doctora?

—Le mandó a hacer unos estudios de laboratorio. Se ve que tenías razón. Si sí sabe, hasta sacó el libro en plena consulta.

El viernes por la mañana se pintaba el mismo jardín trasero con el *monte*<sup>9</sup> a medio crecer, los árboles de un verdor apagado por la sombras borrosas de la neblina densa matutina, las aves que se despiertan para cantar la misma melodía desde hace un trimestre y los pacientes que esperan detrás de la reja azul que rodea la clínica. Y aunque todo es igual por las mañanas, aún no caigo en la costumbre de hacer las cosas por mera práctica y sin razonarlas. La prisa ciudadana me la invento para mantenerme activa y cuerda mientras dejo que el despertador suene repetitivamente cada cinco minutos para levantarme apresurada, poner la cafetera, tender la cama y bañarme en sólo media hora. Me fascina la ventaja que tengo al trabajar en el mismo lugar en donde vivo porque no debo calcular el tiempo que me tomaría desplazarme hasta la clínica y son minutos —u horas, en el peor *caso* capitalino— donde el insomnio se repone completamente.

Lulú, la dentista, ya repartió las primeras diez fichas de la consulta cuando salgo alegre —“¡Buenos días! Que pase el primero”—. Todavía hay tareas de las que no me ocupo, por ejemplo, los tarjeteros donde debo registrar el control de todos los diabéticos, los hipertensos, las embarazadas, los niños desnutridos, las señoras —algunas “señoritas”— de planificación familiar, etcétera. Al ser médico se espera que uno se

<sup>9</sup> Pasto; cualquier hierba o planta que no tenga trocos o tallos duros y leñosos.

pueda partir en veinte “unos” para hacer simultáneamente la nota en la computadora, el registro en la hoja diaria, el interrogatorio completo después de haber dejado que el paciente hable a libre demanda para que no se sienta ignorado, la exploración física de cabo a rabo, cuidar al niño que juega con los medicamentos de la farmacia, escuchar a Lucy que entra preocupada al consultorio porque viene un paciente “muy grave”, imprimir la nota, agregarla al expediente de papel, hacer la solicitud de laboratorio a mano, firmar el carnet del paciente, poner el sello correcto en el espacio indicado, cerrar el bote de las tiras para la prueba del azúcar porque si les da el sol ya no funcionan, organizar todo este papeleo en el escritorio para que mi yo-obsesivo no empiece a malhumorarse y, claro, falta explicarle al paciente qué es lo que tiene, que no tenga dudas, que entienda lo que dije al principio con palabras demasiado rebuscadas y técnicas, después tomar los medicamentos de la farmacia, apuntarlos en la receta, explicarle al paciente cómo debe tomar cada uno y las medidas generales que acompañan al tratamiento, y, finalmente, despedirlo dándole cita para la próxima semana. Todo esto debe hacerse en un máximo de quince minutos, porque si no el tiempo de espera de los pacientes que aguardan afuera se hace eterno, empiezan a presionar a Lucy y el puntaje con el que se evalúa al Centro de Salud baja hasta que recibes la primera llamada de atención.

El primer mes me sentía atolondrada, como si mis ideas no encontraran ni forma ni destino y siempre se me olvidaba alguno de todos los puntos con los que debía cumplir. Para el segundo mes decidí empezar de nuevo, paso por paso. Primero está la salud del paciente, así que lo más importante era el interrogatorio, la exploración y explicar el tratamiento “masticado y en la boca”. Después de dos semanas ya tenía dominado este primer trío, así que empecé por agregar el nombre, con sexo, edad, derechohabiencia y diagnóstico en la hoja diaria.

Las notas se empezaron a sincronizar un par de días después, algunas a mano y otras en el programa de computadora especialmente diseñado para su captura. Poco tiempo después comencé a agregar los datos necesarios para la papelería mensual en notitas dispersas que volaban al son del ventilador. Cambié la estrategia modificando el formato de hoja diaria. Ahora ya domino todo lo que previamente mencioné, los carnets, las cartilla, la carpeta de Oportunidades, el recetario, la solicitud de laboratorio, todo –o bueno, casi todo– en consultas de quince a veinte minutos de duración. Todavía tengo pendientes algunos detalles, como los tarjeteros y pasar a la computadora cada una de las consultas que doy los días que salgo a otras comunidades. Sé cuáles son mis fallas y mis descuidos, e intento trabajar en ellos para que cuando llegue la primera supervisión por parte de la Jurisdicción Sanitaria no me levanten un oficio hiriente porque aún no logro par-tirme en veinte.

Y el viernes –estábamos en el viernes– de repente interrumpen la consulta las doctoras Soledad y Yolanda.

–Buenos días, doctora Marcia. Venimos de Jalapa a hacerle su primera supervisión. Usted siga dando su consulta. Lucy nos va a apoyar con lo que vayamos necesitando.

Palidecí en el momento. Se habían adelantado un mes porque a partir de mayo empezaría a “darle seguimiento”, como dicen ellos, a los tarjeteros. Pensé: “Me van a matar, eso seguro. Bueno, no algo tan drástico, pero seguro sí me van a dar una regañiza de los mil demonios. Me van a preguntar por qué no tengo actualizados los tarjeteros, ¡pinches tarjeteros!, y por qué no hay casi notas de febrero, y por qué casi no vienen a control las pacientes de planificación familiar, y por qué no tiene expediente la embarazada que diagnostiqué el lunes, y por qué...”

–¡Lucy! ¡Lucy! Me van a correr. Me van a correr. ¿Qué les voy a decir? ¿Qué les voy a contestar cuando me pregunten

dónde está todo eso que debería haber hecho y no hice? ¡Carajo! Me van a descubrir, se van a dar cuenta de que me escapé en Semana Santa y que no di consulta esos días para conocerme todo Chiapas. Pero es que a mí nadie me dijo que tenía que trabajar. Claro, tampoco nadie me dijo que tenía esos días libres, ¿verdad? Es su culpa. En eso habíamos quedado ¿no? Que si me decían algo yo iba a contestar con cara de niña tonta: “es que a mí nadie me dijo nada”...

—¡Doc! ¡Doc! ¡Tranquila! No pasa nada, nadie la va a correr, ni la van a cachar, ni nada. Usted tranquila. A ver, compóngame esa carita —me da dos bofetaditas de cariño—. Todo lo que no está es por culpa de ellos y ya. No pasa nada.

Terminé mi consulta después de que la paciente se riera como cómplice de mi ataque de histeria. Al salir oí que le decía a mis supervisoras “¡qué bueno que nos mandaron a esta doctora: es buenisima!”, Después volteó la cara y me guiñó un ojo. Lucy entraba y salía del consultorio. Sacaba expedientes, los ordenaba para que vieran en primer lugar los que mejor tengo actualizados, les hacía anotaciones de lo que se me había escapado —como lo del programa de *Línea de vida* que aún me tiene en jaque— y salía con su mejor cara de seria y malhumorada para que no se les ocurriera a las “jefas” decirle algo que estuviera fuera de lugar. Poco a poco, me fui tranquilizando hasta que la consulta volvió a tomar su ritmo ordinario.

Ya estoy acomodando las últimas notas dentro de los expedientes y estoy tan concentrada que casi no noto que Lucy acaba de entrar por enésima vez al consultorio en busca de no-sé-qué. Después de que sale y cierra la puerta tras de sí pienso para mí: “Lucy tomó los tarjeteros. Quiero un cigarro. Me muero por un maldito cigarro. Pero no puedo salir a mi cuarto a despejarme por diez minutos, aunque la consulta ya terminó”. Salgo del consultorio y me siento al lado de las alimañas que están a punto de tirar a la basura mi esfuerzo de dos meses y medio:

–Bueno, doctora –empieza Yolanda–. Yo la quiero felicitar porque se ve que ha hecho un enorme esfuerzo por integrarse a las actividades del Centro de Salud. Todavía hay algunos detalles que tienen que ser afinados, pero no esperamos que los tenga listos desde ahorita, considerando que lleva muy poco tiempo en el puesto. La calificación que obtuvo conmigo en la supervisión es de 95%, que es excelente. La próxima semana vendré un día en la mañana para apoyarla y enseñarle cómo afinar los detalles que le quedan pendientes. Eso es todo por mi parte, por favor pase con la doctora Soledad.

Estoy sorprendida y emocionada. Un reconocimiento: eso sí que no lo vi venir. Pero Yolanda siempre ha sido amable y sonriente. En cambio “la doctora Sol” –lo pienso con una voz mental de burla y desprecio– es una arpía que me quiere clavar las uñas.

–Bueno, doctora. Mi supervisión es un poco más profunda que la de Yolanda –empieza con un tono engreído–. Al revisar sus expedientes me percaté de que faltan algunas notas, sobre todo del mes de febrero. En el caso de las embarazadas, le falta registrar algunos datos en las tarjetas. Y los tarjeteros de las enfermedades cronicodegenerativas no han tenido ningún tipo de seguimiento –sabía que iba a utilizar esa palabra: “seguimiento”– desde que usted tomó cargo de la unidad. Ah, y lo que es más importante, su programa de planificación familiar va muy mal: tiene muchas pacientes inasistentes a sus consultas; debe salir a buscarlas a la comunidad. Ya sé que muchos de estos problemas no son suyos, sino que se los heredó el médico pasante anterior. Y supongo que las notas que no están en los expedientes las tiene en la computadora. Por ejemplo, busque la nota de control de marzo de este paciente.

Abro el programa de computadora mientras deseo con todas mis fuerzas que ahí esté la nota. Si no fuera una atea irreversible, probablemente hubiera rezado. Y sí, ahí está.

La imprimo. Y ahí está la segunda, la tercera, la quinta y la décima nota que me solicita. No tenía presente que tengo que revisar eso, pero sin falta lo hago este fin de semana.

–Muy bien. Pues bueno, la calificación que obtuvo usted en mi supervisión es del 85% y está muy bien esa calificación –a mí me parece bastante mal–. Esto no se lo debería de decir, pero su unidad es la última de la supervisión y su calificación es la más alta de todas, incluyendo las de los médicos que terminan en junio su Servicio Social. Así que muchas felicidades. ¡Va muy bien! Igual que Yolanda, voy a venir en la semana para aclarar otros detallitos y le dejo esta bitácora donde dice cuáles fueron las fallas que detectamos. Vamos a regresar a supervisarla dentro de quince días, para que corrija todos sus errores y así la podamos calificar con el 100%, porque se lo tiene muy merecido...

## RESEÑA 13

29 de abril de 2007

Y salió el sol. Desde el lunes irrumpió en mi ventana como un presagio del calor que herviría en Cacaos toda la semana. Se enfilaron los vestidos y las faldas, las blusas escotadas y los zapatos abiertos. Florearon los *maculíes*<sup>10</sup> pintando en gamas de rosa los paisajes.

Sin darme cuenta, había omitido detalles curiosos que llaman, sin duda alguna, mi atención. Por ejemplo, me sorprende porque no he mencionado que en Tabasco las mujeres son

<sup>10</sup> Árbol de nombre científico *Tabebuia rosea*, nativo de las zonas intertropicales americanas, cuyas flores son de color rosado; también se le conoce como palo de rosa, guayacán rosado, apamate y otros.

masculinamente infieles: se lían con cualquiera y sin motivos relevantes, abandonan sus casas y a sus hijos fugándose con el amante en turno, terminan el día con culpas pesadas pero no conceden fidelidad en la siguiente oportunidad clandestina que llega, y todo esto lo hacen con una dosis justa de cinismo con la que convencen de exclusividad a cada uno de sus amantes. Es como si todas ellas hubieran sido conducidas sin conciencia hasta aprender las ventajas del desprendimiento de todo instinto femenino, incluso la maternidad. Las madres regalan a los hijos; encomiendan todas sus responsabilidades al halagüeño que quiera librarlas de sus niños. Allá en el DF decimos “¡qué bonita está tu pulsera!”, y contestamos “cuando quieras te la presto”, o “muy a la orden”, o “toma, te la regalo”. Aquí en Tabasco dicen “¡está lindísima su hija!”, y contestan “gracias”, o “¿la quieres?, te la regalo”. Y hay quienes llegan a consulta y dicen: “¿Qué le parece, doctora? Ya estoy engordando al niño para regalárselo cuando se vaya de vuelta a México, pa’ que se lo lleve bien sano”.

La primera vez que eso pasó me reí, creyendo que se trataba de una broma. Pero la tercera vez que alguien me ofreció a uno de sus hijos sentí que había algo de cierto en la oferta. Después me fui integrando a las costumbres tabasqueñas, a sus rumores y acusaciones. Oía a lo lejos a las señoras que comentaban que Mari había regalado a su hija hacía ya un mes. Oía que Chenta otra vez se había ido con el señor de Chipilinar, dejando solos y sin comida a sus hijos. Oía que la bebé de Carmen no era suya sino que se la habían “dado” en Balancán. Oía sin creer, hasta que la repetición terminó por convencerme de una realidad incomprensible: las mujeres regalan a sus hijos, se los pasan de una a otra sin culpas ni rencores y se involucran en amoríos pasajeros, vacíos, sin resentimientos ni vergüenzas.

## RESEÑA 14

6 de mayo de 2007

Cuando uno arraiga costumbres hasta formar una rutina, nacen espacios muertos, tiempos inútiles y ocios. Toma tiempo llegar a este estado. En mi experiencia, tomó tan sólo tres meses. Los errores inadvertidos se convirtieron en descuidos; la dieta distraída, en kilos de sobra; el cigarro conveniente, en hábito inoportuno; las fantasías vivarachas, en modorras necias. Los espacios finados y los tiempos inservibles, retacados de momentos superfluos, empezaban a necesitar de introspección, así que un día tomé una hora inerte y le di vida: caminé de ida y vuelta hasta El Dorado con el pretexto de ejercitar mi cuerpo sedentario. Y me deleitó el momento y el escenario, tanto que adopté esta nueva actividad vespertina. Ahora por las tardes, terminando la consulta, tomo el atuendo de deportista y me encamino a vías rodeadas de páramos tropicales que alzan palmeras, tintos y ceibas, de llanuras que acunan vacas, novillos y toros, de yermos que destapan aires nobles y húmedos, de campos que atienden sonidos espontáneos y nativos.

La primera tarde que regresé del paseo sorprendí a los dueños del *cyber* con el espíritu vitalizado con el que volví, por lo que la tarde siguiente, la abuela Tula me pidió permiso para acompañarme. La caminata vigorosa fue un poco más pausada para no acelerar sus pasos a un ritmo rápidamente fatigante, por lo que el sol empezó a caer más cerca de Cacaos.

—Mire, Tula, el sol. Allá en México los atardeceres nunca se disfrutaban así. En todo caso, se puede ver cómo cae el sol entre edificios o grandes redes urbanas, pero nunca se tiene el privilegio de verlo caer entre tanta naturaleza.

—Oye, Marcia, ¿y a dónde se irá el sol después de que se oculta?

Su pregunta daba pie a un razonamiento poético, a una interpretación fantasmagórica de un hecho que todos nosotros conocemos como rotación terrestre. Pero con preguntas como éstas es cuando caigo en cuenta de que la abuela Tula es analfabeta y que en mi respuesta no espera un cuento de soles con vida, con escondites y secretos, sino que busca una verdad científica que ella desconoce por haber dejado la escuela en el primer año de la primaria. Le expliqué que la Tierra gira sobre su propio eje, que cada vuelta dura veinticuatro horas, que por eso el reloj marca así las horas. Y que, además, la Tierra da vueltas alrededor del sol, que cada vuelta dura un año y que dependiendo de qué tan cerca del sol nos encontremos es la estación del año en la que estamos. Mi explicación le pareció igualmente lírica y mágica, como si fuera un cuento de soles, estáticos y planetas movedizos.

—Y tampoco hay ceibas en el DF —le dije al pasar al lado de uno de estos árboles.

—A mí me gustan mucho, pero no me agrada tenerlas cerca de la casa por los *alushes*.

—¿*Alushes*?

—Sí, los duendecillos. Las ceibas tienen diablillos que te escupen, te pegan, te hacen maldades, pues. Por eso es que a mí me da miedo venir para acá solita.

—No, Tula, que no le dé miedo: los diablillos no existen.

—Sí existen... Sí existen.

Y entonces me contó cuentos de duendes malévolos, de espectros traviosos, de gnomos malditos y brujos minúsculos. A veces olvido que es cuestión de ignorancia suponer que son ciertas estas leyendas, y creo que son supersticiones que encierran verdades furtivas, creencias oriundas y legítimas de un pueblo mestizo. Es entonces cuando entra en juego el respeto a las creencias ajenas, la tolerancia ante dogmas foráneos, la elección de dejar intactas sus ideas. Elijo pues callarme, dar por ciertas sus acusaciones, imaginar que es neto

el cuento y darle el beneficio de la duda a lo que la abuela Tula me cuenta. Uno no puede venir a estos lugares esperando cambiarlo todo, ni, como dije hace ya varias reseñas, a querer darles razones científicas a los achaques de su cuerpo. Para integrarte tienes que intentar colarte en sus momentos más propios, en sus creencias y sus demencias. Y estando dentro más vale no sobrepasar la confianza brindada esperando ilustrarlos con sabidurías sólidas. Así logras conocer los rincones más profundos de sus ideas, los anhelos más puros de sus pasiones, los estimulantes más potentes de sus nervaduras. Pero te sientes intruso en su mundo y te das cuenta de que, aunque te encanta la vida rural, su condición natural, su esencia desnuda, no es algo a lo que perteneces. Y aunque eres intruso alejado por una distancia mermada y larga –larguísima–, ellos han aprendido a quererte, sobre todo por ese respeto con el que los miras y los dejas vivir.

El calor está llegando al clímax de mi gusto. El termómetro de Villahermosa ha alcanzado los 42°C. Las calles desprenden un vapor transparente que se eleva dando bordes sinuosos a todas las cosas. Mi piel está tostada sólo por la resolana de los pocos momentos en que me atrevo a exponerme al sol quemante. Todo el día estoy bañada en sudor que escurre por mis piernas y entre mis pechos. Las *matas*<sup>11</sup> de mango están tupidas, y hay mangos por aquí, por allá y acullá. Muchos pacientes llegan con bolsas repletas de mangos, unos grandes, otros pequeños, unos de piel gruesa y verde, otros amarillos y anaranjados. El otro día vino a consulta un niño al que le había caído en la espalda un mango mientras *chapeaba el monte*<sup>12</sup>. Toda la semana tomé agua de mango, paletas de mango, ensalada con mango, todo de mango. ¡Estoy *manguísima*!

<sup>11</sup> Árbol; cualquier planta que vive varios años y tiene tallo bajo, ramificado y leñoso.

<sup>12</sup> Acción de limpiar la tierra de malezas y hierbas (*monte*) con el machete.

La consulta de la tarde ha disminuido impresionantemente. Nadie quiere salir de su casa a esas horas calurosas por cualquier pretexto con el que antes me cargaban de trabajo. La cocina de mi casa está inutilizable porque el techo de lámina encierra un calor asfixiante y, si uso la estufa, parece un temascal de orégano, pimienta y tomillo. Por las noches dejo el aire acondicionado prendido hasta que en la madrugada me despierta un fresco agradable, apago el clima artificial y abro la ventana. Desde que llegué a Cacaos empecé a abandonar la bata; ahora jamás la utilizo porque llevar encima esa túnica blanca me acalora el doble. Algunas pastillas de la farmacia se han empezado a derretir y hemos tenido que sustituirlas por unas nuevas, refrigeradas junto con las vacunas. Las hieleras que tengo son insuficientes para enfriar las bebidas. El agua nunca está lo suficientemente fría, sobre todo la de la regadera, que sale desde templada en las mañanas hasta ardiente a medio día, y nunca quita del todo el calor que me impulsa a bañarme por tercera o cuarta vez en el día. Pero me encanta el calor extremo. Siempre he sido extremista: el todo o la nada. Detesto las medias tintas, las mentiras por omisión, las verdades entrecortadas, los amores oportunistas, las amistades convenientes, las disculpas orgullosas y las justicias de derecha.

## RESEÑA 15

13 de mayo de 2007

Me encanta la informalidad de la consulta. Los pacientes que traen dolores que, en sus propias palabras, “los *chingan*”. Aquellos que me cuentan de sus hermanos y, en sus palabras, “esos *cabrones* están sanísimos”. Y los otros que traen historias de

espacios rurales, de tierras cultivables y de poblaciones rústicas, como el niño pequeño *tumbao* por el novillo en la mañana, cuando fue a aprender de su abuelo el arte del meneo del machete donde la hierba crece sin tregua.

El lunes llegó Quintín, el esposo de doña Trini (la del nacimiento), pidiendo que la fuera a ver hasta su casa. Llegué con un bochorno sofocante para atenderla.

—¡Doctorcita, ya la extrañaba!

—Yo también, doña Trini. Dígame, ¿pa' qué soy buena?

—Ay, doctorcita. Figúrese *usté* que ayer me caí y me quedé así *dormíta* y sin hablar. Ay, Quintín me hablaba y yo ni lo oía. Si así va a ser la muerte, que Diosito y la Virgen Santísima me la manden cuando quieran —suspira—. Y es que el otro día se apersonó aquí uno de esos estirados que lo miran con asco a uno. Y el señor me dijo que venía pa' regalarme dos mil pesos si iba el viernes a Teapa a apoyar al presidente Calderón. Y yo le quería decir que no, pero ay, doctorcita, si supiera *usté* cuánta falta nos hacen esos dos mil pesos a Quintín y a mí... Ya me van a salir plumas y voy a poner huevo de tanto comer gallina —risas—. Y *pus* fui hasta allá y creo que el sol me quemó las *canillas*<sup>13</sup> porque me arden mucho.

Mientras Trini me explicaba todo esto, se mecía en la mecedora de *guano*<sup>14</sup> y me acariciaba mi *canilla* izquierda. Quintín la mira con amor: le brillan los ojos como si ambos fueran amantes adolescentes recién descubiertos, sonrío frente a cada uno de sus comentarios locos y trastornados y la cuida con una delicadeza que no se utiliza ni con el tesoro máspreciado. Ella le roba un beso húmedo cuando él se acerca a acomodarle el tirante del camisón que le dejó su hombro senil desnudo. Ella me sigue enlistando todos sus quebrantos.

<sup>13</sup> Piernas.

<sup>14</sup> Hojas de palma en forma de abanico que se utilizan como cubierta de techos y se tejen para formar canastas o sillas, entre otras funciones.

Ninguno de ellos es nuevo. Trini ya se ha acostumbrado a sus dolores y Quintín también se ha acomodado a consentirlos. Me buscan ocasionalmente para resurtir de pastillas a la enferma, quien siempre se siente renovada después de que la escucho y quedo dolida porque soy impotente ante el tiempo que, poco a poco, se la va comiendo a ella, mi persona favorita de Cacaos.

La verdad es que soy muy feliz aquí y se me nota. La otra tarde, durante el tiempo de mi caminata efusiva, mientras el sol pasteloso se escondía detrás del verdor que me rodeaba, un señor me alcanzó en su bicicleta y me dijo:

—Yo pienso que usted, doctora, se va a poner muy triste cuando termine su Servicio Social o eso que está haciendo en la clínica... La veo tan feliz y acomodada entre nosotros que no se va a querer ir.

El andar de su bicicleta le ganó prontamente a mis pasos flotantes pero veloces y me gritó, mientras levantaba su mano izquierda:

—¡Adiú!

—¡Adiú! —respondí familiarizada con algunas expresiones locales que me sorprenden cuando salen de mi boca.

Ya entrada la noche sin luna, cuya ausencia magnifica el resplandor sideral del firmamento, llegó un adolescente tocando a mi puerta. Guillermina, su madre analfabeta, empleada doméstica de un caserón en Villa, tenía un dolor abdominal que la retorció en la cama. Cuando llegué a su humilde vivienda, interrogué a Guillermina con paciencia porque ya la conozco y bien sé que siempre responde algo diferente a lo que le pregunto. La formación “ética” y “respetuosa” que me inculcaron a punta de maltratos en los hospitales la traigo bien entrañada, tanto como un condicionamiento seguido de infinitos reforzamientos negativos. A veces mis palabras técnicas me distancian —más ahora que antes— de mis pacientes. Es esa *mamonería* médica de hablar en clave, aun enfrente de

los pacientes, como si sus enfermedades nos pertenecieran a nosotros –sabios de la medicina– y no a ellos –mórbidos espectadores de su destino–. Al ser médico se espera que uno deje de ser Juan o Luis para convertirse en el doctor García o Sánchez, y así todo lo conocido sufre una metamorfosis solemne: la caca se convierte en heces, las agruras en pirosis, el pecho en tórax, las flemas en esputo y la libertad en un deseo banal de seres inferiores. Si alguna vez me salió de un yo antiguo decir “me duele la garganta” frente a uno de esos egos inútilmente inflados, siguió una reprimenda con fin de avergonzarme en público. “¡No hable como si fuera verdulera! Usted es médico. No se dice dolor de garganta –incrementando el tono burlón, acompañado de risas y demás antifaces que cubren su complejo de inferioridad–, se dice odinofagia.” Por eso, incluso yo que luché contra todos estos protocolos inanes y acorté distancias entre el consultor y el consultante, le pregunté a Guillermina:

–¿Y ha podido arrojar gases?

–¿Pedos? –preguntó con cara de incompreensión.

–Sí. ¿Ha podido echarse peditos? –¡minimicé estúpida-mente la palabra!, como si me incomodara...

–Sí. Pedos sí tengo. Es que aquí les llamamos así: pedos.

Y pensé con nostalgia: “yo también les llamaba pedos...”

Hoy, que de nuevo es domingo, hice más turismo tabasqueño: visité el pueblo Oxolotán, a orillas del río que lleva el mismo nombre y que varios kilómetros antes de Chiapas limita del lado este a Villa Luz, la península de tierra y ríos blancos junto a Tapijulapa...

## RESEÑA 16

20 de mayo de 2007

Había pensado comprar una bicicleta, así una tarde caminaría hasta El Dorado y la siguiente pedalearía hasta el mismo lugar. Para llevar a cabo mis planes tenía que estar segura. Primero: valorar la idea encontrada con mis limitaciones –tengo la columna lumbar enferma, una destreza física muy pobre y una economía cautelosa–. Así que el martes Ángela me prestó una bicicleta para que probara andarla. Terminada la consulta de la tarde salí con destino a El Dorado. El primer tramo, donde la carretera es transitada por camiones de carga y abundantes vehículos particulares, lo caminé empujando el artefacto llevándolo del manubrio. Llegando a la desviación me monté en la bicicleta y después de largos minutos tambaleantes conseguí un equilibrio aceptable. Fue muy divertido y cansado, mucho más cansado que caminar vigorosamente...

Hoy visité el municipio de Nacajuca, guiada, como siempre, por los folletos de turismo que recopilé a mi llegada a Villa...

## RESEÑA 17

27 de mayo de 2007

Esta semana fue laboralmente árida. Cada fin de mes estoy sumergida en un mar de papeles, las paredes se cubren de *post-its* para no olvidar ninguno de mis pendientes –la memoria me falla si no tengo todo bien organizado–, recuento cada una de mis 390 consultas y finalmente entrego las innumerables carpetas

tamaño carta, tamaño oficio, los fólderes decorados con colores y *foamies*, y las hojas sueltas.



A pesar de sentirme perdida en toda esta entropía administrativa, la gente que me quiere me encuentra. Doña Trini me tejió a ganchillo un cuello blanco para blusa. Lucy me decoró con encaje rojo, también a ganchillo, una toalla para la cocina, y me preparó un frasco de *nance* para que probara esa fruta pequeña, como nísperos reducidos, embebidos en licor.



Compré una bicicleta color rojo vino con los rines decorados con espirales de plástico de variados colores y Lupita, la hija de Ángela, me dio una serie de consejos para prolongar mi equilibrio. Ya puedo pasar los topes y algunos baches, secarme con una mano el sudor de la frente mientras la otra controla el manubrio y dar vuelta en “u” llegando al puente del arroyo donde empieza El Dorado.



El miércoles cayó el primer diluvio del año. La tierra olió dulce porque la tierra mojada de Cacaos huele así, y no fresca, como la del DF. Los cedros abrieron la cáscara gruesa de sus semillas y éstas volaron tapizando los caminos de un algodón blanquecino. Los novillos están creciendo muy rápido: ya son vaquitas y toritos. Y yo, por fin, conseguí hacer una sopa de fideos con sazón muy parecida a la de mi mamá...





*Nadando en el río Oxolotán, en Tapijulapa. De izquierda a derecha: yo, Claudia y Toto.*

El domingo fue cumpleaños de Jorge, uno de los MPSS de Jalapa. Anais, su novia que está haciendo el Servicio Social en Tapijulapa, nos invitó a comer. Llegando al pueblo de tejas rojas, paredes blancas y balcones floreados, me encontré con mis compañeros en la clínica. Anais me contó sobre su Servicio Social, el cual es antagónico al mío pues atiende urgencias reales, bradicardias revertidas con atropina, amputaciones de dedos, partos distócicos, viajes improvisados a Tacotalpa con un sietemesino cianótico en brazos, adolescentes de 14 años con SIDA y sin conciencia, consultas de madrugada y un equipo de trabajo traicionero. Me lamenté compasivamente por ella y me alegré egoístamente por mí porque Tapijulapa era mi segunda opción después de la plaza de Cacaos. A la hora de la comida nos llevaron al rancho de uno de sus pacientes, a orillas del río donde nadamos y recolectamos madera para la parrillada...



Así fui esta semana: como la imagen de un pañuelo tendido al viento, interrumpida por números y estadísticas, como una serie de hechos inconexos formados por pausas de papel y lápiz, como pequeñas remojadas de la sequía de mayo, como un presagio entrecortado de la lluvia de junio que está en puerta.

## RESEÑA 18

3 de junio de 2007

Cuando voy a pie, camino ocho kilómetros. Cuando voy en bici, pedaleo doce kilómetros pues rehago medio camino. Ese día iba en la bicicleta. De repente el manubrio empezó a tambalearse y después a virar sin control, como el volante de un coche cuando se poncha una llanta. Eso era: la llanta trasera estaba atravesada por una espina gigante. Ni modo, a empujar la bici hasta Cacaos. Pero pocos metros después me encuentro con el campesino que me saluda cada tarde:

—¿Por qué hoy lleva la bici a rastras, doctora? Ya había mejorado mucho...

—Se ponchó la llanta de atrás.

—Móntela en la camioneta. Yo ya voy de regreso a Cacaos, la llevo.

En el camino me cuenta que tiene unas vacas que están querendonas y dos de sus toros se pelearon por una de ellas. Uno tiene un cuerno sangrado y tendrá que regresar más tarde con su hermano para curarlo porque si no, en el transcurso de la noche, morirá *infestado* —es decir, infectado—. Tiene toros americanos sin cuernos pero mucho más fuertes. Éstos son negros y grandes. También tiene toros brasileños, de color café con leche, con cuernos y mucho más débiles. Para sanarlos utiliza azul de genciana —que ha de ser primo de

la violeta que conozco yo— y antibióticos tópicos —por cuyos nombres pienso que han de ser sobrinos de la eritromicina—. El campesino me deja con Chepo, el ciclero del pueblo, quien compone mi bici ...

Me tiene impresionada cómo han ido cambiando drásticamente los paisajes desde que llegué: primero fueron verdes radiantes sin nubes; después amarillos paja revueltos con sequías de nubes bajas, neblinosas, sin lluvia; y ahora son verdes retoñados con nubes altas, grises y condensadas de aguaceiros vespertinos. También yo he ido cambiando...

## RESEÑA 19

10 de junio de 2007

El lunes me pareció que, durante la creación, este rincón del mundo cayó en manos de algún sujeto de imaginación inconciliable. Por la tarde no pude salir a caminar porque el cielo se azotó en lluvias volubles sobre Cacaos. Corrí a casa de la abuela Tula para distraer mi encierro y, sentada en la cochera techada, oí historias del hijo del amigo del cuñado del primo que murió de un golpe eléctrico en una tarde de junio del año en que el nieto del sobrino del yerno de la tía se ahogó en un río creciente que viene de Chiapas. También vi rayos como nunca había visto otros: gruesos tanto como mi dedo índice que los señalaba, zigzagueantes como un dibujo infantil del pasto y duraderos como el sabor que deja el café en la boca. Escampó con el atardecer de un cielo irrepetible por sus nubes dispersas y un amarillo semejante al oro opaco de Colombia.

Desde hace varios capítulos que ya no sé qué Aureliano era cuál, ni cuándo murió Melquíades o por qué la tumba de

José Arcadio olía a pólvora. Macondo, en sus orígenes evolutivos, se parece a Cacaos: María Asunción fue abuela de Asunción Landero que tuvo una hija María que fue la amante del primo del cuñado del amigo del hijo del que murió aquel junio atravesado por un rayo. En Macondo también se comía yuca, llovía por días sin tregua y los comejenes devoraban las reminiscencias de las casas de palo...

El jueves, que Lucy se fue a una capacitación a Jalapa, sorprendí a mis pacientes de El Dorado cuando llegué a dar consulta en bicicleta. A diferencia de mis percepciones iniciales y de las señoras de Cacaos, las de El Dorado son muy participativas en las pláticas de Oportunidades, exponen los temas con gran entusiasmo y siempre acuden puntuales a sus citas médicas. Como si esto no fuera suficiente retribución a mis servicios, siempre me llevan el almuerzo para cuando termine la consulta. Aún no he logrado detectar el origen de su motivación pero he de aceptar, en forma de secreto confesado, que son mis pacientes favoritas. Los jueves son, sin duda, los días que trabajo con mayor gusto...

El viernes cortaron la luz desde las nueve de la mañana. Las primeras horas de bochorno fueron un simple acaloramiento más intenso que los que hasta ahora había conocido. Sin embargo, conforme fue pasando el día sin el apoyo gentil del aire acondicionado ni el viento agradecido de los ventiladores, empecé a perder la capacidad de concentración y fue por eso que, sin darme cuenta, una ola de dinamismo incandescente me hizo perder en orden cronológico la lucidez de las ideas, la compostura de las imágenes, la dualidad de los conceptos, la repetición de las manías, la veracidad de las certezas y la inocencia de las conjeturas. Como un sonámbulo adiestrado, cumplí con mis deberes elementales e intenté lapidar mi estado de despersonalización con baños de agua hirviendo —porque así era como escurría de mi regadera— sin encontrar éxito en ninguno de mis cinco intentos. En el estupor previo al coma,

Marcia Villanueva Lozano

cayendo casi en la inconsciencia, recostada boca arriba en el mosaico fresco a 39°C, me vino el instinto heroico de creer que lo que tenía no era un letargo de cocción, sino un golpe de calor. Así que a rastras alcancé el refrigerador de las vacunas y saqué de su congelador los artefactos que se utilizan para conservarlas viables, me puse uno debajo de cada planta de los pies, uno en el cuello, dos en la espalda y uno en la barriga. En cuanto entré en razón de mi estado de salud tomé el primer taxi con destino a Villahermosa, donde me refugié en el cine con clima glacial y me recuperé en orden mis extravíos de raciocinio...



*Plática con las mujeres de Oportunidades en El Dorado*

## RESEÑA 20

17 de junio de 2007

...He decidido que a partir de hoy llamaré a la clínica de Cacaos “mi masía”. Éste es un concepto que asimilé desde muy chica en voz de mi abuela, cuando me contaba de la Cataluña de su infancia. La clínica de Cacaos no es mi casa, sino mi masía campestre. Es una finca ligeramente urbanizada, cerca de las comodidades citadinas de Villahermosa y lejos del mundanal ruido de las poblaciones conglomeradas. Es una masada en un sitio intermedio entre lo que fui y lo que seré. Es un espacio de labor y campo en donde estoy y soy, en donde cumplo veinticuatro años casi sin darme cuenta de que el tiempo fuera de mí transcurre, porque en introspección soy yo la que transcurro a través del tiempo...

Mis tardes deportivas han sido involuntariamente sustituidas por encierros vespertinos obligados por maniobras torrenciales y aguaceros tempestuosos. La falta de consultas durante esas horas ha reducido mis ingresos monetarios, así que no desperdicio a los pacientes que llegan a través de la tormenta para consultarme. He aprendido un nuevo dialecto donde los *nacidos* son abscesos y los *carcañanes* son los tobillos. He aprehendido un millar de conocimientos que, aunque tengo conciencia de que son palabras y conceptos que quizás sólo para mí son nuevos, los recojo sintiéndome una inventora de axiomas...

## RESEÑA 21

24 de junio de 2007

–¿Hoy qué es?

–Es lunes –respondí pacientemente después de que Vicky llevara haciendo esa pregunta diario desde hace una semana.

–¿Y después del lunes qué viene?

–El martes.

–¿Y el martes vamos al cine?

–No, vamos el miércoles.

–¿Y cuándo es miércoles?

–Después del martes.

–Lunes es hoy –Vicky levantó el dedo índice de su mano pequeña–, martes es mañana –levantó el dedo medio–, y miércoles... –levantó el anular–. ¡En tres días vamos al cine!

Vicky es la niña pequeña de Ángela. *Lleva* cinco años y en diciembre cumple seis. Desde que llegué a Cacaos está haciendo una cuenta similar de dedos y meses en espera de su fiesta de cumpleaños, donde planea decorar todo de *Bob Esponja*. Cuando Ángela llega por las tardes para hacer la limpieza de mi masía, Vicky platica conmigo: me cuenta del kinder, de sus hermanas –algunas reales y otras imaginarias– y me explica cuanta cosa dice y no entiendo por ser lenguaje *choco*<sup>15</sup>. Ella me enseñó que la yuca es un tubérculo, que el *monte* es el pasto, que *pringar* es chispear, a distinguir la *mata* de tamarindo entre los árboles y a matar un alacrán de un pisotón veloz que impide que se escape corriendo. Algunas tardes, cuando la visita coincide con mi comida, ella come conmigo. Así, ella ha aprendido qué es la tortilla de papas, el queso parmesano y que hay cosas que se comen con el tenedor –ella le llama *trincho*– y otras con la cuchara. Frecuentemente

<sup>15</sup> Tabasqueño.

*Cacaos*



*Vicky, en el cine*



*Vicky, en mi cuarto dibujando*

me pide que volvamos a sacar las fotos de mi familia; otras veces me recuesto en la cama a ver las noticias mientras ella llena de dibujos alguna de mis libretas; en ocasiones se recuesta conmigo y cambiamos las noticias por caricaturas. Estando así hace una semana aproximadamente, salió un anuncio de *Shreck tercero*, y a mí se me ocurrió decir:

—Oye, Vicky, ¿tú has ido alguna vez al cine?

—No. ¿Qué es eso?

—El cine es un lugar donde hay una tele muy, muy grande y la gente va ahí a ver películas mientras come palomitas. ¿Tú has comido palomitas alguna vez?

—No. ¿Qué son las palomitas?

—Mmm... Son granos de maíz abiertos que se comen con sal y son muy ricos. Te gustarían mucho.

—¿Y dónde está el cine?

—Hay muchos cines. En Villa hay varios...

Cuando Vicky salió corriendo hacia la calle y Ángela se despidió de mí, le pedí permiso para llevarme a la pequeña el próximo miércoles a ver *Shreck* al cine. Desde entonces empecé la cuenta de dedos y días hasta que por fin llegó el miércoles.

Ángela llegó puntual a la clínica. Vicky venía muy bien arregladita, recién bañada y peinada con dos trenzas negras que le dan a la cintura. Su sonrisa y su emoción llenaban todo el ambiente. Durante la salida fue muy obediente, siempre tomada de mi mano y con los ojos engrandecidos ante todo. Compramos los boletos, una cubeta grande de palomitas y dos refrescos. Casi de noche llegó corriendo a su casa diciéndoles que sí era cierto, que existía una tele muy, muy grande, y que sonaba muy, muy fuerte, y que ella había estado calladita toda la película, y que yo le había regalado la cubeta que llevaba, y que había muchos más niños como ella, y que, también, había un *Shreck* enorme en la entrada del cine, con el gato con botas y el burro, y que... Ángela se moría de risa de todas las ocurrencias de su pequeña y yo de felicidad de verla tan feliz...

El fin de semana lo pasé en Playa Azul, al norte del estado. Una MPSS de allá nos invitó a todos los que quisiéramos ir. Fui con Alma y Toto, quienes se han vuelto mis mejores amigos del Servicio Social...

## RESEÑA 22

1 de julio de 2007

¿Se acuerdan de Vicente, el niño que vive en *El Puente*, junto al río de La Sierra, originario de Tila, Chiapas, el que se trajo Hilda porque aquí tendría una mejor calidad de vida? Pues con él empezó la oleada de consultas tristes y desgarradoras de esta semana. Lo trajo, el lunes o martes, uno de sus familiares adoptivos. Su mirada pícara y traviesa se perdió, y camina ahora en un solo pie, ayudado con una muleta vieja que le queda grande. El tobillo que no puede apoyar en el suelo está completamente doblado hacia adentro, con una úlcera de tres centímetros sobre una bola dura que triplica su tamaño. Hace más de veinte días que se cayó de una *mata* de coco. La caída le fracturó el tobillo derecho, y éste ya soldó en una masa de entropía ósea que no tiene cura. Al preguntar por sus apellidos, su acompañante los desconocía. Después de un largo acercamiento cariñoso logré que Vicente me los dijera con una voz entrecortada por las lágrimas que emergieron de sus ojos tras mi apapacho maternal que le desacomodaba el pelo sucio, ya de por sí bastante desacomodado.

Vicente no tiene acta de nacimiento ni documento alguno que sustente su existencia. Por eso no va a la escuela, y a sus nueve años no sabe leer ni escribir. El único futuro que esto le ofrecía era un trabajo físico: campesino, ganadero, cargador, marchante, mozo, plomero, electricista, carpintero o albañil.

Ahora no le queda ninguno de éstos pues su futuro gélido se tornó inerte. El subregistro poblacional es un sinónimo cruel de rezago social, es una infancia dejada a las manos de un dios que no existe, es un cinismo apocalíptico que semeja al diablo inventado por desgracias conglomeradas en un mismo mundo, en un mismo país, en el mismo México donde crecimos nosotros con actas de nacimiento en original y copias, con CURP, pasaporte y visa, con certificados de la SEP, de la UNAM y hasta un título de licenciatura y posgrado. A veces es inevitable relacionarse emocionalmente con los pacientes, tanto que de repente estoy llenando la referencia de un niño sin futuro mientras me escurren por las mejillas amplias gotas de impotencia amarga.

Llegaron, atrás de Vicente, decenas de consultas similares: ancianos acorralados por el descuido de sus familiares, diabéticos ignorantes nadando en litros de *pozol*<sup>16</sup> y *Coca-Cola*, desnutridos sin hambre y con restos de *sabritas* entre los dientes corroídos de caries, embarazadas múltiparas sin control



<sup>16</sup> Bebida regional hecha a partir de maíz y agua.

prenatal, hombres con aliento alcohólico en su quinto ataque de gota en el año, mujeres siervas del hogar con niños controlados con desesperados jalones de pelo y solicitudes de anticoncepción de emergencia porque sus parejas les prohíben violentamente tomar pastillas o aplicarse cualquier inyección.

Cuando llegó el fin de semana, mis ganas de correr a un espacio protegido y privilegiado eran incontenibles. El viernes en la tarde huí con Toto al Centro de Salud donde está Alma, en Comalcalco. El sábado aprovechamos para conocer la zona arqueológica que lleva el mismo nombre...

El tiempo se pasa volando, con prisa, sin pausas, treguas o descansos. Estoy empezando mi sexto mes de Servicio Social, casi la mitad del periodo de mi vida al que le corresponde esta aventura. Es incomparable con el martirio del primer semestre del Internado. Hace varias reseñas mi mamá me comentó que mi abuela había dicho que, irónicamente, este año sabe mucho más de mí en comparación con lo que sabía hace un año, aun teniéndome en la misma calle de la Ciudad de México. A decir verdad, este año también sé mucho más de mí en comparación con los últimos seis años.

## RESEÑA 23

8 de julio de 2007

*“Dengue is due to a flavovirus transmitted by the bite of Aedes aegypti mosquito. It may be caused by one of four serotypes widely distributed between the tropics of Capricorn and Cancer. Bla, bla, bla... occurred over the past 20 years in East Africa, Sri Lanka, and Latin America. Bla, bla, bla... Seguramente esto no me lo van a preguntar en el examen, y seguramente nunca lo voy a diagnosticar porque nunca me voy a ir de médico sin fronteras*

a África del Este... *The rash is biphasic: first evanescent, followed by maculopapular, scarlatiniform, morbilliform or petechial changes from extremities to torso.* Mejor sólo leo las negritas porque si no, no voy a terminar de estudiar todo... *but its presentation may range from asymptomatic to severe hemorrhagic fever and fatal shock (dengue shock syndrome).* Bla, bla, bla... Tratamiento: *acetaminophen rather than nonsteroidal anti-inflammatory agents.* Listo. Pongo la palomita junto a dengue y el siguiente tema es..."

Así me "aprendí" dengue, paludismo, leishmaniasis y demás enfermedades del trópico, ajenas a la Ciudad de México y a mis libros gringos última edición – "*these diseases must be suspected in travellers who went to endemic areas*"–. Cuando llegué a Tabasco, me entregaron un fólder con metas donde especificaban que debo dar tantas consultas a niños menores de cinco años, tantas a embarazadas, tantas muestras de esputo para diagnosticar tuberculosis pulmonar, tantas gotas gruesas para detectar quién-sabe-qué-detecta-eso y así con todo. Unas semanas después llegó el primer paciente con pruebas de reacciones febriles positivas para fiebre tifoidea. Por supuesto, tuve que sacar delante de él mi libro y ver que, según el Harrison, ésta se trata con ciprofloxacino. Está de más decir que el cuadro básico de medicamentos, o sea mi farmacia, no incluye dicho antibiótico.

En los meses que llevo aquí aprendí a detectar la escabiosis a dos metros de distancia, a mezclar los antibióticos para remitir abscesos gigantes, a sospechar oportunamente la fiebre tifoidea, a desparasitar a las familias con cierta expresión característica en el rostro y a prescindir de tomografías computarizadas y CPRE's para saber que eso es un cáncer de la cabeza del páncreas. Todo esto fue a través de lo que se conoce como conocimiento empírico, porque nunca tuve la atención de sentarme a estudiar de noche todo lo que de día podía encontrar en mis pacientes y porque, además, ninguno de los libros que conozco ofrece tales aprendizajes.

- Dígame Tila, ¿en qué le puedo ayudar?  
–Es que fíjese, doctora, que ayer empecé con una fiebre que, ¡a la mecha!, no me dejó dormir en toda la noche.  
–¿Ha tenido tos?  
–No, no *tueso*.  
–¿Moco en la nariz?  
–No, tampoco.  
–¿Y cómo está orinando?  
–Normal.  
–¿No está muy amarilla su pipí? ¿Le arde al orinar?  
–No.  
–¿Y la popó, cómo está?  
–*Pus* como siempre.  
–Bien. ¿Y qué otras molestias tuvo aparte de la fiebre?  
–Dolor en las *coyunturas*, muy fuerte, y aquí en los brazos.  
–Bueno, vamos a ver, acuéstese en la cama para revisarla.

Tenía la frente hirviendo y salpicada con gotas de sudor frío, helado. El termómetro marcaba 39.5°C, pero tenía la garganta normal, el corazón acelerado, nada de dolor en la panza, no había datos de infección en ninguna parte. ¿De dónde venía esa fiebre? “No, así no es la fiebre tifoidea –pensé–. Nunca había visto a ningún paciente que tuviera este cuadro. Vamos a pedirle análisis de laboratorio y darle metamizol paliativo. ¡Ah! Ya se me estaba olvidando, tengo que tomarle la gota gruesa como a todos los pacientes que llegan con fiebre. No sé para qué nos piden la prueba de paludismo si hace años no hay paludismo en este municipio de Tabasco. Paludismo. ¿Será paludismo? No, seguro no. ¿Dengue? Podría ser dengue, pero no lo aseguraría. No sé nada de dengue, ni siquiera recuerdo haberlo estudiado en la Facultad. Pero tengo una corazonada. Digo, puede ser dengue, ¿por qué no si hace dos años hubo un brote de dengue aquí en Cacaos? Vamos a pedirle también la prueba de dengue. ¿Y cual es ésa? Ha de estar en la carpeta de metas. Aquí está: inmunoglobulina

M para dengue. Seguramente no es, ni siquiera es época de mosquitos...”

Desde el lunes hasta el jueves me dediqué a planear un viaje de fin de semana a Palenque, Chiapas, con Alma y otros MPSS, pero el destino me impidió consumir mis planes. Primero recibí una invitación de Ángela para comer en su casa el domingo; el motivo del festejo era que Vicky se graduó del kínder y yo era la primera considerada en los deseos de asistencia de la pequeña. Después llegó el epidemiólogo de Jalapa con la noticia de que, efectivamente, Tila tenía dengue. Sus felicitaciones, justificadas bajo la premisa de que los MPSS que vienen del DF nunca diagnostican dengue, llegaron acompañadas de una lista de trabajo para ese día y la mañana del siguiente. Increíble ante mi hallazgo clínico, me subí a la camioneta de la Jurisdicción Sanitaria para ir a *El Puente*, el anexo de Cacaos que está al lado del río de La Sierra, a buscar a Tila. Ahí nos esperaba un grupo de especialistas en mosquitos con máquinas fumigadoras, abate y un montón de fotocopias para interrogar a todos los pacientes febriles de la zona.



*Fumigando los alrededores de mi masía*

Recolectamos, en equipo, muestras de agua contaminada con larvas de *Aedes*. Aprendí mucho sobre el ciclo de vida de estos mosquitos: depositan los huevecillos en aguas estancadas, fuera del contacto de la luz, como en llantas viejas, basura tirada al aire libre que pueda contener agua (latas, botellas, cáscaras de coco y cacao, etcétera), tinacos, baldes de agua y demás cacharros que abundan en los patios de Cacaos –por eso se hacen campañas de descacharrización–. Abatizamos todos los restos de agua estancada, y conocí que, del otro lado de la carretera, también a orillas del río de La Sierra, hay más casas pertenecientes a mi comunidad. Éstas están inmersas en plena selva, entre *matas* de plátano y coco, con hojarasca salpicada en el suelo y con caminos abiertos a punta de machete para que sus habitantes puedan comunicarse entre sí.

Para no perdernos entre tanto follaje, uno de los habitantes nos sirvió de guía. Yo iba mal vestida para la ocasión pues llevaba sandalias. Cuidaba mis pasos con sospecha de que en cualquier momento podría salir entre mis pasos firmes algún animal de espanto. Por suerte no vi tarántulas, ni víboras, ni ningún animal con el que peligrara mi vida. Sí vi pájaros carpinteros, iguanas y unas lagartijas con cresta que aquí llaman *toloques*. Llegando a mi masía, después de comer con prisa, estudié a fondo todo lo relacionado con el dengue.

Ese mismo día en la noche me despertó un toque efusivo contra mi ventana. Desperté acelerada y con un grito en la boca. En todo el tiempo que llevo en la clínica, nunca me habían venido a buscar en la madrugada. Temerosa y con todas las luces apagadas me asomé por la puerta y vi a una mujer joven, aproximadamente de mi edad, con cara de desesperación. Cogí las llaves y aún escéptica le entreabré la puerta. Traía a su madre que deliraba entre escalofríos y calenturas que no cedían con los paños húmedos que le había pasado su hija por la frente por horas eternas. Las hice pasar hasta el consultorio y verifiqué la fiebre con el termómetro.

Marcia Villanueva Lozano

La paciente presentaba temperatura de 40°C, dolor en las articulaciones y detrás de los ojos, mialgias y sangrado leve por la nariz. Ahora sí ya no tenía ni la menor duda: era dengue y del tipo hemorrágico. Le apliqué una inyección y prometí ir a verla a su casa a la mañana siguiente.

El sábado en la mañana hicimos la misma labor del día anterior en el poblado de Cacaos. En cuanto llegó Víctor, el epidemiólogo, le comenté del nuevo caso. Se declaró que Cacaos estaba en emergencia epidemiológica. Busqué en alrededor de una docena de casas pacientes febriles y no hallé ninguno. Nadie más de la brigada encontró más casos sos-



*Wendy y Aranza con Vicky en su cumpleaños*

pechosos. En la casa de la paciente que había visto en la ma-

drugada encontraron depósitos de agua positivos para *Aedes*; abatazaron y fumigaron con especial cuidado esa cuadra del pueblo. Yo misma terminé fumigando los alrededores de mi masía, atemorizada por agregar un dengue a mi historial médico durante esta aventura tropical.

El domingo llegué puntual a casa de Ángela. En cuanto me vio llegar en la bicicleta, Vicky salió corriendo a la puerta para abrazarme. Iba engalanada con su vestido de princesa amarillo pastel, mismo que le compraron para la graduación. Junto con sus amigas, reinterpreto el baile de la ceremonia para que yo pudiera apreciarlo. La comida estuvo exquisita, como debía estarlo después de que Ángela y la abuela Charo estuvieran preparando todo desde las cinco de la mañana, desde matar al cerdo hasta preparar la carne asada, la longaniza, la morcilla, el chicharrón, las carnitas y la tortilla gruesa recién salida del comal...

Regresé por la tarde a mi masía suspendida entre todas las recompensas que me tenía preparado el destino para hacer de este fin de semana aparentemente truncado, uno resuelto en un cenáculo de ocurrencias historiables para mis recuerdos y mis rúbricas semanales.

## RESEÑA 24

15 de julio de 2007

...Hace diez años decidí estudiar medicina. Recuerdo que la decisión tuvo algo que ver con la genética, el altruismo, los relatos de un aprendiz de medicina y la condición de creer que podía lograr cualquier cosa que me propusiera. Me gustaba mucho la genética, tanto como entiendo que puede gustarle algo de ciencia a cualquier adolescente descubriendo el

mundo. El altruismo me parecía una acción noble y generosa, digna de quien carga buenos sentimientos y no se avergüenza de ellos. El aprendiz de medicina idolatra la profesión y sus relatos eran como odas puestas en labios de un enamorado. Quería ser médico y me imaginaba diez años después en mi consultorio con un estetoscopio ayudando a la gente, teniendo tantos conocimientos que rayaría en la sabiduría, regalándole al niño una paleta para que dejara de llorar después de la inyección, corriendo hacia el quirófano para hacer un trasplante de corazón...

Ahora, diez años después, tengo casi todo lo que quería: mi consultorio, un estetoscopio rojo, ayudo a mucha gente, tengo suficientes conocimientos como para no matar accidentalmente a alguno de mis pacientes –lo que está muy lejos de rayar en la sabiduría, pero me salva de ser una imbécil con iniciativa y con esto, por el momento, me basta–, paletas de cajeta Coronado para los niños chillones, visitas domiciliarias e incluso relatos que en mi propia voz –o mejor aplicado: en mis propias letras– engrandecen la medicina. Y no sólo tengo esto, sino que también tengo la dicha de ver esos sueños vueltos realidad y la capacidad de seguirme explayando hacia horizontes oníricos que, aunque –¿o porque?– nada tienen que ver con aquellos primitivos, me siguen motivando para seguir descubriendo el mundo con la misma enajenación con la que lo hacía diez años atrás...

## RESEÑA 25

19 de agosto de 2007

Se juntaron la entrega de papelería de finales de julio, la preparación para recibir a mi madre en Cacaos y mis quince días

de vacaciones, por lo que ahora reuniré los eventos de las últimas cuatro semanas en una sola reseña.

No había visto a mi mamá desde que me fui de la casa en enero. La emoción que me producía verla era enorme y quería tener todo listo antes de que llegara, desde la papelería mensual hasta una cocina acogedora para la sobremesa tan añorada... En la primera semana sin reseña (del 16 al 22 de julio), mi tiempo se trozó en fragmentos obsesivamente organizados con tareas concisas y objetivas. Adelanté todo lo adelantable de mi trabajo e hice una cocina monísima. Junto con Ángela limpiamos la bodega, acomodamos los estantes, matamos con el machete un par de alacranes y pintamos las paredes de blanco. Con las cáscaras de semilla de cedro que recopilé hace meses en las tardes que caminaba a El Dorado, y con las conchas de mar que recopilé en Playa Azul, hice dos móviles para decorarla. También hice unas cortinas de tela a cuadros blancos y azules para cubrir los anaqueles carentes de puertas, y otra corta para la ventana. Las mesas las cubrí con manteles amarillos. Por último, compré un ventilador que disimula pobremente el calor acumulado debajo de la lámina de asbesto... Mi mamá llegó el domingo. Con su abrazo mi cuerpo notó la ausencia de contacto físico de los últimos seis meses...

La segunda semana sin reseña (del 22 al 28 de julio) mi mamá estuvo conmigo en Cacaos, mientras seguía trabajando... Ángela se deshizo en atenciones y halagos: dos días nos hizo la comida, trajo una hamaca para que mi mamá descansara e intentó conseguir todas las frutas y verduras típicas de la región. Vicky venía diario a visitarnos con una sonrisa que le abarcaba toda la cara y le relataba a mi mamá todos los momentos que hemos compartido desde que llegué a Cacaos. Por las tardes, salíamos al pueblo para presentarle a doña Trini, la abuela Tula y demás personajes vueltos personas... Dice que encontró en Cacaos todo lo que yo había descrito...

La tercera semana (del 29 de julio al 5 de agosto) empezaron mis vacaciones. Aprovechamos para hacer la Ruta Maya por la península de Yucatán... La cuarta y última semana de este periodo (del 5 al 11 de agosto) la pasé en la Ciudad de México... me sentí extraña en mi cama de toda la vida. Tardé un par de días para dejar de sentirme huésped en mi propia casa. Tenía sentimientos muy raros, como si mi pasado capitalino hubiera dado de repente un acelerón monstruoso hasta volverse a encontrar con mi presente, y entonces éste se tiñó del mismo color que toman las aguas cuando se estancan, como si nunca me hubiera ido, como si Cacaos no existiera y fuera sólo mi Macondo ficticio... Sin embargo, también me dieron oleadas de nostalgia no identificadas. Ese olor a hogar definitivamente no lo tengo en Cacaos... fue difícil volver al DF, pero regresar a Cacaos tampoco fue fácil...

## RESEÑA 26

26 de agosto de 2007

Ya lo dije en la reseña pasada: volver no es lo mismo que irse. Cacaos ya no es novedad; ya tiene espacios, oficios, rutinas y personas conocidas. Llegué a Tabasco aún usando la chamarra que ameritaba el frío de una madrugada capitalina. No había nadie esperándome en el aeropuerto. Hice un viaje de escalas en taxis diferentes y abrí la puerta de mi masía sintiendo que todavía necesitaba dos o tres días más de vacaciones. El suelo de mosaico blanco relucía de limpio y ya nada olía a mí, a habitado, sino a farmacia e isodine, exactamente el mismo olor de cuando me entregaron la clínica en febrero. Mi closet estaba prácticamente vacío. Des-hice con prisa la maleta para que todo empezara a tomar la

forma de aquello que adoraba tan sólo un mes atrás. Estaba sola. Mi soledad y yo y nadie más. Tanta soledad carente de novedades y yo...

Pero no era cierto. En mi baño había un nuevo arreglo hecho por Lucy; Vicky había dejado de comer dos semanas porque su estómago estaba ocupado por mi ausencia; doña Trini aguantaba la tos hasta que yo volviera para curársela... Era yo, mi soledad y muchas esperas de mí que se convirtieron en bienvenidas a lo largo de la semana. La consulta estuvo rebosante, como nunca lo había estado. Muchos pacientes sólo querían preguntarme cómo me había ido, si había extrañado el calor, la tranquilidad, el cielo azul, los grillos y su canto nocturno. Me sentí acogida por mi pueblo y su gente...

El calor bajó mucho durante mis vacaciones. Por las noches ya no es necesario tener el aire acondicionado prendido. Desde la tarde llueve a cántaros celestes hasta la madrugada. Amanece húmedo y el rocío refresca el ambiente. Los paisajes vuelven a ser del verde que los conocí. Los ríos han crecido y han cubierto sus playones de aguas revueltas color café. Las lagunas reaparecieron en las tierras que estaban agrietadas de sed. El ganado tiene cara de felicidad sin amenaza de muerte próxima. Como ya había mencionado en alguna de las reseñas anteriores, aquí la tierra mojada tiene olor dulce, a diferencia de la defecación que huele fresca...

## RESEÑA 27

2 de septiembre de 2007

La mayoría de los calendarios empiezan las semanas con domingos, pero aún no conozco a nadie que las viva así. Los

lunes son siempre los que cargan las responsabilidades de un inicio. Mi lunes empezó con la carga de un reinicio laboral de mil pendientes...

## RESEÑA 28

9 de septiembre de 2007

...Este fin de semana fue el Examen Nacional de Residencias Médicas (ENARM). Desde mediados del Internado decidí que no quiero hacer una especialidad, por lo que jamás me inscribí al ENARM, pero igual pedí permiso para “presentarlo” y me fui al Distrito Federal. Ahora sí me encantó volver. Llegué el martes a medio día e hice el mismo tiempo de Villahermosa al aeropuerto de Toluca que de Santa Fe a mi casa. Llevaba una maleta pequeña y una tabasqueña de cerámica pintada a mano –que es el regalo típico y máspreciado de Tabasco– para mi mamá de parte de Lucy...

## RESEÑA 29

16 de septiembre de 2007

De vuelta en Cacaos, me recibió Ángela con la noticia de que doña Trini estaba internada en el Hospital Juan Graham, uno de los más grandes de Villahermosa. Con mi partida, se descompensaron todos los males que yo había logrado controlar con mucha suerte y pocos recursos en los últimos ocho meses, mientras ella creía que eran los santos los que la habían estado enmendando. Todos los días de esta semana

pregunté por ella porque no podía salir de la clínica para visitarla. Las noticias indicaban que su recuperación era muy buena después de una cirugía de corazón de la cual nadie tenía detalles.

Una semana antes de irme, pasé horas en un banco junto a su mecedora, tomando periódicamente sus signos vitales y esperando que no se me muriera en brazos con cada suspiro que daba. Pasamos días de angustia y noches de insomnio. Yo intentaba hacer diagnósticos clínicos de patologías que únicamente se revelan con estudios de laboratorio. Ya que lograba conseguir alguno, no servía de nada porque, evidentemente, en el primer nivel de atención médica —o sea, mi farmacia— no contamos con los medicamentos necesarios. Le repuse el potasio con Vida Suero Oral, *guineos*<sup>17</sup> y jitomate.

Obtenía respuestas inesperadas de mi paciente: un día se moría tres veces, desplomándose con desmayos de los cuales volvía con amnesia retrógrada, y después dormitaba con un sueño constante como el de nunca; mientras que, al día siguiente, amanecía recuperada después de haberse encomendado mil y un veces a su Santísima Virgen de los Remedios, quien la miraba impávida y sin gestos, aun cuando parecía desvanecerse para siempre, desde atrás de la vitrina del cuarto principal de la casa del fondo de Cacaos. En esos momentos, doña Trini se sentía tan repleta de vida que incluso se aventuraba a dar unos pasos hasta aquella vitrina, apoyada en su bastón de madera enano, para darle las gracias a su Virgen.

Se iba y venía tantas veces que Quintín y yo perdimos la cuenta. Ella, por su parte, ya había dejado al lado de su cama el vestido de la muerte. Éste lo bordó desde hace años, todavía antes de que su muerte fuera anticipable. Es color café oscuro, con corte semejante a un atuendo de monje, con

<sup>17</sup> Plátanos.

bordados de color hueso en todos los bordes y una cruz central, sobre el pecho. También tiene un fondo blanco decorado con encaje hecho por ella misma a ganchillo.

—Éste es mi vestido de la muerte. Lo hice hace muchos años. Ahora, que soy gorda, no me va a quedar, pero como le digo a Quintín: “ese ya no va a ser mi problema; a ver cómo le haces tú para ponérmelo” —le dijo a mi mamá cuando las presenté en julio, acompañándose de una risa fuerte y limpia, interrumpida por accesos de tos que le cortaban la alegría.

Ella y Quintín se negaban a ir al hospital: doña Trini quería morir tranquila en su casa, junto a sus santos, el Niño y su Santísima Virgen. No fue nada difícil convencerme para alcahuetear su decisión. ¿Cómo no iba a hacerlo, si yo misma había oído a mi abuelo hacer la misma petición? Por supuesto, hubo juicios y quejas en Jalapa con respecto a mi comportamiento. Así que tuve que escudarme con la firma de mi paciente y su familiar en el expediente para que constara que no aceptaban la referencia. Una tarde antes de irme al DF, cuando fui a visitarla, le dejé un pase abierto a urgencias del Hospital Juan Graham, en caso de que lo necesitaran. A la tarde siguiente, se la llevaron a Villa.

Ahora, en Cacaos, todas las noches llueve y ya nunca hay luna. Sin descanso ni pausas, hay mosquitos por doquier: mosquitos torpes —más torpes que los defechos, pues es relativamente fácil atraparlos con un aplauso al aire libre—, que no tienen zumbido y de piquete doloroso. El jueves en la noche contaba en la pierna derecha once y en la pierna izquierda doce piquetes. El repelente me ha ayudado a combatirlos, y las pastillas de insecticida enchufadas a la pared resguardan mis sueños. Por las tardes, el cielo es gris y cerrado, con alguna grieta que permite pasar escasos rayos de sol. Todo es verde y agua. El aire, que choca inmóvil contra mi cara acelerada por la bicicleta, es húmedo y refresca el alma. El viernes en la tarde, doña Clara —la dueña de una de las tienditas y

del *cyber* que ahora frecuento más— me dijo que ese día en la mañana habían dado de alta a doña Trini, aunque regresaría a Cacaos hasta la próxima semana porque se iba a quedar en casa de unos familiares en Villa, que la operación de corazón había sido una colocación de marcapasos y que ella, también, me mandaba muchos saludos y su cariño.

Un par de horas después, me fugué con Toto y Alma para festejar el fin de semana patrio en Paraíso, a orillas del mar, en la clínica de otro MPSS...

## RESEÑA 30

23 de septiembre de 2007

Doña Trini está bien. El lunes ya estaba de vuelta en Cacaos. Fui a verla en la mañana acompañada por Lucy: la presión arterial normal; la glucosa en ayunas perfecta; la herida quirúrgica en el cuadrante superior derecho del tórax anterior, donde colocaron el marcapasos, sin datos de infección o sangrado; el área cardíaca con ruidos rítmicos y el conocido soplo multifocal grado II de VI; campos pulmonares limpios; abdomen sin compromiso agudo; miembros pélvicos con edema hasta el tercio superior con Godette positivo (3 +++). ¿Y sus ojos? Ésos tienen el brillo de siempre, de un siempre previo a mi llegada a Cacaos pues es un brillo, podría decirse, juvenil. Su voz ha vuelto fuerte y dominante ante su esposo. Con ella regresó, también, su risa:

—Antes de entrar al quiró-quirópte...

—Quirófano.

—¡Sí, quirófano! —risas altas, descargadas, de alegría auténtica— ... todos se despedían de mí, me daban muchas bendiciones y algunos, como mi sobrina, que hace siete años que no

la veía, casi lloran. Yo no entendía por qué, si a mí me había asegurado mi Virgen Santísima de los Remedios que no me iba a morir –más risas–. La vi una noche en el hospital. Ahí estaba, *paraíta* junto a mi cama, con el Niño y su vestido, así como la ve *usté* en esa esquina, doctorcita. Cuando regresé, más risa me daban las caras de sorpresa porque no me había muerto –tanta risa que un acceso de tos decidió cortársela para que no se volviera infinita.

Regresé en la tarde para darle con más calma el regalo que le había mandado mi mamá. Se lo colgó con un prendedor en la batita ligera que usa siempre. Desde entonces, al despedirse, besa el dije y le manda saludos a mi madre porque a ella también la quiere mucho, como a mí.

Esta semana fue tan mágica como las primeras, con todos mis sentidos afilados y reunidos captando sin tregua todos los momentos/episodios/escenas/instantes que me llegaban. Mucho Macondo, mucha Latinoamérica, mucha idiosincrasia:

Conta la leyenda, fruto mágico de letras amorfas que han ido pasando en viva voz desde los ancestros hasta los actuales terratenientes del sureste mexicano, que la mujer preñada con un nuevo ser que va tomando forma a lo largo de nueve lunas nuevas, debe obedecer su gula para que su cría no adopte estructuras de vida inesperadas. Es común que estos antojitos sean exóticos o poco ordinarios, hasta incluso ser platillos que en ningún otro momento hubieran gustado...

En el Ejido Jahuacapa se habla de un caso en especial: una señora que, durante las últimas semanas antes de aliviarse, tuvo el antojo irreversible de comer un caldo de pochitoque<sup>18</sup>. Especialmente, tenía ganas de devorarse las patitas. Su espo-

<sup>18</sup> Uno de tantos tipos de tortugas que se acostumbran comer en Tabasco y cuya caza es ilegal.

so, advertido de las terribles consecuencias por su madre y su suegra, se encaminó en una búsqueda desesperada del reptil que su mujer deseaba. Anduvo por la selva. Se introdujo en los manglares. Construyó trampas con redes y madera a la orilla del río que bordea el ejido. Se perdió por una, dos y tres semanas en busca de un pochitoque. Encontraba hicoteas, mojinás y tres lomos<sup>19</sup>, pero al verlas su mujer las desechaba. Sólo un pochitoque, sus patitas, podrían saciar al monstruo que lo demandaba con ira y desespero desde sus entrañas.

Al fin, lo encontró escondido debajo de las raíces de una ceiba muy lejana a su casa. Caminó días y noches sin descanso alguno. Cuando llegó, su mujer había dado a luz apenas un par de horas antes. La criatura tiene ahora siete años y no camina, sino que se arrastra boca abajo, empujándose con sus patitas que no tienen manos ni pies humanos, sino garras de tortuga.

Poca gente lo ha visto en el ejido, pero quienes lo han hecho aseguran que al arrastrarse levanta su cabecita pequeña y redonda, que su espalda está arqueada en forma de caparazón y que de todos sus rasgos reptiloides, sobresalen las patitas.

Después de que Lucy, oriunda del Ejido Jahuacapa, me contara esta historia llevándose incontablemente la cruz de dedos a los labios, me dijo:

—Yo nunca he visto a la criatura. Pero mi hermana dice que la vio una vez y que es verdad: ¡las manitas son patas de tortuga! Cuando yo estuve embarazada del chiquito, soñé con un caldo, no de *pochitoque*, sino de *hicotea*. ¡A la mecha! Mi mamá pagó un ojo de la cara por el animal y yo me comí las patitas. Estaban bien sabrosas, y eso que a mí no me gusta la tortuga.

<sup>19</sup> Hicoteas, mojinás y tres lomos: otros tipos de tortugas comunes en Tabasco.

Recordé la historia de Lorena –la mamá de Manolo, el niño que andaba en bicicleta con todo y férula, hermano del menor que la misma semana se abrió la ceja jugando con un martillo, y del mayor que antes de entrar a la secundaria vino aquella misma semana a pedirme condones–: su gula de embarazo la hizo comer en sus tres gestas culebra y se dice que por eso sus niños son tan tremendos. Y también recordé a mis pacientes de El Dorado, que me han contado que estando embarazadas comieron lagarto, iguana, huevos de tortuga y chango. También recordé la cola de cochino tan esperada entre los Buendía...

## RESEÑA 31

30 de septiembre de 2007

Abatí mi propio record: la papelería mensual de septiembre quedó lista en dos días, empezando el lunes a medio día y terminando el martes a media tarde. El miércoles entregué en Jalapa toda la documentación sin problemas ...

Ésta fue la Semana Nacional del Adolescente. Tenía programadas dos pláticas en la secundaria de Cacaos; un día abarcaría los temas de sexualidad, infecciones de transmisión sexual y planificación familiar y, el otro, higiene personal y adicciones. Empecé con esos temas con toda la alevosía de captar así la atención de los chamacos que solamente por “perder clases” me dieron una bienvenida efusiva. Conseguí muy rápido –como nunca he conseguido hacerlo con los estudiantes de preparatoria de Oportunidades– un ambiente de confianza total y atención profunda. Lo que más disfrutamos, los niños y yo, fue la sesión de preguntas.

–¿Es verdad que los gordos lo tienen más chiquito?

–¿Cuántos tipos de relaciones sexuales hay?

–¿Por qué las mujeres gritan cuando tienen relaciones?

–Porque les duele –respondió rápidamente una chiquita horrorizada.

–No, no es porque les duele –contuve la carcajada–, es porque sienten muy rico. Gritan de placer –completé.

–¿De placer? –preguntó otro evidenciando que mi explicación no había sido clara.

–Sí, de emoción. ¿Fueron a La Feria en Villahermosa?

–Sí –repuso la mayoría al mismo tiempo.

–¿Y se subieron a los juegos mecánicos?

–Sí –de nuevo una mayoría, pero más pequeña que la anterior.

–¿Y no gritaron de la emoción?

–Sí –dijeron otra vez, como empezando a entender lo que quería explicarles.

–Pues es algo parecido, pero la sensación es diferente.

–¡Ah! –y sonrieron.

–¿Y masturbarse es malo?

–No, corazón, para nada. Masturbarse es lo más normal del mundo y no tiene nada de malo.

Se asomó desde atrás una manita tímida que localicé inmediatamente.

–¿Las mujeres se masturban?

–Claro que sí, y también es completamente normal.

–Pero... ¿cómo? –volvió a interrogarme aquella vocecita.

–Maestro Manuel, ¿me permite su pizarrón?

–Claro, doctora. Adelante –dijo ya un poco asustado por las preguntas y sus respuestas.

Dibujé una vulva gigante.

–Las mujeres tenemos tres hoyitos: por este hacemos pipí, ésta es la vagina (por donde tenemos relaciones y por donde nacen los bebés) y éste es el ano (por donde hacemos caca). Adelante de donde hacemos pipí hay una “bolita” que se llama clítoris, que corresponde al glande (“la puntita”) del

pene. Las mujeres se pueden sobar esta bolita para masturbarse y así tener orgasmos.

El pobre maestro Manuel iba abriendo cada vez más los ojos y sudaba profusamente con mi plática.

—Y si la bolita esa, el clítoris, está afuera de la vagina, ¿por qué tienen orgasmos en las relaciones?

—¡Ah! Porque adentro de la vagina hay otro punto que cuando lo tocan también pueden tener orgasmos. Se llama punto G y está en el tercio de afuera.

—¿Y los hombres no tenemos punto G?

—No, los hombres tienen punto P, que está en la próstata. Éste se puede estimular tocando entre los testículos y el ano, o a través del recto, que es como los hombres homosexuales tienen relaciones.

Ahora sí, en cualquier momento le podía dar un infarto al maestro Manuel, pero continué como si esto no estuviera pasando. Les expliqué las teorías de la homosexualidad y que esto, también, es absolutamente normal. Terminamos con el



*Alma y yo en lo que alguna vez fuera la pista de aterrizaje  
en Bonampak*

timbre de la salida y estoy segura de que en ese momento el maestro se sintió “salvado por la campana”. Cuando estaba a punto de subirme a la bicicleta para ir de regreso a la clínica, se acercaron dos niñas con la última pregunta del día:

–Oiga, doctora, ¿me puedo quedar embarazada si tengo sexo en mi mente?

–Por supuesto que no –contuve una enésima carcajada–. Tú puedes fantasear y pensar todo lo que quieras sin quedarte embarazada o contagiarte de nada. Pero acuérdate que, cuando lo hagas de verdad, tienes que cuidarte siempre usando el condón.

–¿Ya ves? Te lo dije –le comentó su amiga y se fueron hablando con susurros y risitas picaronas.

El viernes, mientras daba la consulta antes de ir a la secundaria, el maestro Manuel se presentó en la clínica y le pidió a Lucy que me dijera que ya no fuera a la segunda plática porque ya se había encargado de que la diera alguien de Villahermosa, que no me preocupara porque él mismo me iba a pasar las listas de asistencia para que yo pudiera reportar mi trabajo supuestamente hecho. En cuanto Lucy me dio el recado, me vino a la mente la cara del maestro viendo mi dibujo sexual gigante y no me sorprendí de su última decisión, aunque he de confesar que sí me sentí algo ofendida. Más tarde, cuando los niños llegaron por grupos a la clínica para que los vacunáramos contra tétanos-difteria y sarampión-rubéola, me preguntaron desilusionados que por qué no había ido a la plática, que cuándo se las daría y comentaron que la doctora que había venido de Villa los había separado en dos grupos: uno de hombres y otro de mujeres porque “esas cosas deben tratarse por separado”. ¿Cómo por separado?, me pregunto. ¿Qué, acaso, tenemos relaciones por separado?...

El fin de semana nos fuimos a Chiapas, a conocer Bonampak y Yaxchilán...

## RESEÑA 32

7 de octubre de 2007

Lunes sonámbulo, de pacientes fantasmas y remedios adormilados. Lunes de fatiga, cansancio y procesamientos mentales sin dirección ni rumbo. Lunes bostezado, adormilado. Dormí desde temprano, profundamente, como muerta, sin carne ni alma, completamente pétrea e inerte.

Martes despierto, abierto, despejado, lúcido. Martes de iluminación. Tic-tac el reloj. El tiempo no para de correr... Por la mañana fue la plática con las señoras de Oportunidades de Cacaos. Se aprovechó la reunión para presentar a una maestra de un programa de alfabetización para adultos traída desde Cuba por un acuerdo hecho entre Granier, el gobernador de Tabasco, y Castro. Mis señoras, como todo buen mexicano enraizado en su idiosincrasia, estuvieron apáticas por escepticismo. ¿Por qué este programa sería diferente a los otros que ya han venido, encabezados por gente desidiosa que termina regalando un certificado a quien continúa sin saber leer lo que éste tiene escrito? ¿Por qué confiar esta vez? Ya han sido estafadas tantas veces que no les queda ni un poquito de fe para esta maestra que les habla de un posible futuro diferente donde no van a tener que preguntar para subirse a la *guagua*<sup>20</sup>, sino que ellas mismas van a poder leer pa' dónde van, un futuro en el que van a poder leer el nombre del medicamento que les prescribo, donde van a poder informarse de lo que pasa en su país leyendo el periódico y, quizás un día, hasta leer un libro. Nadie se quería inscribir al curso; se justificaban diciendo que no tenían tiempo para esas cosas, que ya no estaban en edad para aprender nada y, de nuevo, que cómo y por qué debían creerle a esta maestra. Después de que les

<sup>20</sup> En Cuba: autobús.

eché un choro mareador, la abuela Charo, de 71 años, se inscribió; después de ella se formaron muchas otras, empezando por las más viejas y terminando con las más jóvenes.

El miércoles, como todo miércoles en Puerto Rico, tuve muy poca consulta y mucha plática con Lucy. Alguna vez ya había oído hablar de los embarazos psicológicos en mujeres que creen estar encintas, pero no lo están. La primera vez que Lucy me comentó que ése era el problema de la Chabela, la señora que le ayuda con el quehacer doméstico, pensé que era mitad verdad y mitad leyenda, como la historia de la niña con patas de *pochitoque*. Pero fue tanta su insistencia que hace una semana me llevó a su casa para revisar a la Chabela. Ella, en efecto, está convencida de que está embarazada, tanto que hasta le ha crecido la panza y siente los movimientos del bebé. Después de una revisión meticulosa comprobé que la panza era pura gordura y que no tenía ningún signo de presunción de embarazo, aunque todos los síntomas estaban presentes. Por complacerla, le hice una solicitud de laboratorios para una prueba de sangre y le pedí, a cambio, su palabra para que si ésta resultaba negativa visitara al psiquiatra. El miércoles Lucy llegó con el resultado de laboratorio: la Chabela no está embarazada. Sin embargo, una partera ya le aseguró lo contrario y un espiritista le dijo que su bebé “no se deja ver” porque tiene una virtud divina. Así que la Chabela no cumplirá con su palabra y seguirá comiendo el doble para alimentarse a ella y al bebé. Lucy y yo hemos optado por reírnos de la situación. Jessy, la hija puberta de Lucy, ahora le tiene miedo a la Chabela porque está loca, y Giovanni, su hijo de cinco años, dice que la loca soy yo por decir que no está embarazada, ¿qué no he visto que le ha crecido la panza?

El jueves en El Dorado di consulta a los pacientes citados: diabéticos, hipertensos y niños desnutridos. Desayunamos pollo *sancochao* de excelente sazón. De postre nos apetecía algo fresco, dulce y jugoso. Lucy se asomó por la ventana y

comprobó que la *mata* de naranjas estaba cargada. Nos fuimos al jardín trasero del Centro de Salud a cosechar naranjas. Ya que yo había arrancado, de acuerdo a la elección de Lucy y un par de pacientes, todas las naranjas que estaban a mi alcance, me dispuse a subirme al árbol –cosa muy sencilla por la disposición de las ramas y su baja estatura– para cosechar más. Me jalé los pantalones hacia arriba y justo antes de hacer mi primer movimiento Lucy gritó:

–¡Ni se le ocurra treparse a la *mata, doc!* Anda tú, llámale al Chelito pa' que nos baje las naranjas.

–Ay, Lucy, pero no pasa nada. Por aquí está bien fácil subirse.

–No, si el problema no es que se trepe. Para eso, me trepo yo. Lo que pasa es que sólo los hombres pueden treparse. Si lo hace una mujer, se agusana la fruta y se muere la *mata*...

Viernes súbito, repentino, adelantado. Viernes hormigueante. Tic-tac el reloj. Otra semana más que transcurre. Empiezo a sentir que se me acaba el tiempo. Tengo que empezar a afinar los detalles pendientes para que no se me junte todo el trabajo que debo entregar en enero para que me den mi Carta de Liberación del Servicio Social. Empiezo a planear todo: actualizar los croquis de mis tres comunidades, programar el censo de la población de las mismas, subir mis porcentajes de metas, recopilar la información para hacer el diagnóstico de salud, etcétera. ¿No será demasiado precipitado preocuparme por todo esto? Todavía faltan cuatro meses, o, mejor dicho, sólo faltan cuatro meses. Presionada por estas ideas, trabajé intensamente todo el día acomodando el medicamento que me trajeron en la tarde, los expedientes pendientes y la actualización de tarjeteros. Al terminar me sentí muy feliz y pensé en aquel señor que me dijo en mayo que cuando terminara el Servicio Social no me iba a querer ir: probablemente tendrá razón.

Sábado solitario. Sábado de soledad ensimismada. Sábado egocéntrico. Sábado regalo De: Mí / Para: Mí. Alma se fue de vacaciones el lunes. La verdad es que hemos creado una buena amistad, nos vemos todos los fines de semana y nos encanta comer acompañadas haciendo sobremesas eternas...

Domingo. Domingo de paz y calma. Domingo onírico. Como hace mucho tiempo no sucedía, me desperté sin alarma. Había soñado con una lluvia de estrellas fugaces diurnas que terminó por convertirse en una lluvia de meteoritos que destruían el Palacio de Gobernación, el puente de La Esmeralda del Sureste —y la estatua del capitán Chirica cobró vida y corría buscando un refugio—, el Parque de La Venta, la catedral... como si fueran ataques terroristas dirigidos a las principales estructuras de Villahermosa. Veía la lluvia de meteoritos sin correr peligro alguno, inmune a los ataques. Un señor que pasó a mi lado me dijo “Ya se te está acabando Tabasco y ahora ¿qué vas a hacer?”, y me desperté.

### RESEÑA 33

14 de octubre de 2007

...Esta semana empezó a llover desde la madrugada del lunes. El cielo azulado se transformó en una capa densa gris oscuro que hacía que la luz eléctrica fuera imprescindible durante el día. Llovía y llovía. Escampaba por dos minutos y después regresaba la lluvia para seguir lloviendo y lloviendo. También hacía frío. Durante toda la semana vestí pantalones largos y dos tardes vagué, usando una sudadera, por mi masía vacía de pacientes. Dominaba, sobre todas las cosas, un olor dulce de tierra mojada...

En la cocina creció un nido de hormigas rojas, gigantes y mordelonas. Ahí se establecieron después de que la lluvia las obligara a abandonar su nido natural y silvestre. El miércoles Ángela y yo hicimos una mascare de invertebrados en la cocina inundada de mi masía...

El Dorado con lluvia se convierte en un lugar afligido y encharcado. Los ojos vivarachos se tuercen con una mueca de tristeza, las señoras dejan sus atuendos de coquetería desenfrenada y los niños ven llover desde las ventanas. La lluvia torrencial tampoco cesó el jueves. Gota a gota se iba deslavando el suelo y los charcos iban creciendo hasta formar pequeños lagos. El viernes Lucy me acompañó a Jalapa para encargarse de las vacunas, no fuera a ser que con tanta lluvia nos quedáramos sin luz, el refrigerador dejara de enfriar y se echaran a perder. En la carretera pudimos ver cómo varios poblados se habían inundado con aguas cafesosas. Algunos de ellos, cercanos a la carretera, estaban incomunicados por los estancamientos. Mis pacientes que viven en *El Puente*, a orillas del río de La Sierra, sólo podían salir de sus casas en *cayucos*<sup>21</sup> para llegar hasta la carretera. En Jalapa mis jefes me informaron que el municipio *se fue al agua*, y que debía quedarme todo el fin de semana en mi masía porque los médicos debían estar disponibles: “estamos en desastre natural”. Por suerte Nany, mi mejor amiga desde la infancia, vino a visitarme de sorpresa. Encerradas en mi masía, nos pusimos al corriente en chismes y novedades...

<sup>21</sup> Embarcación parecida a una canoa, pero más pequeña y estrecha, que originalmente se construía al vaciar el tronco de un árbol, normalmente una ceiba; actualmente puede ser de fibra de vidrio; se gobierna y mueve con remos.

## RESEÑA 34

21 de octubre de 2007

La Tercera Semana Nacional de Salud se inauguró en Cacaos con un desfile. Los niños de la primaria del pueblo hicieron cartelones sobre vacunación, enfermedades en menores de cinco años y alimentación. Iban todos vestiditos de blanco, los dirigía el maestro de Educación Física y todos gritaban a coro: “¡Tercera Semana Nacional de Salud!”, “¡Hay que vacunarse!”, “¡Acude al Centro de Salud!”, “¡Cuidado con la deshidratación!”. Dimos la vuelta por el poblado y terminamos reunidos en el kiosco del parque donde les di una pequeña plástica de los temas que ellos ya habían trabajado.

Las tareas laborales de esta semana fueron muy diferentes a las acostumbradas. Fuimos al kinder y a la primaria para desparasitar a los niños, vacunamos adolescentes y adultos, y comenzamos las detecciones de alteraciones visuales, auditivas, nutricionales y posturales de los escolares. Casi no tenía consultas, si acaso alguna de esas “urgencias” de una semana de evolución. Mientras tanto, las comunidades afectadas se desinundaban. Aún hay dos poblados moderadamente afectados, pero el resto de Jalapa vuelve a estar habitable.

La mezcla de trabajo variado y el reestablecimiento de la normalidad del clima naturalmente caluroso de Tabasco me tenían muy motivada y sonriente, como si dicha mezcla fuera el clímax pasivo de la semana. Pero no, todo lo antes aventurado en mi Servicio Social se devaluó drásticamente el miércoles.

A don Chui lo conocen como *El Pinto* porque su piel está manchada y en total es de tres colores: su moreno original, el blanco desteñido y el rosa pálido de las zonas que fueron blancas pero se exponen diario al sol. *El Pinto* trabaja con aguas negras en Villahermosa y vive en la región pavimentada de Cacaos. Tiene setenta y un años y un amigo que se llama Carlos.

Éste es un hombre cuarentón y permanentemente contento; sin ofensas, me llama “mamita” o sencillamente “Marcia”.

—¡Mamita!, a don Chui, *El Pinto*, lo mordió un lagarto. ¿Se lo traigo?

—¡Ay, no! —contesté asustadísima.

—Mire, ya está aquí.

Entró *El Pinto* a la clínica con la mano derecha cubierta por un trapo empapado de sangre y goteando el suelo. Ese día Lucy se había ido temprano, y Lulú, la dentista, estaba durmiendo en su consultorio. Eran las dos de la tarde. *El Pinto* venía mareado, tambaleándose un poco al andar. Carlos lo guió hasta el cuarto donde hacemos las curaciones. El miedo se me había esfumado. Estaba ahora invadida de adrenalina y mi cuerpo respondía independientemente de mi voluntad, como si hubiera sido poseída por un duende instintivo. Al descubrirle la mano, entre tantas heridas localicé dos arterias pequeñas que escupían ese líquido rojo medio coagulado en chorros rítmicos y sincronizados con el corazón de *El Pinto*. No llegaría ni a Villahermosa ni a Jalapa: tenía que arreglarlo yo. Primero la hemostasia digital —una pregunta común en los exámenes de cirugía—; después anudar los vasos con sutura. Ya no sangraba profusamente y sus signos vitales estaban estables. No había datos de choque hipovolémico. Lulú se había despertado para ser mi instrumentista. Lo lavé muy bien para poder distinguir a qué correspondía cada pellejo colgante camuflado por coágulos de sangre violáceos. No había ningún tendón roto: la movilidad de la mano estaba conservada.

Mientras realizaba automáticamente la exploración e iniciaba la curación, don Chui me contó de dónde había salido el lagarto. Hace un año y medio encontró junto al río un cocodrilo *tiernito*<sup>22</sup>, lo tomó, lo llevó a su casa y lo encerró en el baño.

<sup>22</sup> Si se refiere al tiempo: reciente; a un fruto: verde; a la edad: niño o joven; a la consistencia: blando. En este caso se refiere a un cocodrilo bebé.

El cocodrilo fue creciendo y ahora mide un metro y medio de largo. Don Chui abre la puerta del baño tres veces al día y desde ahí le arroja la comida. El cocodrilo *tiernito* es ahora una bestia enjaulada. El miércoles, cuando abrió la puerta, el reptil se le fue encima y le prensó la mano.

Dos horas después de que *El Pinto* hubiera llegado a la clínica —a las 4:10 pm—, los pellejos colgantes y sangrantes tenían de nuevo la estructura de una mano. Era la mano de Frankenstein, con más de cincuenta puntos visibles, pero una mano al fin y al cabo... Cuando se fueron, me quedé agotada en mi masía, con la invitación a una comida aún pendiente de lagarto asado y con un billete de cien pesos sobre mi escritorio. También me quedé con esta historia de literatura absolutamente latinoamericana.

El fin de semana fui a Comalcalco, a la masía de Alma. Para festejar su cumpleaños, su vecina nos preparó una deliciosa barbacoa envuelta en hojas de plátano. Alma y yo somos amigas en toda la extensión de la palabra. No basta con quererla mucho, con haberla extrañado en sus vacaciones y con sentirme gratamente acompañada por ella los fines de semana. Tiene, además, una parte artística que se complementa muchísimo con mi vena literaria...

Hoy es domingo: el final de la semana estadística 42 del 2007, la reseña 34 de Cacaos, el prelude de las tres cuartas partes del Servicio Social completadas, el surgimiento de la melancolía de un final anticipado. Aún no estoy lista para que se acabe el Servicio Social.

## RESEÑA 35

28 de octubre de 2007

Entró un frente frío, realmente frío porque no me quité la sudadera en todo el día; llovía con vientos fortísimos que volvían a azotar todos los techos de lámina de Cacaos. Era 23 de octubre, Día del Médico. Lulú fue la primera en felicitar me. Lucy llegó hasta medio día porque antes había ido a Jalapa a entregar el reporte de la Tercera Semana Nacional de Salud. Llegó empapada. Le presté una toalla y no aceptó una playera seca. Después de secarse, se acercó a mí, me tocó suavemente el hombro y me dijo:

—¡Felicidades! Como es el Día del Médico, le compré un regalito. Espero que le guste.

—Muchas gracias, Lucy. ¡Me encantan los regalitos!

Adentro de una bolsa beige había una blusa de tirantitos color hueso, con el escote de encaje rosa decorado con piedritas café oscuro...

También se acerca el Día de Muertos, y en El Dorado todos recuerdan la última Navidad porque el 23 de diciembre del año pasado murieron Santiago y Encarnita. Santiago era el hermano menor de Diana, mi paciente más cumplida del programa de Planificación Familiar, la única de las niñas de preparatoria que se ha acercado a mí para pedirme consejo y seguramente no la única que tiene una vida sexual activa. Santiago murió de leucemia a los nueve años, después de haber intentado todos los tratamientos posibles. Encarnita era la abuela de Noris. Al querer alcanzar la estrella que estaba hasta arriba del árbol de Navidad para enderezarla, se cayó y se golpeó la cabeza. Horas después murió por una hemorragia intracraneana.

—Como tenía *teoporusis* se quebró el cráneo, y la sangre se le fue pal' cerebro. Al principio estaba como si nada, pero

después ya no podía hablar, empezó con *arrojadera*<sup>23</sup> y terminó con *compulsiones*. Cuando llegaron a Villa ya estaba muerta. ¿Y va a creer, doctora, que los médicos de allá le querían hacer la *topsiá*? ¿Cómo se les ocurre querer abrir a un muerto en plena Navidad?

Asimismo, resulta imposible que no recuerden al finado Porfirio, el hermano menor de Noris que murió en mayo de este año. Recuerdo que el jueves siguiente a su muerte, cuando llegamos Lucy y yo a El Dorado, vi la carpa afuera de casa de Noris, que vive enfrente del Centro de Salud, y pregunté:

—¿Cuándo es la fiesta?

—¿Cuál fiesta, doctora?

—La de Noris ... o... ¿por qué pusieron la carpa?

—No, no hay fiesta. Se chocó su hermano Porfirio, se le estallaron las vísceras y se murió. La carpa es para el velorio y los rezos.

Estábamos algunas pacientes, Lucy y yo platicando estas cosas cuando vimos salir a Noris de su casa con dos tazas humeantes de dulce de pinole con leche para nosotras. Enmudecimos pues ninguna quería molestarla con las memorias tristes que ya la acosarían incansablemente el Día de Muertos.

—¡*Jíjole*, manita! —interrumpió el silencio Guadalupe—. A ver si no te roban esos calzones tan bonitos que tienes colgados secándose al sol.

—¿Quién se va a robar unos calzones? —pregunté muy divertida por el comentario absurdo.

—¿Pues quién va a ser? ¡El *maldecido* roba-calzones! —repuso Noris igual de divertida—. Hace un tiempo que nos roba los calzones ese *hijo de la chingada*...

—¿Será? —dijo Lucy sorprendida.

<sup>23</sup> Arrojadera: vómito; salidera: diarrea.

–Sí, se cuele entre los bambúes y en cuanto menos lo esperamos, nuestros calzones ya no están colgados en la lía.

–Una vez, me contó Luisa, que hasta se metió a su casa para robárselos. Como ella sale a trabajar, dejó los calzones tendidos en un lazo que puso entre la cocina y el cuarto, ya ven que está así de cerquita.

–Se roba hasta los de Dominga, la viejita que vive por el arroyo.

–¡*Pinche* niño pervertido!

–¿Pero saben quién es? –pregunté impresionada.

–Sí –bajó mucho la voz Noris–, es el hijo de Xeba.

–Dicen que Xeba lo encontró el otro día en la hamaca, degollándose la culebra con los calzones de Petra en las narices –confesó Noris–. Ella se hace *pendeja*, como si no supiera nada. ¡*Pinche zorra!* Yo la vi el día que salió a quemar todos nuestros calzones al asador que tiene allá atrás.

Todas nos reíamos: a mayor cantidad de señales y frases vulgares, más risa.

–Nuestros calzones fueron a dar hasta la secundaria de Cacaos. El *xoto*<sup>24</sup> pervertido se los llevó para enseñárselos a sus amigos.

–La *cabrona* de mi comadre Noris ya hasta quería ponerle luz a la lía para agarrarlo electrocutado cuando se acercara por sus tangas. ¿O no, manita?

–Sí, pa' llevarlo al reclusorio. A ver allá con qué se hace las *puñetas* –hizo más gestos impúdicos Noris.

–Socorro está rete-ofendida porque a ella no le roba los calzones, y el otro día su esposo estaba *bolo*<sup>25</sup> y le dijo: “¿Cómo quieres que alguien se robe esos calzones si parecen mantarrayas?”...

<sup>24</sup>“Joto”, homosexual; pronunciar *shoto*. También se utiliza como insulto, sin referencia a la orientación sexual del insultado.

<sup>25</sup> Borracho.

Al día siguiente, estaba llenando formatos de la Secretaría de Salud y Lucy miraba pasar a los niños de secundaria que iban saliendo rumbo a sus casas, cuando de repente me gritó:

–¡*Doc*, venga! Ese es el chamaco de Xeba: el roba-calzones.

–¿Cuál, Lucy? ¿Cuál? –dije al haber llegado corriendo a la puerta.

–El *chelo*<sup>26</sup> que va de la mano de esa niña.

–¿En serio? Pero si tiene cara de niño bueno...

Terminó la semana sin que el clima se compusiera. A veces se soleaba un poco en la mañana, pero el frío no se iba y la lluvia volvía pasados sólo unos minutos desde que escampara por última vez...

## RESEÑA 36

4 de noviembre de 2007

Todo empezó el lunes, al menos para mí. Cuando salí a las 8:00 am de mi masía con destino a Jalapa para entregar la papelería de octubre, noté que todo estaba cambiado. La carretera que lleva a la cabecera municipal estaba rodeada de paisajes irreconocibles: había agua por todos lados y la mayoría de los poblados que bordean el camino estaban inundados. Al entregar la documentación en la Jurisdicción Sanitaria 09 me informaron que varias comunidades se habían *ido al agua* y que de nuevo estábamos en desastre natural.

De regreso en Cacaos me encerré en mi cuarto porque afuera llovía desde el día anterior. Calenté en la parilla eléctrica algo para comer y, justo cuando me disponía a lavar los platos a jicarazos –porque desde que entró el frente frío

<sup>26</sup> Rubio, güero.



Toto y yo

la semana pasada la lluvia descompuso la bomba de agua—, Toto, el mpss de Astapa, un poblado muy cercano al mío, llegó entre la tormenta:

—¡Astapa está bajo el agua!

—Sí, lo vi hoy que pasé rumbo a Jalapa.

—Mi clínica se fue al agua. Me fueron a sacar en *cayuco* la doctora Soledad y compañía. Me dijeron que me viniera contigo porque Cacaos nunca se inunda.

—Pues bueno, bienvenido. Si quieres vaciamos el cuarto de hospitalización para que te quedes ahí.

Me platicó cómo habían estado las cosas y que pronosticaban una inundación monstruosa “como la del 99”. Después de un rato, Toto decidió irse a Villahermosa con unos familiares. Estaba algo alarmado y me contagió sus impresiones fatalistas de la situación por lo que en la noche me dispuse a ver las noticias. Al prender la tele sintonicé TV-Tabasco y el pronóstico era alarmante: todos los que se inundaron en el 99 tenían riesgo de volver a inundarse y debían desalojar sus casas de inmediato; el agua entraría en la madrugada. Salí a la calle a

## *Cacaos*

las 11:00 pm en busca de información. Encontré a Germán, el delegado de Cacaos, quien me tranquilizó porque, con base en su experiencia, Cacaos no se iba a ir al agua, mucho menos la clínica porque está en la parte más alta del pueblo. Me quedé platicando con él y otras personas hasta la media noche.

A esa hora la gente empezó a salir de sus casas. El agua estaba metiéndose dentro de ellas. El patio del maestro Manuel ya estaba inundado, el agua le cubría hasta los tobillos; los hijos de doña Clara ya estaban sacando las computadoras del *cyber* a la calle. Una paciente me prestó unas botas de hule, y Germán me pidió que lo acompañara a valorar la situación del pueblo. Cacaos se estaba inundando y los primeros en afectarse serían los que viven en El Fraccionamiento, la parte trasera del poblado que es de terracería. Allí nos fuimos. El agua estaba cerca de superar la altura de las botas de bombero, y dentro de ella se veían camarones nadando. Llegando



*Madrugada del 30 de octubre, el agua en el patio delantero de mi masía ya sobrepasaba la altura de mis talones*



*Mañana del 31 de octubre, una de las calles de Cacaos*

casi al final de Cacaos nos encontramos a Cristina fuera de su casa con el machete en la mano.

—¡Cuidado! Ahí hay una *mococha*.

—¿Una qué?

—Una culebra.

Salió del agua, enfrente de nosotros, una boa de dos metros, y Germán la degolló al instante con el machete. A partir de ahí me negué a adentrarme más en El Fraccionamiento. Germán desalojó a la poca gente que no fue renuente para abandonar sus casas y juntos improvisamos un albergue en el salón de fiestas del poblado.

La gente se sorprendía al verme caminar por las calles inundadas, echándole la mano a quien lo necesitara. Ayudé a alzar cosas de las casas para que no les llegara el agua, a sacar

*Cacaos*



*Mañana del 31 de octubre, en la entrada de mi masía*



*Mañana del 31 de octubre, barda de la clínica*

a los cerdos, pollos y pavos de los corrales, a colocar sacos de arena bordeando algunas puertas. A las 3:00 am decidí que necesitaba un descanso. Al regresar a mi masía noté que sólo faltaban diez centímetros para que se metiera el agua. Me fumé un cigarro intentando procesar toda la información capturada por mis ojos y trabajada por mis manos en las últimas horas, pero el tiempo que dura un cigarro fue insuficiente. Empecé a levantar todas las cosas de la clínica cuando llegaron algunos pacientes para ayudarme. A las 4:00 am del martes empecé a alzar, sola, mis pertenencias: los zapatos, las cosas del estante de abajo de mi despensa, el primer cajón de mi ropero, los libros. A las 5:00 am ya tenía todo a cuarenta centímetros por arriba del piso. Me recosté en la cama para intentar descansar/asimilar un poco. A la media hora me levantó la abuela Tula, preguntando cómo estaba y si necesitaba ayuda. Volví a recostarme un rato hasta que el despertador me levantó a las 7:00 am. Me di un baño a jicarazos y salí con el amanecer para ver cómo habían empeorado las cosas: el agua estaba a un centímetro de entrar a mi masía.

La carretera que parte a Cacaos en dos ya estaba bajo el agua, y a partir de ella se desencadenaban ríos de fuertes corrientes hacia el fondo del pueblo. Estas aguas provenientes del río de La Sierra chocaban con las que venían de la laguna de atrás de El Fraccionamiento: Cacaos era el punto de encuentro de ambas corrientes. El agua del patio del maestro Manuel ya se derramaba sobre la calle; en el *cyber* de doña Clara el agua ya le llegaba a la gente hasta la cintura; muchas más casas ya estaban afectadas; ya había tres albergues más. Me empapé ayudando a mis pacientes.

A las 9:00 am del martes llegaron por mí un par de doctores de Jalapa y me obligaron a salir de Cacaos. Hice una maleta con ropa para una semana y me despedí cuando el agua ya había empezado a entrar a la clínica; de la regadera empezaban a emerger las aguas negras. Me albergaron en un

cuarto para pacientes en el Hospital de Jalapa. Era entonces una de los 100 000 damnificados de Tabasco. En el hospital se organizó una brigada para Cacaos; yo me quedé en la cabecera municipal. A las 4:00 pm ya éramos 196 000 damnificados, y la brigada enviada a Cacaos ya había elevado mis cosas a un metro de altura. En la noche éramos 200 000 damnificados. Caí profundamente dormida: estaba muy cansada.

El miércoles me desperté temprano para encabezar la brigada de Cacaos. Cuando llegamos, todo estaba mucho peor: la mitad posterior del pueblo ya había desaparecido; el agua cubría la parte de cemento de la barda de la clínica. Me metí dentro del agua para sacar todos los medicamentos para tener con qué tratar a mis pacientes, y también entré a mi cuarto para subir más las cosas. Adentro de mi masía el agua me llegaba hasta los muslos, las patas del escritorio del consultorio no se veían y el refrigerador de mi cuarto flotaba en su lugar. Me cayó toda la impotencia encima y lloré por el resto del día. Sollozaba parada en mi cuarto viendo todo perdido, como una más de los 300 000 damnificados. No podía dejar de llorar...

Al llegar a la parte seca de Cacaos, empecé a buscar con desesperación a Ángela; su casa era una de las desaparecidas. Desde la noche anterior no había podido dejar de pensar en Vicky. Las vi a lo lejos, a la entrada de la casa seca de doña Trini. Corrí con más fuerza que nunca hacia ellas. En cuanto Vicky me vio, empezó a correr también hacia mí. La levanté en brazos, la abracé con el abrazo más intenso de toda mi vida y me la devoré a besos. Ángela nos veía de lejos y tampoco podía dejar de llorar. Con Vicky en brazos seguí caminando hasta que pude abrazar a Ángela. No nos soltamos las tres hasta mucho tiempo después. Lloré con doña Trini y Quintín, con Lupita, María del Carmen, Bartolo, Miguel... con todos.

Después de un rato, conseguí tranquilizarme y di más de cincuenta consultas en cuatro horas. En la tarde, las autoridades

sanitarias de Jalapa me llevaron de regreso a mi albergue. Me bañé por segunda vez en el día y volví a llorar. Más tarde me senté frente a la computadora para buscar el consuelo de mi mamá a través del *chat*. Estaba físicamente bien, pero emocionalmente deshecha. Mi Macondo desaparecía bajo las aguas, mientras que ya, para entonces, éramos 500 000 los damnificados. Si pudiera devolverles a mis pacientes lo que habían perdido, aunque fuera sólo un poco...

El jueves en la mañana me llamó al celular Nany, mi mejor amiga: proponía hacer un centro de acopio especial para mis pacientes y había conseguido el patrocinio de Procter & Gamble, la empresa donde ella trabaja. Muy motivada por esa idea, regresé a ver cómo andaba la situación en Cacaos. Cuando llegué, el presidente Toño y su esposa Cindy, con quienes al principio del Servicio Social fui a la elección de la reina del carnaval de Jalapa, estaban repartiendo despensas. Me pidieron que los acompañara a ver a la gente que vivía a orillas del río de La Sierra, en *El Puente*. Estaban alojados en



*1 de noviembre, el río de La Sierra desbordándose*

*Cacaos*



*1 de noviembre, arriba: dando consulta en el albergue montado en la primaria de Cacaos; abajo: primeras despensas que llegaron a Cacaos*

una chocita de lámina que improvisaron al pie de la carretera: en dos metros cuadrados hay quince familias que se niegan a trasladarse a otro albergue; ahí hay tres embarazadas, una de altísimo riesgo, pero sus esposos no les dan permiso de salirse hacia otro lugar más seguro.

Ese mismo día, llegó el Ejército y los soldados fueron hasta El Dorado en lanchas. Esta otra comunidad a mi cargo desapareció completamente bajo el agua; sus habitantes se concentraron y dividieron en el kiosco del parque y en un rancho cercano; todo lo demás está desaparecido. Villahermosa también está inundada. En Gaviotas, una de las colonias más pobres, aledaña al río Grijalva, había edificios de tres pisos que ya se habían perdido debajo del agua. Quienes tenían *cayucos* cobraban mil pesos por persona rescatada; de no tener el dinero, ahí los abandonaban. Las cosas seguían evolucionando para empeorar, y la catástrofe ya había superado por mucho a la del 99.

En la tarde, desde Jalapa, pusimos en marcha el centro de acopio especial para Cacaos en mi casa del Distrito Federal. Quizás, si recibiéramos el apoyo esperado, podría devolverle a mis pacientes un poco de lo que perdieron. Esa noche dormí muy entusiasmada por lo que mi gente defeña hacía por mi gente tabasqueña: era la fusión de dos mundos, de mis dos realidades antagónicas...

El viernes amaneció soleado y ya no llovió en todo el día. La creciente de Jalapa bajó en la noche. En algunos poblados como Jahuacapa bajó completamente, en otros como Cacaos y Astapa bajó veinte centímetros, pero en algunos otros permaneció igual. Hubo caminos que volvieron a ser viables y pudieron rescatar a varios médicos que habían quedado incomunicados por la inundación. Muchas personas del equipo de trabajo de la Secretaría de Salud no habían podido llegar a Jalapa desde el martes; éramos tan sólo quince personas atendiendo a todos los damnificados del municipio.



*2 de noviembre, con niños en el albergue*

A partir del viernes, empezaron a brotar las enfermedades: infecciones respiratorias, diarreas y micosis de todo tipo. La gente me recibía en Cacaos con gusto y me ofrecían comida como si les sobrara... Para ese momento ya eran evidentes las carencias: faltaba agua para beber, comida y ropa. Llegaron bolsas llenas de víveres y todos se abalanzaron sobre ellas. Volví a llorar.

Villahermosa, en cambio, seguía en creciente. La ciudad que conocí ya no existe, como en mi sueño de las estrellas fugaces diurnas convertidas en meteoritos que la destruían. Se perdieron las líneas telefónicas, la señal de internet y el servicio de celulares. Ese día no me pude comunicar al DF con mi familia; no pude saber cómo iba el acopio para Cacaos. El cansancio ya era muy notorio. Sentía todos los días de la semana cayéndome encima cuando logré conciliar el sueño siendo una de los 1 150 000 damnificados de Tabasco.

Para el inicio del sábado ya estábamos mucho mejor organizados: todos conocíamos las obligaciones y los horarios

de nuestros trabajos, y éstos se desenvolvían naturalmente. En el camino de Jalapa a Cacaos pude observar que la creciente había bajado mucho más; Astapa amaneció seco cuando el viernes todavía tenía agua que cubría hasta el pecho de sus habitantes, pero Cacaos seguía inundado. Di alrededor de veinticinco consultas y pude entrar a mi masía. Por dentro estaba seca, aunque por fuera aún había agua estancada. Todo olía a mierda encerrada, pero no se había perdido nada. Los medicamentos, los expedientes, el glucómetro, los tarjeteros, mi cama, mis utensilios de cocina, mi ropa, mi tele: nada se había llevado el agua. En mi regadera permanecían cinco centímetros de agua y tres pequeños peces nadaban en ella. Mis pacientes empezaban a estar más tranquilos, pero también empezaban a cuantificar las pérdidas. Milagrosamente mi celular tuvo señal por dos minutos y logré hablar con mi mamá: el centro de acopio estaba funcionando, pero no tenía el éxito esperado.

Ahora sí, el cansancio era prácticamente insuperable. Empezaba a preguntarme hasta cuándo desaparecería esta pesadilla. Dicen que en la catástrofe del 99 todo volvió a la normalidad hasta tres meses después. Probablemente me iré de Tabasco antes de verlo recuperado... Mis jefes me ofrecen trabajo, me proponen que me quede al menos hasta que todo esto haya pasado. Yo no quiero... mi ciclo en Tabasco tenía un principio y un final predeterminados, pero ¿podré abandonar a mi gente antes de verla como la conocí? No lo creo...

Hoy, domingo, también trabajamos. No sé hasta cuándo trabajaremos sin descanso... Cacaos amaneció seco en su mayoría, tanto que el camino a El Dorado ya era accesible. Entramos en una camioneta alta y el agua, acelerada por la corriente, llegaba hasta el inicio de las puertas. Adentro de la comunidad di alrededor de treinta consultas para quienes pudieron salir de sus refugios. Reconocí a mi gente demacrada y me alegré mucho al verlos. El celular tuvo servicio y

## Cacaos

pude comunicarme de nuevo con mi mamá. Regresé a Cacaos para dar consulta ahí.

Vicky tenía la carita cambiada: ni siquiera sonrió al verme. La tuve entre mis brazos un buen rato y finalmente me dijo:

–Mi papá no durmió ayer con nosotros: se fue a tomar *caguama* con esos señores.

No supe qué contestarle y me preocupaba que fuera tan evidente su depresión a los cinco años de edad.

–¿Y ya desayunaste, Vikinga?

–Sólo café y galletas. Mi mamá no hizo desayuno y no sé si vamos a comer...

La abracé, la arrullé por largos minutos en mis brazos y le compré un chocolate. Cuando regresé con Ángela para devolverle a la niña de mis ojos, le ofrecí que fuéramos a la clínica para ver qué le era de utilidad. Se llevó el ventilador de la cocina, un litro de aceite, las especias, sal, azúcar, café,



4 de noviembre, camino a El Dorado

Marcia Villanueva Lozano

chocolate en polvo, un kilo de arroz, puré de tomate enlatado, la licuadora y la parrilla eléctrica. Después fui a la tienda y prácticamente vacié mi cartera para hacerles una pequeña despensa. Ángela lo agradeció con un brillo lagrimoso en los ojos y me invitó unas deliciosas tortitas de yuca.

Más tarde volví a entrar a mi masía con el teniente Carreño y su escuadrón. Germán les había pedido que limpiaran a conciencia la clínica para garantizarme higiene y seguridad por ausencia de reptiles escurridizos. Fue entonces cuando descubrí los tres cadáveres de los pececitos en mi regadera. Armé a todos los soldados con trapeadores, escobas, cloro y limpiador líquido. Volví a Jalapa antes de ver limpia mi masía.

Ahora estoy en la lavandería del Hospital de Jalapa, esperando a que salga la primera tanda de la secadora y la segunda de la lavadora. Pienso que lo que viví esta semana es muy diferente a todo lo que antes viví o imaginé vivir.



*5 de noviembre, en cayuco, rumbo al rancho donde se refugiaron los habitantes de El Dorado*

## RESEÑA 37

11 de noviembre de 2007

El lunes de nuevo fui comisionada a Cacaos. Cuando llegamos estaba seco y la gente cargaba sus escasas pertenencias recuperadas de regreso a sus casas. Todos limpiaban el lodo que quedó como testigo de la creciente. También lavaban la ropa salvable, desinfectaban los platos y los utensilios de cocina. El sol brillaba en su apogeo evadiendo el desánimo y la tristeza. Preferí seguir hasta El Dorado, donde la situación aún era crítica.

La enfermera que fue enviada conmigo se quedó en tierra firme dando consultas como si fuera médico. Lucy no había podido llegar desde la semana pasada porque estaba *dentro del agua*. Yo me fui en *cayuco* a ver a la gente que estaba aislada en un rancho cercano. Había muchos conflictos entre ellos por la escasez de comida y ropa. Casi ninguno puso atención a mi llegada pues estaban inmersos en la entropía de sus peleas, empujones y mentadas de madre. Tuve que perseguirlos uno a uno para valorar su salud porque era evidente que ésta estaba relegada a un segundo o tercer plano. Lo único que pudo calmar el desorden de gritos, llanto, robo y maltrato fue la llegada de un helicóptero, de donde bajaron un reportero y su achichinle. Fueron escuchas de la polémica interna de aquel albergue incomunicado y después el reportero se acercó a mí.

—¿Usted es la doctora?

—Sí.

—¡Ah, qué bien! ¿Y qué hace aquí? ¿Los cuida?

—No, los reviso y atiendo sus enfermedades.

—Ajá. ¿Y qué le parece si hacemos como que uno de los enfermos está muy grave y que usted lo está atendiendo, dándole primeros auxilios o así? ¡Para que salga en la tele!

Marcia Villanueva Lozano

Ante mi rotunda y agresiva negativa, el reportero se dio media vuelta para seguir filmando a la gente *pleitista*. Descargaron del helicóptero una docena de cajas vacías para simular que eran donaciones y mis pacientes posaron junto a ellas “¡para salir en la tele!”. Más tarde el reportero volvió a acercarse a mí.

–Bueno, doctora, ¿me concede una entrevista?

–Está bien.

–¿Cuál es su nombre completo?

–Marcia Villanueva Lozano.

–¿Qué hace usted aquí?



*5 de noviembre, reportero de Televisa  
junto a los habitantes de El Dorado*

–Soy médico pasante de Servicio Social de la UNAM y ésta es una de las comunidades que está a mi cargo. Estoy aquí para cubrir las necesidades de salubridad de mis pacientes.

–¿Y cuál es el conflicto aquí en la comunidad?

–El conflicto es que estas personas quedaron aisladas por el agua y no tienen comida, ropa ni agua para beber. Ése es el conflicto: que son damnificados. Así que, por favor, solicito apoyo para que les manden despensas.

–Nosotros acabamos de dejar una docena de despensas.

–No es cierto, ustedes bajaron cajas vacías para hacerle al cuento y se aprovechan de la ignorancia de la gente.

Con este último comentario terminó la entrevista y el reportero volvió con la gente, aparentemente insatisfecho con mis respuestas. Pocos minutos después bajó otro helicóptero. Éste era del Ejército y traía donativos reales. A lo lejos vi cómo el reportero despegaba con un señor de los albergados. En las noticias de la noche salió un reportaje de una comunidad llamada El Dorado donde las señoras se habían agarrado a golpes por la ropa y la comida, pero que el ambiente se había restaurado con su llegada y sus despensas. Al final se vieron las imágenes de cómo llevaron consigo a uno de los damnificados al helipuerto para llevarle más víveres a su familia. De la doctora no se dijo nada. Lamenté no haberle pedido el nombre al reportero para publicar lo sucedido con la emisora enemiga.

El martes me quedé en Cacaos con Lucy, quien ya había *salido del agua* y estaba animosa por trabajar. Fueron pocas sus pérdidas y, antes de que su casa también se inundara, la había abierto a la gente para que tuvieran un lugar seco donde dormir. Después, cuando ya estuvo *dentro del agua*, mató a sus pollos y pavos para alimentar a los que habían perdido todo. Hubo muy poco trabajo en el consultorio improvisado en la primaria –los encargados del mantenimiento fueron enviados desde Jalapa a Cacaos para dejarme la clínica lista

para volver ese día en la tarde—, así que Lucy y yo pudimos platicarnos todas las peripecias de nuestras aventuras.

—La verdad es que nosotras no nos podemos quejar, Lucy. No perdimos prácticamente nada... Hay quienes lo perdieron todo...

—Ya lo sé, *doc*. Por eso yo no digo nada.

Y es verdad: a la única persona que no he oído quejarse —y me incluyo— es a Lucy.

Después de haber comido y descansado un poco en Jalapa, en la tarde me llevaron de regreso a mi masía. No tuve un sentimiento reconfortante al entrar, sino todo lo contrario. Los de mantenimiento habían arruinado la limpieza meticulosa que habían hecho los del Ejército: todos los papeles estaban fuera de lugar, los muebles en espacios que no les correspondían, las huellas de lodo de sus botas impresas por todo el piso. A la media noche decidí dejar de limpiar y ordenar para dormir un poco.

El miércoles no fuimos a Puerto Rico porque no se inundó y Lucy y yo teníamos que terminar de ordenar la clínica. De Lulú, la dentista, sabemos poco: su casa fue pérdida total, está albergada en Villahermosa y quién sabe cuándo volverá a trabajar. Se nos fue la mañana en el quehacer post-catástrofe, mientras ideábamos conversaciones ajenas al tema omnipresente para distraernos un rato. Por la tarde dí consulta en el horario acostumbrado y, obviamente, sin el cobro correspondiente, pero hay pacientes que insisten y aprovechan mis descuidos para dejar diez o veinte pesos sobre el escritorio.

—Aunque sea para un refresco o unas tortillas. Usted también se tiene que cuidar, si no ¿quién nos va a curar a nosotros?

El jueves fuimos a El Dorado y Lucy se quedó muda al ver las condiciones en las quedó la gente. Recordó que Rubén, un amigo de Nany que vive en Villahermosa y también trabaja en Procter & Gamble y con quien Alma y yo nos hemos unido mucho en los últimos meses, me había regalado

hace un par de semanas una caja llena de toallas sanitarias de promoción y nos las llevamos para repartirlas. El Centro de Salud de El Dorado aún estaba sucio. Le pedí a los soldados que lo limpiaran y nosotras dimos más de treinta consultas en la calle, recargadas sobre el coche de Lucy, bajo un sol agresivo. Mientras tanto, algunos pacientes que trabajan en Villahermosa nos contaron que ahí aún permanecen muchas casas *dentro del agua*, que el tráfico en las calles es insoportable y que la cola para comprar víveres es interminable.

El viernes fue quizás mi primer día parecido a la normalidad: di consulta en mi masía, desayuné con Lucy, fui a cobrar la beca a Jalapa, volví a abrir la clínica por la tarde, estuve en el *cyber* en la noche temprana... Pero la normalidad ya no sabe a lo mismo, ahora tiene una sazón original y novedosa que no termina de gustarme. Ángela está muy deprimida, pero sigue trabajando sin descanso. He ayudado a su familia con todo lo que me han pedido —que es muy poco— y, sobre todo, con lo que veo que necesitan pero no lo piden. Algunas imágenes son engañosas y aparentan que nada ha pasado por aquí. Y es que la gente está animosa, no se tira al drama ni llora en proporción a lo acontecido. Pero hay que tener la mirada astuta, todos los sentidos despiertos y sólo así se descubre lo que se esconde debajo de la parte visible de un iceberg: Ángela está muy deprimida, igual que todos los demás, igual que —tal vez— yo misma.

Ese día en la noche, a través del *chat*, mi mamá me preguntó cómo estaban mis pacientes. “Bien” sería una palabra aceptable, pero sólo si va entrecomillada. Después preguntó cómo estaba yo:

Pues ahí voy. Siento que no me puedo (ni me quiero) quejar... No sé cómo estoy... Estoy trabajando en esto y no estoy detenida en pensar cómo estoy... A veces: muy triste... Veo a Ángela, a Vicky, la cara de Lucy en El Dorado... No sé... Pero

me armo de valor y me mantengo en pie para atender a mis pacientes; los alegro en la consulta; hago chistes con Lucy. Estoy poniendo todo de mí y eso me tiene tranquila. Pero me llega la impotencia... Digamos que estoy masticando muy bien la crudeza de las cosas para que no me cueste tanto trabajo tragarlas... Ya no lloro, por ejemplo.

La verdad es que he pasado hambre. Aunque tengas dinero no hay que comprar. La semana pasada, la comida de un día fue arroz con leche sin azúcar y chicharrón con salsa enlatada. Cuando llegué a Cacaos me dejaron una despensa para damnificados: sardinas en salsa de tomate, frijoles, avena, leche en polvo y galletas de animalitos, pero no prendía la estufa así que no pude cocinar o calentar nada. El viernes Lucy fue al súper a Villahermosa y me ofreció traerme comida. En la noche me dejó lo que me había comprado, incluso un paquete de diez cajetillas de Marlboro rojos “porque ya vi que está fumando Boots”. Su esposo me arregló la estufa y Lucy me dijo:

—Esto es todo lo que pude conseguir. No se crea, *doc*, en Soriana ya tampoco hay mucha comida...

¡Cómo necesitaba un abrazo! Sentía que toda mi valentía empezaba a quebrarse, por una esquina... una fisura discreta que si no se detenía terminaría por prolongarse hasta romper todo. ¡Me tenía que componer! pero dormir tampoco era buena opción. He tenido pesadillas repetitivas donde salvo a Vicky, pero sólo a ella. Recuerdo una en particular: la creciente no cede y empeora. Todos van a morir ahogados y la corriente es insoportable. Yo estoy en un helicóptero sobrevolando el kiosco de Cacaos. Ahí están todos. Todos mis pacientes. El agua los va trepando y arrastrando uno a uno y por montones. Y ahí esta Ángela. Cuando nos reconocemos —yo en el helicóptero, ella soportando la corriente— levanta a Vicky con sus brazos, entregándomela, la atrapo y la abrazo, y vemos cómo el agua se lleva a Ángela. Ya todo está desaparecido...

—Marcia, ¿verdad que si para cuando tú te vayas yo todavía no tengo qué comer me voy a ir contigo a tu casa con tu mamá? —me susurró al oído Vicky el miércoles en el porche de su casa.

—¿¡Qué le estás pidiendo a la doctora!? ¡Ya te dije que no le pidas nada! —la regañó Ángela y Vicky le repitió lo que me había dicho asustada—. No, Vicky. Yo voy a trabajar mucho y sí vas a tener comida. La doctora no tiene por qué encargarse de ti.

—¡Marcia me quiere mucho! —contestó Vicky con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo te adoro, Vikinga... —le respondí abrazándola.

El sábado en la mañana fui a ver a doña Trini, una de los pocos habitantes de Cacaos que no se fueron al agua. De salud está *contolaíta*, pero procura mi compañía con achaques pasajeros. El sábado me contó de su infancia, de cuando Cacaos no estaba pavimentado, de cuando la carretera que lleva a Jalapa estaba a ras del suelo y año con año se iban al agua con la creciente. Entonces había un arroyo a la orilla del pueblo, uno que ahora está cerrado y en época de sequía es tierra sedienta y en época de lluvias es agua estancada.

—Pero ninguna creciente como la del 32, doctorcita. Ahí sí desapareció Cacaos: el parque, mi casa, todo bajo el agua. Mi mamá me contaba que nadie quedó aquí, todos nos fuimos pa' la loma. De eso ya nadie se acuerda. Yo tenía cinco años —“como Vicky” pensé— pero así me pasan los recuerdos por el cerebro, *enfilaitos* todos... pura agua... mucha agua. Don Manuel Falcón, el que vive ahí en la esquina, también se ha de acordar. Él tenía ocho años y era tremendo, como sus nietos —Manuel es el abuelo de Manolo, el niño travieso de la férula. Él también recuerda aquella inundación y conserva una fotografía de esos días. Es una fotografía color sepia y él y sus hermanos vestían pantalones cortos con tirantes—. Y don Carmen Chan, el que va con la andadera, sí que lo ha de

recordar, mejor que yo, doctorcita. Él habrá tenido como doce años y nos organizaba a todos en los juegos. Jugábamos al toca-toca y al esconde-esconde. ¡Uy!, jugábamos a todo. Pobre don Carmen, ése sí ya no oye nada. Estaba tan enamorado de mi hermana la mayor... pero ella no lo quiso. Se fue a Balancán con otro muchacho cuando tenía diecisiete años. A mí me gustaba Manuel. Era muy guapo, doctorcita. Siempre iba muy bien *arreglaíto*... —doña Trini se reía con sus recuerdos y se le notaba reconfortada con ellos—. Y después vino el huracán Brenda en el 72. Ahí no fue mucha *la agua*, nomás nos llegó al *carcañán*<sup>27</sup>. Era el viento que hasta tumbó la campana de la iglesia y voló los techos de las casas. Pero tampoco nos las vimos tan mal como ahora... Yo ahí ya estaba grande, como de 45 años. Ya era viuda, pero todavía no me casaba con Quintín. Entonces recé como me había enseñado mi mamá, y mi Santísima nos cuidó a todos. Seguro que *usté* se asustó mucho, si no está acostumbrada a tanta agua. La deberían ensalmar, aunque fuera un credo, doctorcita. Allá en México nunca se van al agua, ¿verdad? ¿Y su mamacita, cómo está? Ahí me la saluda mucho y dígame que no se preocupe por *usté*, que aquí entre todos la cuidamos. ¡Quintín! Tráele unos huevitos a la doctora pa' que tenga qué desayunar...

El sábado tuve más consulta de la acostumbrada, pero menos de la rutinaria de cualquier día entre semana. Cociné arroz con *machichaco*<sup>28</sup> de acuerdo a la receta de Lucy, y calabacitas con cebolla, jitomate y pimiento. Me costó mucho trabajo terminarme el plato completo: mi estómago ya se había habituado a estar prácticamente vacío...

Ya es domingo y hoy amaneció soleado. En el patio delantero de mi masía sigue secándose la cama de exploración y el agua de la llave es ligeramente café. Abrí desde tempra-

<sup>27</sup> Tobillo.

<sup>28</sup> Sardinas.

no la clínica, pero no vino nadie a consulta. Supongo que ya están acostumbrados a que no esté durante el fin de semana. Hice el reporte estadístico semanal: un total de 194 consultas, 28 gastroenteritis y 44 infecciones respiratorias.

## RESEÑA 38

18 de noviembre de 2007

Después de la tormenta siempre llega la calma, pero la calma aún no llega, aunque sin duda he sido testigo de su prelude: la rutina. Lunes, martes y viernes di consulta en mi masía; los remanentes tormentosos fueron el número de consultantes, la superioridad indudable de enfermedades infectocontagiosas y el nuevo sinfín de formatos estadísticos que debo reportar. El miércoles fui a Puerto Rico después de tres semanas de no hacerlo; la escasez de consulta fue menor que en cualquier otro miércoles, o sea que se trató sólo de una llovizna ligera. El jueves visité El Dorado y montamos un consultorio improvisado en el kiosco del parque porque el Centro de Salud aún no está en condiciones de ser utilizado –los muebles de aserrín comprimido se hincharon con el agua y el colchón de la cama de exploración hiede a caño–. Aquí no encontré preludios de calma, pero la tormenta ha empezado a aligerarse...

Vicky vuelve a ser una niña alegre con tres comidas al día. Ángela sonrío al verme, me lleva la ropa limpia y comenta que Mónica, su hija mayor, está a punto de dar a luz. Lucy llega en las mañanas y trabaja como loca vacunando a los viejitos contra “influenza” y neumococo. La dentista Lulú regresó desde el lunes, y el viernes todavía no terminaba de ordenar su consultorio...

Sometí a mi estómago a comidas de abundancia similar a la acostumbrada antes de la catástrofe, y con mucho esfuerzo superé mi capacidad gástrica hasta el extremo de la gula. Los pequeños comercios se han reinaugurado, aunque las tienditas ahora tienen los productos acomodados en el suelo, pues los muebles de estantes ya no son funcionales porque se oxidaron; el camión de *Coca-Cola* ha venido diario a resurtir los negocios, el de *Bimbo* también; la frutería del pueblo ofrece de nuevo jitomate, *repollo*, cebolla, ajo, zanahorias, papas, naranjas, *guineos*, manzanas y piña; el *cyber* ha abierto con regularidad, a excepción del miércoles porque la lluvia interrumpió la señal satelital...

Sí, llovió el miércoles y también un poco el jueves. Como una fobia justificada pero absurda, ahora le tengo desconfianza a la lluvia. No es una hidrofobia generalizada —me baño sin ataques de pánico, lavo los platos sin aspavientos y bebo mis dos litros de agua diarios sin complicación—, pero el agua que cae del cielo me produce angustia. Cuando llueve ya no huele a tierra dulce mojada, sino a pestilencia resucitada. No hubo estancamientos amenazantes, sólo charcos inocuos. No debería temerle a la lluvia porque el río de La Sierra ya tiene un nivel de aproximadamente dos metros por debajo del suelo y vuelve a estar hundido en la cuenca que lo contiene...

En Astapa se han iniciado brigadas de repavimentación. La mayoría de las carreteras que se deslavarón ya están arregladas. Sin embargo, la que lleva a Puerto Rico no. De camino para allá el miércoles pude observar un asentamiento como de medio metro de profundidad y un metro de ancho; Lucy y yo lo pasamos en su coche con miedo de atascarnos en el intento. Más adelante, encontramos pedazos de banqueta desprendidos por la corriente del agua y sorteados sobre la carretera. Los baches que ya existían en este camino ahora son hoyos monstruosos de variable peligrosidad...

Todos los días a todas horas se escuchan helicópteros sobrevolar estas tierras, pero cada día llega menos ayuda –bueno, aquí a Cacaos–. Se dice que todo está concentrado en Villahermosa y que desde ahí el Ejército lo está distribuyendo. Me urge que llegue el acopio de mi casa para hacer una entrega directa a mis pacientes...

El fin de semana pude ver a Alma. Fuimos a Villahermosa y nos movimos exclusivamente en áreas que no fueron afectadas por la inundación, como el cine y los centros comerciales, que por cierto ya están decorados para la Navidad. Mientras cenábamos el sábado en la noche intercambiamos percepciones de la catástrofe; me contó que en Comalcalco casi nadie se fue al agua, si acaso sólo las cocinas de las casas porque éstas tienen una disposición exterior y son más bajas porque no tienen suelo de cemento, sino de tierra. Lo que pasó por allá fue que cundió el pánico y se agotó el agua para beber así como elementos de la despensa básica; la mayor preocupación que tuvo Alma esos días fui yo...

## RESEÑA 39

25 de noviembre de 2007

La normalidad terminó de asentarse esta semana. Aunque son notorios algunos residuos de la inundación, el ritmo danzante de Cacaos ha vuelto. El sol arde sobre lo que tocan sus rayos, las cigarras componen la música tropical junto con los sapos que croan sin descanso nocturno y hay muchas más ranas albinas que antes. La luna está llena y aluza mi Macondo con el claro plateado de fin de mes. Entre consultas e historias, esta semana preparé la papelería correspondiente a noviembre.

El lunes la entregaré en Jalapa como hace ya un mes –o como hace tan sólo un mes–, cuando sucedió la catástrofe.

Manuel Falcón, el abuelo de Manolo –el niño al cual tuve que colocarle tres veces un yeso–, es mi amor platónico de Cacaos. Tiene 86 años pero, aunque los refleja en cuerpo, en mente son muchos menos. Un ejemplo de ello es la coquetería descarada con la que me habla desde que llegué a la clínica en febrero. Lucy me advirtió desde el principio que tuviera cuidado con él porque “es un hombre de carácter”, y después me contó la peculiar historia de su matrimonio. Nadie sabe cuál fue el hecho irreparable que hizo que su esposa y él dividieran su casa por la mitad con *triplay*, pero desde hace diez años viven separados y sin dirigirse la palabra dentro de la misma casa. Cuando los visitan sus hijos y nietos, se sientan alrededor de la mesa ignorándose mutuamente.

A Manuel le urge morir: no soporta cargar un cuerpo que no es capaz de responder con la fuerza y la velocidad de su mente. Procura no tomar sus pastillas, prolongar el ayuno hasta la tarde y acelerar un infarto con varios cigarros al día, pero la muerte ni lo voltea a ver, sólo lo anima con falsas esperanzas a través de una presión arterial voluble. La verdad es que Manuel me encanta, y si fuera sesenta años más joven consideraría enredarme con él, o si yo tuviera sesenta años más me encargaría de devolverle la vitalidad con un romance senil. Sin duda alguna, será una de las despedidas que más me va a doler. Él cree que cuando yo me vaya la muerte por fin se lo llevará.

–No me diga eso, Manuel. Si no, me voy a tener que quedar en Cacaos.

–Pues por eso se lo digo, pa’ que se quede conmigo.

–No me puedo quedar, tengo que regresar al DF a tramitar mi título y la cédula profesional –se me llenaron los ojos de lágrimas.

–A mí no me gustan las mujeres lloronas.

*Cacaos*

—¡Híjole, Manuel! Yo soy bien llorona.

—Ya me di cuenta. Con la creciente no había quién pudiera consolarla...

—¿Me vio llorar?

—Todos la vimos. Pero no importa, aunque sea llorona usted sí me gusta.

—Me paré a su lado, le tomé el brazo izquierdo y ausculté su presión arterial.

—¿Tiene novio allá? ¿Alguien que la espere?

—No, nada de novio.

—¿Y eso?

—Levanté los hombros desconociendo la respuesta.

—¿Pues cuántos años *lleva*? —preguntó algo intrigado.

—Veinticuatro.

—¡¿Veinticuatro!?! —repitió francamente sorprendido.



*Don Manuel Falcón y yo*

—¿Y esa sorpresa, don Manuel? ¿A poco me está diciendo que estoy *quedada*? —le dije aún parada a su lado, colocando con gesto de indignación fingida mis manos sobre la cintura.

—No, nada de eso... ¿Y si se casa con este viejo y se queda en Cacaos?

—Pero usted ya es un hombre casado, Manuel...

—Ah, pero si a esa vieja hace más de diez años que no le hablo —nos reímos los dos—. Pero la entiendo, quién querría casarse con este viejo que casi no puede caminar... ¿Cómo está mi presión, doctora?

—Alta, como siempre. ¿Sigue sin tomarse las pastillas?

—Me las tomaría si se quedara conmigo...

—Eso está muy mal, debería de tomárselas de cualquier modo. Ya se lo he dicho, Manuel: lo de menos es que un día le dé un infarto y se muera. Lo grave sería que le diera un derrame cerebral y se quedara *tumbáo* en la hamaca sin poder moverse, sin hablar...

—Tiene razón, doctora. Aquí le dejo pa' su refresco y ya me voy. Si no, Manolo se va a desesperar y le va a hacer alguna maldad a doña Lucy.

—Sí, apúrese que con su nieto nunca se sabe: es tremendo.

—Salió igualito a mí.

—No me lo tiene que decir, si los dos *cargan* la misma mirada pícara...

Esta semana Mónica, la hija mayor de Ángela, dio a luz a un niño hermoso. Mientras a la abuela le brillan los ojos de orgullo, a Vicky le chispean de rabia. Los celos por el *nene* la están devorando viva. Está sentidísima conmigo porque le regalé un mameluco de conejitos y dos camiseta...

El fin de semana fui a Villahermosa. Llegué el sábado a la hora de la comida. Arriba del taxi que tomé para ir a las zonas no afectadas por la inundación, pude observar las consecuencias sociales de la catástrofe: desde el malecón hasta la Casa de Gobierno —una antigua hacienda afrancesada color

blanco inmaculado con entrada ostentosa detrás de una reja de fierro forjado de tres metros de altura, donde vive el gobernador Granier— cientos o quizás miles de damnificados se enfilaban, algunos descalzos, algunos sucios, algunos semidesnudos, para recibir comida. El Ejército había montado campamentos con ollas gigantes de alimento y a cada persona que llegaba se le repartía una ración y una pequeña despensa. Cuando volví a pasar por ahí en otro taxi, ya de noche, la fila permanecía igual de larga que seis horas antes...

## RESEÑA 40

2 de diciembre de 2007

...me regalaron un libro de medicina alternativa titulado *El poder curativo de la mente*, escrito por un médico internista alópata llamado Larry Dossey<sup>29</sup>. Aunque no concuerdo con muchas cosas de las que propone, como que la mente es inmortal y atemporal, yo también soy una ferviente creyente de que la psique puede afectar directamente al cuerpo, a la salud y a la enfermedad. La mayor prueba la tengo conmigo: este año no he padecido migrañas, mi lumbalgia crónica jamás se manifiesta y mi colitis nerviosa ha desaparecido. En el libro se mencionan muchos estudios apegados al método científico que demuestran esto, pero principalmente he disfrutado la lectura por las inculpaciones que hace sobre el sistema de enseñanza y trabajo médico.

El autor no basa sus argumentos en percepciones personales, como yo, sino que cita diversos estudios también

<sup>29</sup> Dossey, Larry. *El poder curativo de la mente*. Distrito Federal, México: Santillana Ediciones Generales, 2004, 530 p.

aplicados al método científico. Algunos de los hallazgos que se han obtenido son los siguientes:

- La mayoría de los estudiantes de medicina se desilusiona en el primer año de la carrera y se acaba el deseo de ser curandero.
- Los observadores inflexibles que ven a la escuela de medicina como un ritual de paso frecuentemente declaran que este tipo de comentarios vienen de unos cuantos quejumbrosos contrariados sin fuerza de voluntad que, para empezar, no deberían estudiar medicina; quienes no puedan con ello no tienen que inscribirse.
- Los estudiantes de medicina comúnmente sufren abuso psicológico y físico. El problema va más allá del exceso de trabajo y las pocas horas de sueño.
- En un estudio:
  - 80% manifestaron algún tipo de abuso.
  - Más de dos terceras partes por lo menos refieren un incidente que tuvo “una gran importancia y fue muy perturbador”.
  - En el 16% el abuso “los afectaría por siempre”.
- En otro estudio:
  - 100% percibieron malos tratos.
  - Tres cuartas partes aceptaron haberse vuelto más cínicos sobre la vida académica y la profesión como resultado de estos incidentes.
  - Dos terceras partes opinaron que estaban en peor posición en comparación con los estudiantes de otras carreras.
  - Más de un tercio ha considerado la posibilidad de abandonar la carrera.
  - Un cuarto hubiera elegido otra profesión de haber sabido a lo que sería sometido.

- Dichos abusos producen consecuencias psicopatológicas demostrables.
- De 18 a 25% de los médicos británicos titulados se dedica a otra cosa.
- En *Médicos a favor del siglo XXI* de la *Association of American Medical Colleges* se expone que:
  - A los médicos se les hace creer que su educación depende de memorizar toda la cantidad de información posible; por consiguiente, carecen de una clara idea de las habilidades, valores y actitudes que son importantes.
  - Aparece con frecuencia un síndrome premédico. Los alumnos que lo padecen toman un curso tras otro de ciencias, pero eluden los estudios avanzados en humanidades y en otros campos no científicos. Para cuando concluyen sus estudios universitarios, muchas veces estos alumnos han perdido su derecho a los retos y a las recompensas intelectuales que podrían ofrecerles los estudios de humanidades.
- Un artículo del *American Journal of Medicine* titulado “La educación médica en los Estados Unidos: ¿ha creado un Frankenstein?” dice que “el grupo actual de médicos recién egresados es, en general, insensible, establece una mala comunicación con los pacientes, su conocimiento de medicina general es deficiente, lo mismo que sus habilidades de auscultación, y les importa muy poco el impacto de la medicina en la sociedad [...] Además, muy pocos jóvenes en la carrera parecen estar satisfechos ya sea emocional o intelectualmente con su profesión [...] El absorbente proceso actual de entrenamiento médico frecuentemente hace que jóvenes brillantes, creativos, con gran deseo de ayudar a otros se conviertan en

personas frías y distantes que han perdido muchos de sus ideales originales.”

Así era yo hace un año y medio. La verdad es que durante el Servicio Social, donde no he padecido de los abusos y las injusticias del sistema que controla la medicina, me he reconciliado con mi profesión... La catástrofe ha reforzado mi empeño más allá de mis límites. He descubierto que ejerciendo la medicina soy capaz de ser humana, como en esos momentos en que sostengo a Vicky en mis brazos o cuando estudio para componer un nuevo achaque de doña Trini.

Recuerdo que, un par de meses antes de venirme a Tabasco, vi por segunda vez *Diarios de motocicleta*. En los primeros minutos de la película se exponen el plan: recorrer 8000 km en cuatro meses; el método: la improvisación; el objetivo: explorar el continente latinoamericano que sólo conocemos por los libros; y el personaje principal: un estudiante de medicina especialista en letras. Después el narrador dice: “Él y su compañero tenían en común la inquietud, el espíritu soñador y el incansable amor por la vida”. Más tarde sabemos que, en la primera carta que le envió a su madre, el estudiante de medicina escribió: “dejar atrás la civilización para estar más cerca de la tierra”. Unos meses después en Machu Picchu se preguntó: “¿Cómo es posible que sienta nostalgia por un mundo que no conocí?”.

Yo también sentía nostalgia por esa Latinoamérica que sólo conocía por los libros y, al ver la película, pensé que el Servicio Social era la posibilidad de vivirla de cerca, más cerca de la tierra, inmersa en el realismo mágico que la caracteriza. Además, fantaseaba con que el Servicio me ofrecería volverme dueña de la medicina y no viceversa, como había sucedido hasta entonces. En retrospectiva puedo decir que en Cacaos he descubierto toda y más de la Latinoamérica de los libros, tanto que he apodado a este pueblo “mi Macondo”. Curiosamente, la medicina me da la Latinoamérica, y ésta me

da la literatura: he conseguido la simbiosis perfecta entre mi profesión y mi pasión...

Hay amenazas de una nueva inundación entre el 10 y el 15 de diciembre. En Chiapas se deslavó un cerro creando un tapón sobre el Grijalva que impide el flujo natural del agua. Desde hace más de dos semanas se está construyendo un túnel que permita el desagüe del río. Si éste coincidiera con lluvias torrenciales como las de finales de octubre, Tabasco podría volver a inundarse. Todos estamos a la expectativa, por eso volví a alzar un poco mis cosas antes de venir al DF a pasar el fin de semana.

Encontré la Ciudad de México como siempre: congestiva y contrariada. No hace tanto frío como el año pasado; sin embargo, yo, que ya estoy acostumbrada al clima tropical, siento que el ambiente está refrigerado. Me encanta volver y compartir el tiempo y las impresiones con quienes se quedaron. Me sorprende reconocermé tan cambiada en



*Mi mamá y Nany en el centro de acopio montado en mi casa del DF*

mi origen natal. Me conmueve descubrir que los alcances de mi cambio van más allá de mí y el lugar en donde vivo: el comedor, el *hall* y la sala de mi casa están llenos de cajas y bolsas del acopio especial para Cacaos. Hay un total de 110 cajas y 9 maletas de ropa...

## RESEÑA 41

9 de diciembre de 2007

Durante mi corta ausencia en Cacaos sucedieron tres cosas. Primero, murió mi primer paciente. Gregorio tenía 78 años y desde hace poco más de un lustro estaba confinado en una cama sin tener conciencia de sí ni de nada como consecuencia de una hemorragia cerebral. Como es frecuente en estos pacientes, tenía una escara sacra que terminó por infectarse con la creciente y murió de sepsis. Segundo, me pintaron la fachada de mi masía para corregir los daños causados por el agua. Las porciones blancas las restauraron con el mismo color, y las azul marino con uno más claro. Tercero, corrieron del Servicio Social a Toto, el MPSS de Astapa, después de muchos percances, acusaciones e inculpaciones, seguidos de consejos inatendidos, soluciones parciales y amenazas. Dejó en Cacaos su bicicleta y el recado de que, en algún momento, pasará a recogerla.

Lucy pidió sus vacaciones para dejarme disponibles las fiestas navideñas; espero que en Jalapa quieran reconocer mi esfuerzo con esas fechas vacacionales. Sé que ya estoy en la racha final, que Cacaos se me acaba, y tengo muchos planes y sueños para el futuro. A veces quisiera postergar la despedida... Para los pacientes es cíclico: cada año llega un nuevo médico, se acostumbran con él, en ocasiones se encariñan, y

después lo guardan en la memoria con una impresión proporcional al impacto que tuvo en su salud, su enfermedad y su vida. En cambio, para nosotros, los MPSS, sólo hay un año, unos pacientes que serán almacenados de la misma manera en la memoria, pero que no se sustituirán...

El fin de semana pasado que estuve en la Ciudad de México, mi mamá me comentó que algunas personas de las que fueron a dejar cosas al centro de acopio para Cacaos, familiares y amigos que leen mis reseñas, también entregaron paquetes destinados especialmente para Vicky. El jueves en la tarde se los entregué:

—¿Adivina qué, Vikinga? Santa Claus me dejó una carta en mi casa de México donde decía que, como no sabe si va a poder venir en Navidad por la inundación, de una vez te dejaba los regalos allá para que yo te los trajera.

—¡Mentira!

—Es verdad. Mira, todo lo metí en esta maleta. ¿Quieres ver? ¡Ah!, pero antes tengo que decirte que Santa me especificó que tienes que compartir todo con tus sobrinos, Wendy y el “*nené*”, porque a él no le gusta que te pongas celosa. Sí le vas a hacer caso, ¿verdad?

—Sí, todos los regalos van a ser para los tres.

Bueno, no tengo palabras para describir la luminosidad con la que se encendió la niña de mis ojos al ver que la maleta estaba repleta de juguetes y ropa. Sacó uno a uno los regalos ...

Esta semana durante la consulta repartí mis últimas citas, las de enero: “No vaya a faltar porque si no ya no nos vamos a ver. Me voy en febrero y quiero que ahora en Navidad se cuide mucho para que cuando me vaya esté bien *controlaíto* y el siguiente doctor piense que yo hacía muy bien mi trabajo”. Los pacientes me contestan que sí, que se van a cuidar mucho, que no me van a defraudar, y entonces se les apaga el rostro, bajan la mirada y con voz entrecortada me dicen que

me van a extrañar, que me agradecen tanto, que entienden que me tengo que ir, pero que les duele...

Sí me dieron las vacaciones para Navidad; en Jalapa reconocieron mi esfuerzo...

## RESEÑA 42

16 de diciembre de 2007

...Después de muchos dimes y diretes, de mucha logística y mucha espera, por fin llegó el acopio especial para Cacaos. Mi mamá y mi hermano se encargaron de recibir, clasificar, inventariar y almacenar en casa los donativos desde principios de noviembre a la fecha; Nany, de conseguir el transporte con Procter & Gamble (P&G); Rubén, empleado de la misma empresa con ubicación en Villahermosa, de organizar la llegada de las cosas a dicha ciudad, y Germán y yo, de llevarlas a Cacaos.

El sábado en la mañana llegó el trailer azul marino a las 8:30 a la capital tabasqueña. Adentro cargaba el acopio que hizo P&G para sus empleados damnificados y el de Cacaos. Germán, el delegado del pueblo, consiguió una camioneta con la capacidad de cargar 250 kg. Tuvimos que hacer cuatro viajes para descargar todo en la Casa Ejidal de Cacaos, por lo que calculamos que el total de donativos en peso alcanzó una tonelada. Alma llegó a medio día a Villa para echarnos la mano. Entre los tres terminamos a las 8:30 pm.

El domingo, Lucy llegó temprano para ayudarnos. En seguida nos organizamos. Lo primero que hicimos fue desempacar las cosas, clasificándolas en tres secciones: 1) comida –subdividida en leche, enlatados, carbohidratos y otros–, 2) baño –subdividida en toallas sanitarias, pañales, papel higiénico, jabones y otros–, y 3) agua –acomodada por tamaño

del envase—. Encontramos artículos sorprendentes, como 2 cajas de leche Santa Clara, 1 lata de 250 gr de corazones de alcachofa, 6 botes de mermelada Smucker's y 1 lata de *Crème de marrons del'Ardèche* de 100 gr. Después nos tomamos un descanso para desayunar huevos revueltos a la mexicana, acompañados de frijoles y plátanos fritos, donación del dueño de la única fondita de Cacaos.

Posteriormente, desempacamos la ropa, clasificándola en siete secciones: 1) sábanas y cobijas, 2) niños, 3) mujeres, 4) hombres, 5) suéteres, 6) zapatos, y 7) bolsas y accesorios. Como sorpresas esta vez encontramos una camisa Scappino sin estrenar de cuadros verdes y blancos, dos playeras con la imagen del Che y la leyenda “si no votas te callas”, dos jeans y unos shorts nuevos con etiquetas de marca CK, una manta de manifestación que decía “¡Alto a la masacre en Irak!” y un vestido de noche. Cuando empezó la tarde, comenzamos con la formación de despensas. Éramos diez personas trabajando: Alma, Lucy, Germán, dos señoras de Oportunidades, cuatro de sus hijos y yo.

Las despensas se guardaron en bolsas negras, donación de Lucy, y fueron clasificadas en dos grupos: uno con toallas sanitarias y otro sin ellas. Cada despensa contenía, al menos:

- Comida: 1 litro de leche o equivalente en jugo, 1 lata de frijoles, 1 lata de verduras o fruta, 1 paquete de pasta o sopa instantánea, 3 latas de atún y 1 paquete de galletas. Cuando se agotó alguno de estos ingredientes básicos, se sustituyó por los otros de menor cantidad, como mermelada, azúcar, sal, aceite, arroz, lentejas, puré de tomate, etcétera.
- Baño: 1 rollo de papel higiénico y 1 jabón de tocador. En las “despensas menstruales” se agregó 1 paquete de toallas sanitarias o su equivalente en elementos individuales.



*Germán, el delegado de Cacaos, y yo, en la Casa Ejidal de Cacaos, después del último viaje a Villahermosa*



*Haciendo las despensas en la Casa Ejidal de Cacaos.  
De izquierda a derecha: Lucy, Yo, Edelmira y Germán*

En total se formaron 229 despensas, 116 con toallas sanitarias y 111 sin ellas. También se juntaron 22 despensas para menores de dos años y cada una contenía: 1 paquete de pañales, 4 envases de Gerber (2 jugos y 2 papillas) y un biberón o un juego de cubiertos infantiles.

Cerca de las 17:00 hr, los chicos de Oportunidades y yo nos lanzamos en nuestras bicicletas para avisar por el pueblo que íbamos a entregar despensas en la Casa Ejidal a partir de las 18:00 hr. Rápidamente la gente acudió a nuestra llamada. Una vez formada la fila de beneficiarios, les dije:

–Esto que se les va a entregar es donativo directo de mi familia y mis amigos del Distrito Federal. Mi casa fue el centro de acopio, mi mamá fue quien recibió las cosas, mi hermano quien le ayudó a empaquetarlas, mi mejor amiga quien consiguió el transporte gratuito y nosotros quienes lo distribuimos en paquetes para dárselos. Todo esto se hizo porque estoy muy agradecida con ustedes; ha sido maravilloso ser su médico... Las reglas del juego son las siguientes: sólo se va a aceptar que pase una persona por casa, adentro se les va a entregar primero



*Dando el aviso de los donativos a los beneficiarios que esperaban entrar a la Casa Ejidal de Cacaos*



*Alma, en la sección de maternidad*

una despensa, después agua, quienes tengan bebés menores de dos años van a recibir una despensa infantil y, al final, van a poder elegir cinco prendas de ropa (los cobertores y sábanas, así como las maletas, equivalen a tres prendas, y un par de zapatos a una prenda). ¿Alguna duda?

Lucy controló la entrada a la Casa Ejidal para asegurarnos que ninguna familia recibiera más de un paquete. Edelmira anotaba el nombre del beneficiario representante de una casa. Yo repetía las instrucciones antes dadas y coordinaba el seguimiento del proceso. Alma estaba en la sección de maternidad entregando las despensas infantiles y los pañales de acuerdo a las instrucciones de Lucy. Elizabeth distribuía las despensas conforme a las necesidades mensuales de la casa en cuestión. Olivia y Alejandro entregaban el agua. Mayra contaba el tiempo que yo anunciaba a gritos y supervisaba la elección de ropa. Al final, los beneficiarios pasaban conmigo para que les contara el número de prendas que llevaban, y Daniel servía de cargador para los pacientes seniles o discapacitados de cualquier forma.

*Cacaos*

Terminamos la entrega de donativos a las 9:00 pm. Esta vez nos sorprendimos porque sobraron suficientes despensas para también repartirle a la gente de El Dorado. El esposo de Lucy y varios alumnos de preparatoria nos ayudaron a



*Guillermina, quien llama a los gases “pedos”*



*Don Chui, El Pinto, a quien le mordió la mano izquierda el lagarto*



*Ángela, mamá de Vicky*



*Quintín, esposo de doña Trini*

llevar los paquetes sobrantes a mi masía, donde finalmente cenamos gringas y tacos de bistec. Hasta las 10:30 pm pude comunicarme con Nany y mi mamá para informales que todo había sido un éxito.

### RESEÑA 43

23 de diciembre de 2007

A final de año, el trabajo se acumula y forma montes y montones que presionan al trabajador: recibir el acopio, ordenarlo, entregarlo, terminar las *Detecciones escolares* antes de que los niños salgan de vacaciones, hacer la papelería de diciembre y empacar todo lo que pueda para llevarlo de regreso al DF. Empecé la semana muy presionada y muy cansada por el ajetreo del fin de semana anterior. Si no fuera porque Lucy es como un Rey Midas que, en lugar de convertir lo que toca en oro, lo resuelve con la eficacia máxima, me hubiera vuelto loca.

El lunes repartimos las despensas a la gente de El Dorado. La cede fue mi masía y el horario de 11:00 am a 2:00 pm. Aún sobró ropa; se la entregué a Germán para que la distribuya entre la gente más necesitada. Los libros que también formaban parte de la donación se los dí al maestro Manuel para uso de la secundaria de Cacaos. El martes abrieron el túnel en el Alto Grijalva y las aguas se comportaron como lo habían previsto los ingenieros: no hubo más inundaciones. Además, Lucy y yo terminamos con todas las *Detecciones escolares* y vaciamos la información en la carpeta correspondiente. El miércoles de regreso de Puerto Rico, avanzamos gran parte de la papelería.

El jueves tuvimos una posada matutina en El Dorado. Tempranito nos fuimos a Villa para comprar un pastel y



*Lucy, pegándole a la piñata en la posada en El Dorado*

dulces para la piñata en forma de árbol de navidad que Lucy consiguió en el ejido donde vive. Las señoras de Oportunidades hicieron una barbacoa deliciosa. Les dije que éste ha sido un año excepcional, que las felicitaba por su entusiasmo durante las pláticas, su participación responsable con respecto a los programas de salud y por todas las atenciones y cariños que han tenido conmigo. Partimos la piñata; ellas insistieron en que yo le pegara primero. Después desayunamos todas juntas la barbacoa. Estuvimos platicando, recapitulando historias y anécdotas. Nos despedimos cerca de la hora de la comida con besos, abrazos, felicitaciones y los mejores deseos para el 2008. Ahora sí se me acaba: de regreso de mis vacaciones sólo tendré tres semanas más en Tabasco. Aún no palpo la despedida, no he procesado la cercanía del final...

A pesar de que durante la entrega de las despensas la gente me fue dando las gracias, a lo largo de toda la semana continuaron los agradecimientos. Hubo quienes fueron a la clínica

con las prendas que no les quedaron para devolverlas, con el fin de que pudiéramos dárselas a alguien más.

—No, *doc*. No ande recibiendo de vuelta la ropa porque si no qué vamos a hacer con tanta cosa. Dígales que ellos busquen quien pueda utilizarla.

Como siempre, le hice caso a Lucy. También venían a mi masía para modelarme la ropa que sí les quedó:

—Este vestido me lo regaló *usté* y a todo el mundo se lo presumo.

Asimismo, venían para convidarme comida de sus despensas:

—Doctorcita, le traje unas *maneítas* que tanto le gustan, las hice con los frijoles que *usté* me dio y salieron bien tiernitos.

Otros pacientes nada más venían porque “*dentre* toda la gente que le dio las gracias, no sé si se acuerda *usté* de mí, así que vine a decirle que lo que hizo por nosotros vale más que un millón de dólares, ¿sabe por qué?, porque nosotros siempre vamos a rezarle a Dios por *usté*, para que le dé salud y vida, al igual que a su familia y a sus amistades”.

Y, como siempre, también hubo el negrito en el arroz. Una señora a la que le diagnosticué diabetes hace cuatro meses y que nunca volvió a consulta llegó el lunes en la tarde a pedirme medicamento. Los pacientes diabéticos tienen que venir temprano en la mañana y en ayunas para que yo verifique, con una gota de su sangre, si están controlados o no. Si les doy el medicamento sin hacer esta verificación, nunca acuden a control como debe ser. Por otro lado, la señora llegó el lunes en la tarde, cuando yo estaba fatigada y sólo deseaba descansar un poco. La señora se enojó y me gritó:

—¡Bendito sea Dios que *usté* ya se larga de aquí! Nunca nos da el medicamento y es una *huevo*na porque no quiere dar consulta.

Por primera vez en el año, me puse al tú por tú y le contesté:

—¿Sabe qué? Tiene usted razón. Como soy una ingrata, no la voy a volver a atender. No regrese por acá hasta febrero, a ver si el siguiente doctor le aguanta sus groserías...

Toto vino el miércoles; aún no sabe qué será de él en el último mes de Servicio Social. El jueves entregó su clínica y, después, pasó a recoger su bicicleta que estaba guardada junto a la mía. No se qué haré con mi *bici* cuando me vaya, tampoco con el librero de ármelo-usted-mismo y el ropero de plástico que compré en febrero, los sartenes y los platos, el espejo... Empacar para empezar a irme, empezar a irme... ¿quién vendrá?... ¿quién habitará mi masía?... ¿será buen médico?... ¿será buena persona?... ¿irá a ver a doña Trini cada quince días como yo?... ¿le pagará a Ángela por la limpieza de la clínica?... ¿platicará con Vicky?... ¿acompañará a Lucy?... ¿amará Cacaos?...

Pensar en irme es más fácil si no considero que mi ausencia será sustituida por alguien más. Siento celos de esa persona y tengo miedo de que no sepa valorar la magia de este Macondo. Cuando yo llegué, el médico que se iba me dijo que había llegado a un lugar horrible y hasta me propuso que solicitara un cambio de plaza. También me dio otros consejos, todos administrativos y que, al ser referencias de cosas por mí incomprensibles en ese momento —tarjeteros, censos y demás papelería—, tampoco me sirvieron de nada. Por suerte no me confié de sus percepciones y solita aprendí a hacer lo administrativo sin complicaciones.

De unos días para acá me ha dado por preguntarme qué le diré a quien llegue a remplazarme. Podría decirle que Cacaos es el mejor lugar del mundo, pero no quiero enaltecer sus expectativas. Podría aconsejarle que tome el Servicio Social como el año destinado a la consumación de sus sueños más primitivos, pero está comprobado que la autorreferencia nunca funciona. Podría, simplemente, hacerle una lista de orientación laboral, de tal forma que pudiera consultarla cuando la necesite: 1) siempre escucha primero a Lucy, 2) no te enojas,

3) mantente firme con el horario de consulta, 4) no dejes para última hora la papelería mensual, 5) compra una bicicleta... Pero esa sería una herencia muy fría comparada con la calidez de Cacaos. Podría, también, dejarle una copia de *Cien años de soledad* y escribirle lo siguiente en la primera página: “Versión Pedro Infante: Pueblo chico, infierno grande. Versión García Márquez: Macondo. Bienvenido a Cacaos.” Pero esta opción tampoco me convence...

Al final de la semana dejé mi cuarto medio vacío. Me traje al DF la mayoría de mi ropa, sólo dejé la suficiente para tres semanas, considerando lo que se lava y se seca en cuatro o cinco días...

#### RESEÑA 44

30 de diciembre de 2007

[Primera semana de vacaciones de fin de año  
en la Ciudad de México]

#### RESEÑA 45

6 de enero de 2008

Así que ya empezó el 2008, se termina el Servicio Social en sólo tres semanas más y siento encima el futuro de planes que aún no tienen los pies que necesitan para echarse a andar. Siempre me he sentido más identificada con los finales

sorprendentes que tienen justificación a lo largo de la trama. Hasta ahora, el final de Cacaos me parece anticipable: estas últimas tres semanas van a ser medidas por un reloj de tiempo acelerado y, casi sin darme cuenta, habrán terminado; las despedidas serán paulatinas pero apresuradas, y yo diré “hasta luego” sabiendo que “adiós” es un concepto más asertivo. Con el tiempo, los recuerdos serán invocados por olores, ruidos, estrellas y calores de otros lugares. Al final, la imagen de Cacaos será cada vez más distante y ficticia, más idealizada...

El 1º de enero recibí un mensaje de celular de Germán, el delegado de Cacaos, que decía: “En este AÑO, recibe una LLUVIA de alegría, una INUNDACIÓN de amor, DESPENSAS de cariño y COSTALES llenos de paz. Ponle un TAPÓN a la tristeza y abre las COMPUERTAS de tu corazón para que ALBERGUE los mejores deseos. FELIZ AÑO 2008”.

## RESEÑA 46: BLANCO Y NEGRO

13 de enero de 2008

### BLANCO: La vida

Una misma escena se repetía de dos a tres veces por semana en Cacaos. Ahí iba Oralía caminando con su estatura baja, un vestido de flores con manga corta y falda larga, apoyada con la mano derecha sobre un palo de madera sinuoso y ancho que fungía como bastón. Era curioso observar que Oralía, una señora de pelo cenizo y cutis de tierra agrietada, fuera quien guiara a Gamaliel. Era evidente que él era mucho más joven, quizás su hijo menor aunque, honestamente, parecía su nieto. Gamaliel se recargaba sin pudor sobre el brazo derecho

de Oralia y le permitía, sin vergüenza o resentimiento, encastrarlo por la ruta y a la velocidad que la anciana deseaba. Algunas veces, a esta escena se le añadía un perro faldero que los seguía.

Cuando estaba en esa etapa de adaptación al sistema de salubridad nacional, intentando memorizar y ejecutar todos los programas sanitarios que quedaron bajo mi cargo, descubrí la clasificación de expedientes en el cajón superior del archivero del consultorio. Con divisiones hechas de papel cascarón –no veía ese tipo de cartón desde la primaria–, decoradas con una pestaña de *fomie* de color, estaban separados los expedientes de acuerdo a dichos programas: primero los naranjas de *planificación familiar*, después los azules de *crónico degenerativos*, atrás los verdes de *desnutrición*, posteriormente los rojos de *embarazo*, seguidos por los amarillos de *puerperio* y, finalmente, los morados de *displasias*. Delante de todos había uno negro, de color inquisitivamente fúnebre. Lo abrí curiosa y también algo morbosa. Así me enteré que en Cacaos existía un paciente VIH positivo, al cual identifiqué, por señalamientos de Lucy, como el joven guiado por la anciana del bastón de palo.

Pocas semanas después, no más de dos, me visitaron el lazareto Oralia con el ciego Gamaliel. Él traía un cuadro infeccioso de reciente inicio y pronta remisión tras el tratamiento antibiótico. Sin reparar en ello, le correspondí el saludo de mano y lo exploré naturalmente. Mentiría si dijera que, a lo largo de mi trayectoria médica, no he conocido varios profesionistas de la salud que discriminan a estos pacientes. Como siempre me sucede en casos similares de desprecio por tonos de piel, lengua o preferencias sexuales, yo me inclino a tratarlos con “normalidad”, pero termino dando un trato incluso de complicidad. Gamaliel y yo establecimos una relación médico-paciente bastante buena.

Su risa era como la de un niño pequeño; me inspiraba tanta ternura que me angustiaba pensar cómo, con tanta ingenuidad, había adquirido la enfermedad. Nunca tocamos ese tema, su homosexualidad quedaba sobreentendida.

A lo largo del año acudió varias veces a consulta. Siempre padeció infecciones oportunistas y siempre se recuperó de ellas. Su ceguera era consecuencia de una de ellas —no tan recuperada, obviamente—: una neuroinfección por citomegalovirus. Las candidiasis orales recurrentes se las curaba chupando óvulos vaginales de nistatina. Las diarreas, si no remitían con sulfas, lo hacían con metronidazol. Las gripas siempre cedieron con penicilina. Gamaliel era un muchacho ciego de veintiocho años de edad, sonriente y alegre; era incluso algo gordito. Su madre era el vivo ejemplo de maternidad manifiesta.

## NEGRO: La muerte

El martes, a la hora del atardecer, un señor tocó a mi puerta. Su cara me pareció familiar cuando lo vi, pero no pude reconocerlo hasta que me percaté del palo sinuoso que sostenía con su mano derecha: era el bastón de Oralía.

—Es el chamaco, creo que ya falleció —dijo el papá de Gamaliel.

Le pedí que me esperara un momento. Entré a mi masía para tomar el estetoscopio y calzarme con unas sandalias. Sin decir nada, lo seguí hasta su casa. Dentro de mi campo visual, la parte superior del cielo era de un tono azul muy pálido, prácticamente blanco, y la parte inferior que rozaba las palmeras negras del horizonte era una franja de fusión entre el rosa y el naranja. El silencio era ensordecedor, un mutismo interrumpido por el arrastre del bastón de Oralía y el canto de aves invisibles. El clima era cálido y de olor a plátano maduro.

Para llegar a casa de Gamaliel, nos introdujimos en un camino selvático aledaño a la secundaria de Cacaos. El suelo estaba salpicado de piedras enmohecidas y hojarasca reseca que chillaba bajo mis pasos. El recinto del expediente negro estaba constituido por palos semejantes al bastón de Oralia y techos de lámina. Colgaban de las vigas rústicas, tortuosas y gruesas, focos amarillos rodeados por un millar de insectos que sobrevolaban cerca de la luminosidad. Gamaliel estaba acostado sobre una cama de madera con colchón viejo, cubierta por una mosquitera de gasa. La tela estaba recogida sobre las mismas vigas rústicas que sostenían los focos colgantes.

Por poco y no reconozco a Gamaliel. Estaba raquítico, tan flaco que los ojos se le habían hundido dentro del cráneo y sus párpados cerrados no conseguían cubrir la blancura de los globos oculares. Me senté a orillas de la cama y tomé la mano del difunto. Fue una sorpresa encontrarla caliente y que, después, abriera por completo los ojos y dibujara con los labios una mueca que intentaba ser sonrisa. Gamaliel estaba vivo, pero se estaba muriendo.

—Hola, Gama. Soy yo, la doctora Marcia, ¿te acuerdas de mí?

—Sí —fue lo que interpreté del movimiento de su boca sin voz.

Me descolgué del cuello el estetoscopio y al ponerlo contra su pecho descubrí que éste se elevaba y decaía de acuerdo a la inhalación y espiración que estaba auscultando. Su corazón estaba taquicárdico, corriendo, sonando como el galope de un caballo durante una carrera, en lucha. Oralia me explicó entre lágrimas y sollozos que ese día en la mañana había tenido una convulsión generalizada y que, desde entonces, recobraba por instantes la consciencia para sumergirse después en un estado inerte. No había nada que hacer: tarde o temprano, probablemente esa misma noche, Gamaliel iba a morir. Nunca había desahuciado a un paciente.

Mi discurso fue breve y claro, sólo era cuestión de esperar. Una de las hermanas de Gamaliel me dijo que desde Año Nuevo el infectólogo que lo trataba en Villahermosa ya lo había desahuciado y que desde entonces estaban esperando.

–Es que no se quiere ir, no me quiere dejar sola. Aparte, hoy es luna nueva –me explicó Oralía.

Yo recordé su latido cardiaco y pensé que a ese ritmo quizás alcanzaría una luna creciente. La verdad es que nunca queda claro cuándo será el momento final.

–Puede tardar horas, incluso días. No les puedo dar un tiempo... –me disculpé.

No quise importunar con mi presencia que empezaba a alargarse en esa choza tropical. Pensé que lo mejor sería dejar a Gamaliel solo con su familia; siempre ayuda al duelo tener una despedida, principalmente para el que debe seguir viviendo. De nuevo me senté a la orilla de la cama del paciente, sujeté su mano con una de las mías y con la otra le acaricié la frente.

–Gama, ya me voy. Intenta descansar –le dije.

–No –esta vez sí salió la voz y movió la cabeza de un lado a otro para enfatizar su solicitud.

Ahí estuve con él, sujetándole la mano y acariciándole la frente, hasta que se quedó dormido. Prometí volver a la mañana siguiente.

El miércoles esperaba encontrarme con la noticia de que Gamaliel había muerto en alguna hora de la madrugada, pero cuando llegué seguía vivo y luchando. Pareció que otra vez me reconoció; sin embargo, no lo podría asegurar. Volví en la tarde y la situación estaba igual. Esa noche tampoco hubo luna.

El jueves me acompañó Lucy hasta la choza tropical. Por la mañana tuve mi última plática de Oportunidades en El Dorado; partimos una rosca de reyes y decidimos adelantar la *tamaliza* del día de la Candelaria para el 31 de enero, mi

último día de Servicio Social. Gamaliel seguía vivo y había empeorado. Ahora tenía un temblor constante en el brazo derecho, una serie de contracciones rítmicas que anunciaban daño cerebral. Oralia insistió en que no se “dejaba ir” porque había luna nueva, y yo lo interpreté como si Gamaliel tuviera miedo de “irse” mientras el cielo estuviera vacío. Ese día en la tarde, cuando terminó mi horario de consulta y me coloqué al filo de la puerta, vi una luna menudita. Apenas empezaba a obscurecer y era visible toda la circunferencia de la luna aunque sólo estuviera iluminada una uñita, un trazo echo por el pincel más fino del sol. Pensé que quizás Gamaliel ya podría morir tranquilo esa noche, pero no fue así.

Seguí yendo una o dos veces al día hasta su casa. La situación no mejoraba y yo era incapaz de valorar un empeoramiento en tales condiciones de morbilidad. Si fuera posible que en todos los casos la muerte fuera un paso, un brinco que se da de aquí a ninguna parte en un solo instante, la muerte no sería una condena tan cruel. Cuando el caso amerita cruzar un territorio amurallado, esconderse bajo trincheras, sentir el impacto paulatino del bombardeo, la muerte es inclemente. Gamaliel murió el sábado; hubo luna creciente.

## RESEÑA 47

20 de enero de 2008

El lunes me vestí con la blusa que me regaló Lucy el Día del Médico para que me la viera puesta por última vez. Sí lo notó:

—*Doc*, qué bonita se le ve la trenza que carga hoy; queda muy linda con la blusa.

Se me olvidó ponerme los aretes que según ella le combinan muy bien a la blusa. Ojalá que me de tiempo de volver

a ponérmela: con la trenza y los aretes. Y también debería de estrenar la blusa tejida que me dio doña Trini –aunque tiene más botones que ojales y es de una combinación descordinada de estambres–, porque de todo se acuerda:

–Ay, doctorcita, ya se me va y nada de que me hizo caminar antes de irse. Yo que ya estoy tan acostumbrada con *usté* y se nos va. Eso sí le digo, no vaya a dejar que me la pongan triste y *alteraíta* como con la creciente. Piense que *usté*, doctorcita, tiene la vida por delante y acá nos debe dejar a nosotros, que vamos a estar bien. ¿Se acuerda del día que nos conocimos? Iba y venía, iba y venía... Nomás se acercaba y veía mi casa de lejos, y yo pensaba a ver cuándo se decide, y se decidió un día. ¿Se acuerda? Yo la hice pasar por la puerta de acá al lado pa’ enseñarle mi nacimiento y después la llevé por el pasillo de allá atrás pa’ que lo viera todo *acomodaíto* y de cerca. ¿Se acuerda? Ay, ¡Virgen Santísima! Menos mal que todavía pudo ver mi nacimiento porque este año ya no me aguantaron las *canillas* y nada que pude acomodar mi nacimiento. Sí se acuerda, ¿verdad, doctorcita?

El martes fue mi última plática de Oportunidades con las señoras de Cacaos. Ángela organizó un convivio de despedida; hubo *ensalada de novios*<sup>30</sup>, barbacoa y pastel de tres leches. “¡Qué va! Si todavía hay tiempo, como dos semanas” decía yo, pero algunas de ellas insistían en abrazarme y decirme cosas bonitas. Había otras que estaban enojadas porque le puse falta a sus hijos que no asisten a las pláticas para adolescentes. Tal vez estuve fría, espero que no me lo hayan tomado a mal. O quizás no era frialdad sino tranquilidad porque no dejo nada pendiente en Cacaos; me siento realizada y satisfecha. Sin embargo, después del convivio se

<sup>30</sup> Preparación de papa, zanahoria, chícharos y pollo desmenuzado con mayonesa. Sin el pollo, en el DF se le conoce como “ensalada rusa”.

me escaparon dos lagrimones de cada ojo cuando Ángela me relató esta escena:

—Oye, mamá —le dijo Vicky a Ángela sentadita al filo de su cama antes de acostarse para dormir.

—¿Qué fue?

—¿Y si mejor empacamos nuestras cosas y nos vamos con Marcia?

—No, Vicky —Ángela abrazó a su pequeña y le peinó el cabello con sus dedos—. Eso no se puede, pero no te preocupes que Marcia va a venir a visitarnos.

—Sí, *pué*... Yo nada más decía...

—Pues no digas y a dormir, que mañana es día de escuela.

El miércoles Lucy llevó el desayuno a Puerto Rico. Esperó a que yo terminara de dar mis consultas y, mientras tanto, mandó a comprar los refrescos.

—*Doc*, traje queso botadero, de ese que siempre le cuento que es típico de acá pero que usted no lo ha probado.

—¿El que me dijo que lleva jamón y chile?

—Sí, ese —me extendió el cuchillo—. Pártalo usted.

De regreso en Cacaos, me llamó Rubén para decirme que sobraron algunas cosas del acopio que hizo P&G y me ofreció que las tomara para Cacaos, pero Germán esta vez no se movilizó con tanto empeño para conseguir el transporte. Al ver que esto sucedía, Lucy me propuso que lo donara al ejido donde ella vive. Así lo hicimos...

Me estoy preparando para el final. Sólo me falta pasar a la computadora los croquis de Cacaos, El Dorado y Puerto Rico; el *Diagnóstico de salud* ya está listo. El viernes fui a Jalapa para buscar la última información que me faltaba para completarlo. Estuve cerca de una hora encerrada en una oficina con una montaña de certificados de defunción para calcular la mortalidad de mi comunidad en los últimos cinco años. La mayoría de los difuntos eran mayores de 65 años con diagnós-

ticos comunes, un niño de 3 años que murió en el 2003 por un accidente automovilístico y... ¿ningún certificado del 2007?

—A ver, doctora, déjeme le ayudo —la señora se perdió del otro lado de la montaña de papeles—. No, ninguno de 2007.

—Pero sí hubo uno —dije extrañada—: don Gregorio en diciembre.

—Seguramente falleció en Villa. Estos sólo son los certificados de los que murieron en Jalapa.

El sábado entró un frente frío con lluvia y viento impetuosos. En medio de la tormenta, Rubén llegó a Cacaos para dejarme varias cajas de medicamento que también sobraron del acopio, y después nos fuimos juntos a Villahermosa para comer con Alma. Nos consentimos con una comida exquisita de fin de Servicio Social y varias rondas de Scrabble. La lluvia no cedió en toda la noche; recordaba a la tormenta que precedió a la inundación. De repente, parece que todo está quedando en el pasado...

## RESEÑA 48

31 de enero de 2008

Platicando con el maestro Manuel, salió a colación el *Diagnóstico de salud*. Me contó que en el año de 1985 ayudó al MPSS en turno, el doctor Figueroa Badillo, a realizar este documento. Ese mismo día por la tarde me llevó a mi masía una copia del trabajo con pastas de terciopelo rojo y hojas de olor a libro viejo. Lo leí completito, una a una de las veintiséis páginas redactadas con máquina de escribir.

Cuando yo tenía dos años, el río de La Sierra se llamaba río Tacotalpa. Los ecosistemas predominantes eran la selva media, la selva baja y los pastizales; sólo sobrevivieron los

últimos dos, aunque las zonas de selva baja ya son escasas. El pueblo estaba rodeado de plantíos de cacao y anona, y era común ver zorros, zarigüeyas, monos, osos hormigueros y tucanes pico de hacha; de estas especies sólo escuché cantar a los monos que habitan en la selva próxima a El Dorado, y ya no quedan plantíos de cacao. Había 385 hectáreas que servían para la agricultura y se trabajaban de forma colectiva y eficiente; hoy en día todo el terreno es de tipo particular y se trabaja por mano de obra campesina. Muchas viviendas eran de *guano*<sup>31</sup>, el 80% contaba con energía eléctrica y sólo el 30% con agua potable; en la clínica se utilizaba el pozo de agua que yo ignoré todo el año porque está salvaguardado por alacranes y el doctor Figueroa consiguió que, durante su Servicio Social, los habitantes de la comunidad trabajaran para dotar de agua potable a mi masía.

En 1985, el 53% de la población era analfabeta, pero Cacaos tenía una casa de la cultura “con gran cantidad de literatura”, que ahora debe de ser la biblioteca que nadie utiliza. Ahí se impartían clases de costura y confección “muy concurridas por las jovencitas”. Se festejaban a la Virgen de la Concepción el 24 de marzo y a la de la Natividad el 8 de septiembre, porque eran consideradas las patronas del pueblo. La edad mínima para el matrimonio era de trece años para las mujeres y dieciséis para los hombres. Desde entonces se reporta un alto índice de poligamia masculina, y la ausencia de sangrado durante la noche nupcial era castigada con el divorcio o el abandono de la mujer profanada. Las malformaciones congénitas eran supuestas consecuencias de los deseos no satisfechos de la madre, como la historia que les narré de la niña con patas de *pochitoque* del ejido donde vive Lucy.

<sup>31</sup> Hojas de palma en forma de abanico que se utilizan como cubierta de techos y se tejen para formar canastas o sillas, entre otras funciones.

Ese mismo año se consiguió cubrir de grava las calles de terracería; sólo las principales estaban pavimentadas. Las labores medicinales estaban repartidas entre el MPSS que dependía del IMSS, un médico particular, chamanes y parteras. Las enfermedades más comunes eran las infecciosas, pero a diferencia de ahora, había áscaris y paludismo. La población total de Cacaos, El Dorado y Puerto Rico era de 547 habitantes; en el censo que hicimos en el 2007 resultaron 1160. El médico pasante daba entre 90 y 170 consultas mensuales, que es lo que yo reporto semanalmente.

Al atardecer, los niños, jóvenes y adultos salían a convivir alrededor del kiosco que está enfrente de la iglesia. También se acostumbraban los paseos por el malecón que bordea el arroyo. Un día después de haber leído el *Diagnóstico de salud* de antaño, salí al atardecer para preguntar por el malecón y pasear en él, pues no lo conocía. Ahí me encontré a mi enamorado, Manuel Falcón.

—¿Qué hace por estos rumbos, Manuel?

—Recordando. Ya ve que cuando uno se vuelve viejo el alma sólo se alimenta de recuerdos... Y usted: ¿qué hace aquí?

—Vine a conocer el malecón. No sabía que teníamos un malecón en Cacaos...

—Es que ya nadie se acuerda. Hace ya varios años que cerraron el arroyo para prevenirnos de la creciente y ahora está seco. Cuando yo era un chamaco como de su edad, llegaba mucho al malecón. El agua cubría hasta donde está esa botella de refresco tirada, ¿la ve? Y durante el atardecer los rayos naranjas del sol se colaban entre las palmeras y todo se ponía de ese color con el reflejo del agua.

Me dejé llevar por sus palabras y así empezó a aparecer gente alrededor nuestro: niños jugando a la pelota, las mamás platicando en la banca de allá, parejitas de la mano viendo hacia el arroyo...

—Los que éramos románticos como yo, veníamos con la novia para decirle cosas bonitas al oído, cosas de enamorados, y si corríamos con suerte nos regalaban un beso en la mejilla... —Manuel dio tres pasos apoyado en su bastón y me susurró al oído— ya se lo he dicho mucho: yo estoy loco por usted y si me acepta, le ofrezco mi mano.

Complacé su fantasía senil y le deposité un beso en la mejilla derecha, y él sonrió como un capullo que florece en el invierno.

—Mire, esta tarde los rayos naranjas del sol también se cuelan entre las palmeras y se reflejan en el charco que dejó la lluvia de ayer —me dijo como despedida y se fue caminando sobre el malecón hasta que lo perdí de vista. Al mismo tiempo, desaparecieron las demás imágenes de una tarde antigua en Cacaos que nunca viví...

A lo largo de la semana comenté con Lucy mis hallazgos en el *Diagnóstico de salud* de 1985. Por eso el jueves, cuando terminé de dar la consulta en El Dorado, Lucy me dijo:

—*Doc*, ya hablé con el señor que hace *panela*<sup>32</sup> allá en la selva. Me dejó las llaves del rancho para que vayamos a que conozca a los pocos changos que quedan en Tabasco.

La última calle de El Dorado es de terracería y poco a poco se va perdiendo entre la maleza hasta volverse invisible. Por ahí metió Lucy el coche y llegamos a la selva baja de atrás de El Dorado, donde se oyen con más fuerza los cánticos de los monos. No pudimos ver ninguno porque son ariscos —según dijo Lucy—, pero encontramos una palapa de *guano* rodeada de plantíos de caña de azúcar donde dos campesinos, pacientes míos, estaban haciendo *panela*...

De regreso en Cacaos programamos las pláticas y citas médicas de Oportunidades para el 2008. Se me ocurrió inau-

<sup>32</sup> Dulce de jugo de caña que puede procesarse para hacer azúcar moscabado. También conocido como piloncillo.

gurar un día al mes de consultas exclusivas para los diabéticos e hipertensos; así será más fácil identificar a los pacientes que no cumplen con sus citas médicas.

–*Doc*, ¿también programamos las citas de doña Trini?

–Sí, Lucy. Había pensado que el nuevo doctor puede ir a verla a su casa a las 8:00 am en punto y después darle la consulta a los demás en la clínica.

–A ver si quiere...

–Es que así es más fácil porque yo, que voy tan seguido a verla, he perdido la cuenta de sus consultas obligatorias: un mes le checo tres veces el azúcar y después no lo hago en dos meses. Así, si el día del chequeo está fijo, las otras veces que vaya a verla se puede enfocar en los achaques de ese momento sin perder el seguimiento de la diabetes.

–Le voy a poner las citas, pero a ver si el nuevo médico quiere salir a ver a los pacientes hasta sus casas. No todos son como usted, *doc*. El que estuvo antes, por ejemplo, no salía y hacía que los pacientes vinieran a verlo hasta acá. Así le hacía con doña Trini.

–¿De verdad, Lucy? Pero no es de que quiera... es que si el paciente no puede caminar para acá... Bueno, ya voy a hablar con él para decirle que TIENE que ir.

–¡Sí! –Lucy se rió–, y después va a hacer lo que él quiere y le va a decir a la gente: “la doctorcita ya se fue, no está aquí y las cosas ahora son como digo yo”, como le hizo usted cuando llegó y rechazó que las señoras que faltan a las pláticas le paguen para ponerles la asistencia...

–Ay, Lucy. Ya no me diga todas esas cosas porque si no, voy a odiar al próximo doctor sin saber cómo es...

El fin de semana lo pasé fuera con Alma y Rubén. Cuando regresé el domingo a Cacaos, sólo me quedaban cuatro días más en mi masía. Empecé a rellenar la papelería de enero, a empaquetar mis cosas dejando un cuarto ceniciento y vacío... cuando empecé a irme, comprendí que ya había terminado todo.



## AGRADECIMIENTOS

Las reseñas de Cacaos no hubieran sido posibles sin mis destinatarios originales, a quienes agradezco su apasionada lectura. Entre ellos se encuentra mi querido Malaquías, a quien debo especial mención, pues su empuje no sólo abrió camino a la publicación de este libro, sino también a la suerte de haber elegido el poblado de Cacaos como escenario de esta historia, y a todo lo que ahí empezó.



### *Cacaos*

se terminó de imprimir el 7 de noviembre de 2011, en Formas e Imágenes, S.A. de C.V., Av. Universidad 1953, Edif. 2, Loc. E, Copilco El Bajo, C.P. 04340. En su composición se utilizaron fuentes de la familia Bell MT de 11 y 14 pts. y Calibri de 8 pts. La impresión de interiores se realizó en papel cultural de 90 gr. Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr. Diseño de portada: Claudia Pedroza. Su tiraje consta de 500 ejemplares.

